Grupo Editorial
Portal



Los Bebés comprados del ITALIANO

Éxito de ventas internacional

JÉSSICA MACEDO

Los BEBÉS comprados AL ITALIANO

Best-seller internacional

JÉSSICA MACEDO

Grupo Editorial Portal
Segredo
BELO HORIZONTE | 2026

Copyright ©2026 Jéssica Macedo

Todos los derechos reservados. Queda prohibido el almacenamiento o la reproducción de cualquier parte de esta obra —ya sea en formato físico o electrónico— sin la autorización previa de la autora. La violación de los derechos de autor es un delito tipificado en la Ley n.º 9.610/98 y sancionado por el artículo 184 del Código Penal.

Diseño de portada y maquetación: Jéssica Macedo

Revisión: Grupo Editorial Portal

Esta es una obra de ficción. Los nombres, acontecimientos y lugares reales o inspirados en la realidad se han utilizado únicamente para ambientar la trama. Cualquier parecido con hechos o personas reales será mera coincidencia.

Índice

Índice
Sinopsis
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29

Epílogo
Agradecimientos
Sobre la autora
Lea también

Sinopsis

UN MAGNATE DE HIELO.

UNA VENDEDORA DE QUESOS IMPOSIBLE DE CONTROLAR.

UN CONTRATO MILLONARIO A PUNTO DE ROMPERSE.

Lorenzo Rossi es frío, calculador e implacable. Como CEO de un imperio europeo de la marroquinería, no tiene tiempo para el amor, pero sí un plazo muy ajustado para presentar un heredero ante el consejo de la empresa y garantizar su sucesión. Para él, tener un hijo no es más que otra transacción comercial. Todo lo que necesita es una incubadora perfecta, firmar el cheque y mantener el control absoluto.

Marina Costa está desesperada. Para salvar de la quiebra el puesto de quesos de su padre y pagar una deuda astronómica, la chica acepta la propuesta más absurda de su vida: alquilar su vientre a un italiano arrogante que se cree el dueño del mundo. La regla es clara: ella lleva el embarazo a término, cobra el dinero y desaparece. Sin ataduras. Sin sentimientos.

Pero la logística perfecta del multimillonario se viene abajo con el primer fallo del sistema.

Obligada a vivir en el ático impecable y aséptico de Lorenzo por exigencia del contrato, Marina convierte el silencio del CEO en un infierno con su música a todo volumen, comida casera de contrabando y un loro malhablado. Peor que la convivencia caótica es la química explosiva e innegable que empieza a encender la guerra fría entre ellos.

Por si fuera poco, el destino decide burlarse de Lorenzo Rossi. La ecografía no muestra un heredero. **Muestra dos.** Y cuando una

filtración a los medios amenaza el imperio familiar, Lorenzo toma una decisión drástica para calmar a los accionistas: presenta a Marina al mundo como su prometida enamorada.

Ahora deben fingir un romance de cuento de hadas ante las cámaras, mientras luchan contra el deseo brutal que los consume entre cuatro paredes. Lorenzo siempre creyó que podía controlarlo todo. Pero ¿cómo puede un hombre de hielo mantener la frialdad cuando se da cuenta de que está perdidamente obsesionado con la madre de sus hijos?



Lorenzo ROSSI

Capítulo 1

El aroma intenso e inconfundible del cuero toscano recién tratado impregnaba el aire de mi despacho, un ancla olfativa que me mantenía unido a mis raíces aunque estuviera a casi diez mil kilómetros de Milán. Instalado en la última planta de uno de los edificios comerciales más imponentes de Savassi, en Belo Horizonte, mi cuartel general era una declaración de precisión arquitectónica y control absoluto. Líneas rectas, mármol negro pulido importado de Italia y cristal. Mucho cristal.

A través de los ventanales panorámicos que iban del suelo al techo, el sol del otoño brasileño se derramaba implacable, iluminando la inmensidad de la capital de Minas Gerais y el contorno majestuoso de la Serra do Curral al fondo. Era una vista que solía impresionar a cualquier inversor que pisara aquel lugar, pero que, para mí, no era más que el telón de fondo de un imperio en

constante expansión. Brasil se había revelado como el mercado más lucrativo y estratégico para Rossi Pelletteria en la última década, y la decisión de trasladar la base operativa de las Américas a Belo Horizonte había sido mía. Una decisión estrictamente logística, dictada por las rutas de distribución y los incentivos fiscales, pero que había resultado ser un golpe maestro.

Aun así, toda mi eficiencia, las gráficas al alza y los beneficios astronómicos parecían no tener ningún valor ante el hombre que me miraba fijamente en la pantalla de ochenta pulgadas empotrada en la pared frente a mí.

Mi padre, Vincenzo Rossi, parecía haber envejecido cinco años en los últimos cinco meses. Al otro lado de la videollamada, sentado en su propio despacho en la sede tradicional de la empresa en Milán, se frotaba las sienes con los dedos; el peso del legado de nuestra familia le encorvaba ligeramente los hombros bajo la chaqueta a medida.

—Tienes que entenderlo, Lorenzo. —Su voz resonó a través del sofisticado sistema de sonido de la sala, cargada de un agotamiento genuino. —He pasado las últimas tres horas en una sala con esos viejos buitres del consejo. Grité, discutí, tiré sus informes trimestrales sobre la mesa hasta que el papel se rasgó. Hice todo lo que estaba en mi mano como su padre y como actual presidente del consejo.

—Pero no fue suficiente —constaté, con voz controlada, sin dejar que mi frustración se notara. Me acomodé los puños de mi camisa de algodón egipcio, ajustándome los gemelos de oro blanco —. A ellos no les importa que las acciones alcanzaran un máximo histórico en la bolsa ayer por la mañana.

Vincenzo soltó un profundo suspiro, recostándose en la silla de cuero que un día había pertenecido a mi abuelo. Ese hombre no era mi enemigo. Al contrario, mi padre siempre había sido mi mayor aliado, el hombre que me enseñó todo sobre el grosor ideal de un corte, sobre cómo interpretar las fluctuaciones del mercado de lujo y

sobre la importancia de liderar con mano firme. Pero no podía hacer nada por un fantasma.

—Les importa el dinero, figlio mio, pero les importa aún más el estatus —respondió él, con esos ojos oscuros, idénticos a los míos, que transmitían una mezcla de apoyo y súplica—. Tu abuelo, que descanse en paz, redactó ese testamento con una mentalidad del siglo pasado. Rossi Pelletteria no es solo una empresa que cotiza en bolsa, es una dinastía, y la cláusula número siete es innegociable para el ala conservadora de los accionistas.

Me sabía la cláusula de memoria. Todo heredero Rossi la sabía desde el momento en que aprendía a leer su propio nombre.

El accionista mayoritario y titular del cargo de CEO global solo podrá consolidar el control absoluto de sus acciones y mantener su posición de liderazgo ininterrumpida si, al cumplir los treinta y seis años, ha engendrado un heredero de sangre, garantizando así la continuidad del linaje y la estabilidad de la gobernanza corporativa.

—Faltan exactamente diez meses para mi trigésimo sexto cumpleaños —dije, calculando las probabilidades en mi cabeza—. Me están amenazando con forzar una votación para destituirme del cargo si no presento una esposa embarazada o un hijo en breve. ¿Es eso?

—Es peor que eso. Están insinuando que tu primo, ese inútil de Giancarlo, sería más apto para ocupar el puesto porque acaba de tener su tercer hijo con su esposa. Giancarlo no sabe distinguir una piel de vacuno de calidad de un trozo de lona sintética, pero tiene la «estabilidad familiar» que exigen los antiguos accionistas.

Solté una risa seca y sin humor. Me levanté de mi mesa, donde solo descansaban mi portátil, un portalápices minimalista y una taza intacta de café espresso doble. Caminé hasta la ventana, metiéndome las manos en los bolsillos del pantalón de vestir. El tráfico de Belo Horizonte fluía allá abajo; pequeños coches se movían en patrones caóticos que me irritaban profundamente.

Detestaba el caos. Mi vida era una ecuación perfectamente equilibrada, en la que las variables impredecibles no tenían cabida.

—Es un absurdo, papá. He sacrificado toda mi juventud por esta marca. Rescaté la empresa cuando las ventas se estancaron en Europa. Mi vida personal no debería ser tema de conversación para esos viejos decrépitos.

—Estoy de acuerdo con cada palabra, Lorenzo —dijo Vincenzo, y la sinceridad en su voz era palpable. Extendió la mano hacia la cámara, en un gesto de súplica—. Te quiero en el puesto de CEO. Eres brillante, implacable y tienes la misma visión de futuro que a mí me faltó a tu edad. No quiero ver cómo el imperio que hemos construido se desmorona en manos de Giancarlo solo por culpa de una cláusula arcaica. Pero solo soy un voto contra doce. La ley los protege. No puedo salvarte de esto, hijo. Tienes que jugar su juego.

Volví a mirar la pantalla. El amor que sentía por mi padre era una de las pocas emociones que no intentaba racionalizar, y ver la angustia en su rostro me oprimió el pecho. Estaba siendo presionado, asfixiado por hombres que preferían la tradición al beneficio.

—No te preocupes —dije, suavizando el tono solo un poco, algo reservado exclusivamente para él—. No voy a perder mi empresa. No voy a perder el trabajo de nuestra vida.

—¿Eso significa que vas a buscar a alguien? —La esperanza reavivó los ojos de Vincenzo—. Lorenzo, no tiene por qué ser un sacrificio. El amor no es una debilidad, como insistes en pensar. Mira a tu madre y a mí. Hemos construido una familia fuerte. Tú vives encerrado en esa oficina o en ese apartamento con vistas a las montañas. No sales, no tienes relaciones...

—Papá —le interrumpí, antes de que se pusiera en modo casamentero—. Por favor. No intentes idealizar la situación. Los dos sabemos que tu matrimonio con mi madre es una excepción estadística. En nuestro círculo, en mi posición, las relaciones son

transacciones que casi siempre terminan en divorcios litigiosos, escándalos en los medios y la pérdida del cincuenta por ciento del patrimonio. No voy a someter a la empresa, ni a mí mismo, a ese riesgo calculado. Las mujeres se acercan a mí por el apellido Rossi y por los ceros de mi cuenta bancaria. El amor es ineficaz e irracional.

Vincenzo negó con la cabeza, derrotado, pero no sorprendido por mi pragmatismo.

—Sea como sea, la decisión sobre cómo llevar tu vida personal es tuya, siempre que me des un nieto. Quieren un heredero, Lorenzo. Un Rossi de sangre. Cómo vas a conseguirlo antes de que se te acabe el tiempo es problema tuyo. Pero no te demores. Giancarlo ya está encargando trajes nuevos con la arrogancia de quien cree que el puesto es suyo.

—Dile a Giancarlo que cancele el encargo al sastre. Y dile al consejo que la sucesión de la marca no está en peligro. Yo resolveré ese problema técnico.

Me despedí de mi padre con un gesto y colgué. De repente, la oficina me pareció demasiado silenciosa; el sutil ruido del aire acondicionado central era el único sonido audible.

Volví a mi silla y me dejé caer contra el respaldo. La pantalla del ordenador mostraba complejas hojas de cálculo financieras, proyecciones de crecimiento para el próximo semestre y análisis de costes de materia prima. Cosas lógicas que podía controlar, manipular y predecir.

Un hijo. Un heredero...

El concepto me resultaba extraño en mi mente hiperconcentrada en los negocios. No odiaba a los niños, simplemente no tenía tiempo para ellos. Los hijos exigían atención, desarmaban cualquier rutina, generaban gastos emocionales inconmensurables. Sin embargo, si aplicaba la misma lógica que usaba en la empresa, un hijo era el activo definitivo. Era la inversión a largo plazo necesaria para garantizar que mi legado no cayera en

manos de idiotas incompetentes. Podía criar un heredero a mi imagen: disciplinado, centrado, entrenado desde la cuna para comprender los entresijos del comercio internacional y de la marroquinería de lujo.

El problema no era el hijo. El problema era la fábrica necesaria para producirlo: una mujer.

Me pasé la mano por mi cabello oscuro, meticulosamente peinado. Casarme por conveniencia estaba fuera de discusión. Una esposa traería expectativas, familias extensas molestas, posibles chantajes futuros. No iba a compartir mi hogar, mi santuario de paz y control, con una extraña que, con el tiempo, exigiría una pensión y acciones de la empresa. Necesitaba una transacción limpia. Un contrato claro, con condiciones predefinidas de entrada y salida.

La respuesta estaba ahí, obvia y cristalina, exigiendo solo un pragmatismo moderno que haría que mi abuelo se revolviera en su tumba. Y no me importaba en absoluto su descanso eterno.

Pulsé el botón del intercomunicador bañado en oro que tenía en mi escritorio.

—Enrico. A mi despacho. ¡Ahora mismo!

No habían pasado ni cinco segundos. La pesada puerta de roble se abrió con un suave clic y mi asistente personal entró en la sala. Enrico era un brasileño políglota de treinta años que funcionaba con la precisión de un reloj suizo. Llevaba un traje gris a medida, llevaba consigo su inseparable tableta y tenía la rara habilidad de no cuestionarme nunca.

—¿Señor Rossi? —Se detuvo a dos pasos de mi mesa, erguido, a la espera de órdenes—. ¿Hay algún asunto más urgente en el que deba centrarme?

—Sí. Quiero que inicie una investigación exhaustiva y absolutamente secreta. El nivel de confidencialidad de esta tarea es máximo. Si se filtra la más mínima información a la prensa o a los

pasillos de la empresa, estará despedido antes de que caiga la tarde. ¿He sido claro?

Enrico no pestañeó. Su expresión profesional no vaciló.

—Clarísimo, señor Rossi. ¿De qué se trata?

Apoyé los codos en la mesa, junté las yemas de los dedos y miré fijamente a mi asistente.

—Quiero los contactos de las mejores, más discretas y más exclusivas clínicas de reproducción asistida de Brasil. Clínicas que se dedican a la gestación subrogada.

Hubo una pausa de exactamente un segundo. Fue el máximo de sorpresa que Enrico se permitió mostrar antes de asentir.

—¿Está buscando una... gestante subrogada?

—Exactamente —confirmé, con voz gélida—. El consejo de Milán exige un heredero de sangre para consolidar mi posición como CEO. Y yo se lo daré. Pero lo haré según mis condiciones. Quiero una mujer que sirva únicamente como incubadora. Una transacción comercial pura y simple.

Enrico carraspeó ligeramente, asimilando la información.

—Señor, la legislación brasileña sobre la gestación subrogada es bastante específica. Por lo general, no puede tener carácter lucrativo ni comercial, y las clínicas suelen exigir un vínculo familiar de hasta cuarto grado.

—Conozco la ley del país en el que opero, Enrico —le interrumpí, sin paciencia para obstáculos legales que podrían resolverse con abogados caros. —No he dicho que busques clínicas públicas. Quiero a la élite. Médicos que trabajan para políticos, famosos y multimillonarios, que saben cómo redactar contratos que parezcan legalmente impecables, enmascarando la compensación económica como una «ayuda para gastos» astronómica. El dinero no es el problema. La discreción y la obediencia absoluta sí.

—Entendido. Pondré en marcha a nuestro equipo jurídico de manera extraoficial para buscar lagunas y recomendaciones de expertos. ¿Tiene alguna preferencia en cuanto al perfil de la candidata?

Me recosté en la silla, cerrando los ojos por un momento para visualizar los parámetros necesarios para evitar cualquier fallo en mi plan.

—Quiero una mujer sana, ante todo. El historial médico, tanto el suyo como el de su familia de primer y segundo grado, debe ser impecable. Sin antecedentes de enfermedades congénitas, sin vicios, sin trastornos psiquiátricos. Su estado físico debe ser ideal para un embarazo sin riesgos.

—De acuerdo. La salud es lo primero. ¿Y en cuanto a los aspectos demográficos?

—No me importa su aspecto físico, ya que el material genético utilizado será el de una donante de óvulos anónima que elegiremos del catálogo VIP de la clínica. Solo quiero mis genes y el genotipo perfecto de una donante. La gestante subrogada será solo el vehículo. Por lo tanto, su estética es irrelevante.

Enrico siguió escribiendo.

—¿Alguna otra directriz de comportamiento, señor?

Abrí los ojos, la fría determinación cristalizando mi plan en algo real, tangible e inevitable.

—Quiero a una mujer desesperada, Enrico. Busca mujeres que necesiten urgentemente una cantidad obscena de dinero y que no tengan opciones. Alguien hundida en deudas, con el agua al cuello. Cuanto mayor sea la desesperación, menor será la posibilidad de apego emocional. Quiero a alguien que vea al bebé por lo que es en esta transacción: mi hijo, y su billete de ida hacia una vida financieramente estable. Firmará cláusulas de confidencialidad estrictas, renunciará a cualquier derecho sobre el bebé en cuanto se

corte el cordón umbilical, recibirá un depósito vitalicio en su cuenta y desaparecerá de la faz de la tierra.

—Prepararé una preselección basada en esos criterios, señor. Creo que, con la compensación económica adecuada y el equipo médico adecuado, tendremos una lista de candidatas aptas para fines de semana.

—Nada de esperar hasta el fin de semana, Enrico. Quiero los primeros perfiles en mi mesa antes del miércoles por la mañana. El tiempo es una variable que mi consejo no me ha concedido.

—Sí, señor Rossi. Con permiso.

Se dio la vuelta y salió con pasos silenciosos, cerrando la puerta de roble tras de sí. Me quedé solo de nuevo en mi imperio de cristal y cuero.

La solución estaba en camino. Sencilla, metódica y libre de cualquier confusión emocional. Tendría a mi heredero, salvaría mi presidencia y mantendría mi vida perfectamente controlada. No había margen para el error. Ningún riesgo, ningún sentimiento. Solo negocios.

Nunca hubiera imaginado que estaba a punto de reclutar a la personificación del caos dentro de mi vida perfectamente calculada.



Marina
COSTA

Capítulo 2

Si existía en el mundo algo más reconfortante que el olor del café recién molido mezclado con el aroma intenso del queso Canastra recién cortado, yo no lo conocía. Para mí, esa mezcla no hablaba solo de lácteos, dulces y granos; olía a infancia, a supervivencia y al abrazo de mi padre.

El puesto de los Costa, al que todos llamaban la «Banca do Costa», situado en uno de los pasillos más laberínticos y coloridos del Mercado Central de Belo Horizonte, era el corazón palpitante de nuestra vida. El murmullo constante de clientes y turistas se mezclaba con el sonido de los carritos de carga y de los vendedores anunciando ofertas. Detrás del mostrador de cristal, con un delantal que alguna vez fue blanco y el pelo castaño recogido en un moño despeinado, intentaba equilibrar generosas lonchas de queso, tazas de café filtrado y la paciencia con el señor Zé, que insistía en

contarme por enésima vez lo de su hernia discal, mientras masticaba un trozo de goiabada cascão.

—Sí, señor Zé, el frío de mayo aquí en los pasillos del mercado no perdona las articulaciones de nadie —respondí, sonriendo y deslizando el cambio por el mostrador de cristal rayado —. Ochenta centavos. ¿Quiere caramelos o lo apunto en la libreta?

—Anótalo en la libreta, Marina, hija mía. ¡El próximo viernes cobro la pensión! —Guiñó un ojo, cogiendo su bolsa con manos temblorosas.

Fue entonces cuando apareció Mauro, esquivando con agilidad a dos turistas que fotografiaban las jaulas de artesanía que había justo enfrente. Pero el cartero no llevaba la bolsa de correspondencia con la ligereza habitual de quien trae facturas de la luz y folletos del supermercado. Sostenía un sobre marrón, grueso, con ese temido sello rojo de «Acuse de recibo» que hacía que se le revolviera el estómago a cualquier asalariado.

—Buenos días, Marina —dijo Mauro, en un tono casi lúgubre, por encima del volumen alto de una radio que sonaba en el puesto de al lado—. Hay una notificación judicial. Necesita la firma del señor Antônio.

El ruido del mercado pareció amortiguarse de repente. Me limpié las manos en el delantal, sintiendo un sudor frío en la nuca.

—Mi padre está ahí atrás, en el almacén, limpiando las piezas de queso curado. Déjame firmar yo, Mauro. Tengo poder notarial.

Firmé el papel amarillo con la mano un poco temblorosa. En cuanto el cartero siguió su camino, no esperé a mi padre. Fui al minúsculo espacio en la parte trasera del puesto, al que llamábamos oficina, que olía a facturas antiguas y esencia de vainilla. Rasgué el sobre con la uña.

Mis ojos recorrieron las difíciles palabras de la jerga jurídica: Ejecución fiscal, Enajenación fiduciaria, Orden de desalojo, Subasta. Luego, la cifra. Una cifra que parecía no caber en la página de tan

larga que era, llena de ceros que bailaban ante mí como pequeños demonios burlones.

Quinientos ochenta mil reales.

Sentí que las piernas me fallaban y me apoyé en las estanterías de dulces de leche. Esa cantidad no solo era impagable; era surrealista.

La cortina de plástico que separaba el almacén crujió y mi padre, Antônio Costa, se detuvo en el umbral. Tenía las manos manchadas de migas de queso y polvo, el rostro marcado por las arrugas de toda una vida de trabajo duro, y una mirada que transmitía la bondad del mundo, pero que en ese instante rebosaba pánico. No tuvo que preguntar qué pasaba. Vio el sobre rasgado.

—Ha llegado, ¿verdad? —Su voz se quebró.

—Papá... —Tragué saliva, intentando mantener la voz firme para no derrumbarme allí mismo—. ¿Qué cifra es esa? ¿Se ha vuelto loco el banco? ¿Cómo un préstamo de cien mil se ha convertido en medio millón?

Entró, apoyándose en las cajas apiladas como si necesitara sostenerse en algo.

—Intereses compuestos, corrección monetaria, multas por demora... —murmuró, frotándose el rostro curtido—. No perdonan, Marina. Al banco no le importa el motivo.

Yo sabía el motivo. Todos los comerciantes conocidos de nuestro pasillo lo sabían. Hace cuatro años, a mi madre le diagnosticaron un tipo raro y agresivo de cáncer. El seguro médico cubría lo básico, pero los tratamientos experimentales, los viajes a especialistas en São Paulo y los medicamentos importados agotaron todos nuestros ahorros en seis meses. Mi padre, el hombre que siempre me enseñó a no gastar nunca más de lo que gano, hizo lo único que haría un hombre desesperado y profundamente enamorado: hipotecó la concesión de nuestro puesto en el Mercado Central y la modesta casita donde vivíamos en el barrio de Santa

Tereza. Pidió préstamos con intereses absurdos para intentar ganar tiempo para el amor de su vida.

No funcionó. Mi madre falleció un año después y nos dejó con una montaña de deudas, un vacío irreparable en el pecho y un puesto de quesos que apenas daba beneficios para pagar a los proveedores de la Serra da Canastra, y mucho menos las cuotas abusivas del banco.

—Han fijado la fecha de la subasta —susurré, leyendo la última página del documento—. Treinta días, papá. Van a subastar la licencia del puesto y nuestra casa dentro de treinta días.

Mi padre no lloró. Era de los que se tragaban el llanto seco e intentaban ser fuertes, pero vi cómo se le caían los hombros en una derrota completa.

—Lo siento mucho, hija mía —dijo, con la voz entrecortada—. Intenté renegociar. Intenté vender la furgoneta de reparto. Lo intenté todo. Pero tu madre... tenía que intentarlo. Volvería a hacerlo todo para darle, aunque fuera, un día más sin dolor.

Mi corazón se oprimió con una fuerza brutal. Me acerqué a él y lo abracé con fuerza, sin importarme el fuerte olor a provolone que lo cubría. No era un irresponsable. Era el mejor hombre que conocía, castigado por el universo por amar demasiado.

—Lo sé, papá. Lo sé y no vamos a rendirnos. Yo encontraré la manera.

—Marina, no hay manera de conseguir quinientos mil reales. Empaquetamos las cosas. Busco un trabajo de dependiente en el mercado de productores. Alquilamos un estudio...

—¡No! —Me aparté, mirándole fijamente a sus ojos cansados. —Usted montó este puesto hace treinta años. Mamá ayudó a pintar aquel letrero de ahí delante. Usted es el corazón de este pasillo. No nos van a quitar nuestra historia. Voy a conseguir ese dinero.

Me miró con una mezcla de compasión y lástima, como quien mira a una niña que promete traer la luna a la tierra.

—Marina...

—Hay un cliente llamándote en el mostrador, papá. Ve con él. Déjamelo a mí. Te lo prometo.

El resto del día fue una nebulosa adormecida. Sonreí, empaqueté quesos trufados, vendí docenas de cachaças artesanales y, en lo más profundo de mi mente, una calculadora daba vueltas frenéticamente. Si vendía mi Uno Mille 2008 (que solo arrancaba a empujones), conseguiría unos diez mil. Si preparaba pasteles en tarros para vender en la Praça da Liberdade los fines de semana... quizá mil reales al mes. Me seguirían faltando quinientos sesenta y nueve mil.

Cuando cerré las pesadas puertas de hierro de nuestro puesto a las seis de la tarde, el silencio del mercado vacío me cubrió los hombros como un manto de plomo. Cogimos el autobús de vuelta a Santa Tereza. Cuando llegamos a casa, mi padre se fue directo a la habitación, demasiado agotado para cenar.

Entré en mi minúsculo cuarto, con las paredes pintadas de un lila descolorido que mi madre había elegido años atrás, y abrí mi portátil, un modelo jurásico que tardaba cinco minutos solo en arrancar Windows. Me senté en la cama, el piar de mi loro mascota, Zeca, llegando desde la jaula en la ventana.

—¿Dónde está el queso? ¿Dónde está el queso? —graznó Zeca, en la oscuridad.

—Hoy no hay queso, Zeca. Hoy tenemos que averiguar cómo vender un riñón sin que nos arresten —murmuré, abriendo el navegador.

La desesperación hace que personas normales con facturas que pagar recurran a los rincones más oscuros de Internet. Empecé buscando «préstamos para personas con historial crediticio negativo en Belo Horizonte». Los resultados eran todos prestamistas usureros

o estafas evidentes. Busqué «cómo hacerse rica rápidamente» y recibí cientos de anuncios de cursos de marketing digital y promesas de esquemas piramidales.

Eran las dos de la madrugada. Me ardían los ojos. La taza de café junto al portátil estaba vacía. Con cada segundo que pasaba, el tictac del reloj en la pared parecía el martillo del subastador golpeando nuestra vida.

Fue entonces cuando decidí recurrir a lo extraño. Abrí un foro de debates médicos sobre procedimientos experimentales. Algunas clínicas de São Paulo pagaban bien a los conejillos de indias de nuevos cosméticos o medicamentos. Estaba dispuesta a quedarme calva, verde y llena de granos si me pagaban medio millón.

Navegando por las páginas ocultas del foro, vi un enlace discreto. Sin imágenes a todo color. Sin falsas promesas. Solo un texto negro sobre fondo blanco, patrocinado por una clínica de élite en Savassi, la zona más elegante y cara de la ciudad.

Se busca gestante subrogada. Perfil: mujer de entre 20 y 35 años, con historial médico personal y familiar impecable, no fumadora y sin antecedentes penales. Disponibilidad para cumplir régimen de aislamiento contractual. Compensación económica en concepto de ayuda, muy por encima de lo habitual, con todos los gastos básicos cubiertos y bonificación por cumplimiento del contrato. Se exige acuerdo de confidencialidad absoluta. Exclusivamente para cliente VIP anónimo.

Me quedé inmóvil. Mis dedos se quedaron suspendidos sobre el touchpad. Gestante subrogada. Gestación subrogada...

Ya había visto cosas así en las telenovelas. Sabía que, en Brasil, no estaba permitido comercializar una gestación y que, en teoría, solo podía hacerse entre familiares y sin pago de por medio. Pero aquel anuncio... El tono era clínico, frío, y la expresión «muy por encima de lo habitual» no sonaba a una simple ayuda para pañales y vitaminas. Aquello olía a dinero de verdad. Dinero de

gente tan rica que la ley no parecía aplicárseles de la misma manera que al señor Antônio, el quesero del Mercado Central.

Hice clic en el enlace del anuncio. Me redirigió a un formulario cifrado de la clínica «Vitae», conocida por atender a políticos, empresarios y herederos en Belo Horizonte.

Había un campo para «Expectativa de ayuda financiera».

Respiré hondo. Mi casa estaba en juego. El sustento de mi padre y todo nuestro legado en el mercado. Si tenía que vender nueve meses de mi vida, mi cuerpo y mis hormonas a un millonario anónimo y desesperado, el precio sería el de mi libertad.

Escribí: 600.000,00 R$.

Era el valor de la deuda, los gastos de notaría y un extra para la comida de Zeca.

Seguí rellenando el formulario. Sin enfermedades genéticas. Sin antecedentes psiquiátricos (salvo el leve episodio de querer dar a luz al hijo de un desconocido). Sin adicciones (solo al dulce de leche cortado, pero el formulario no preguntaba por el azúcar).

Cuando llegué a la última pregunta, dudé.

¿Está dispuesta a renunciar a cualquier derecho legal, afectivo o maternal sobre el niño en el momento del nacimiento, so pena de enfrentarse a una demanda millonaria?

Miré la foto de mi madre en la mesita de noche. Me sonreía. Sabía lo que era una familia. No quería ser madre ahora, y mucho menos tenía dinero para mantener a un hijo, y mucho menos al hijo de un rico anónimo. Sería solo una misión. Nueve meses como una incubadora de lujo. Entregar el pedido, cobrar el dinero, salvar nuestro futuro. *Negocios. Solo negocios...*

Hice clic en la casilla «Sí». Y, con el corazón latiéndome en la garganta como un pajarito asustado, pulsé «Enviar».

La pantalla parpadeó. Apareció un mensaje de confirmación: Formulario recibido. Nuestro equipo se pondrá en contacto con usted si su perfil resulta seleccionado.

Cerré el portátil, me tiré hacia atrás en la cama y miré el techo agrietado.

—¿Qué acabo de hacer? —susurré en la oscuridad.

—¡¿Dónde está el queso?! —respondió Zeca.

Me eché a reír con una risa un poco histérica, sintiendo cómo las primeras lágrimas de la noche por fin se escapaban.

—El queso está asegurado, Zeca. Al menos, eso creo. Solo tendré que convertirme en incubadora de ricachones para ello.

Cerré los ojos, rogándole a Dios que ese formulario no fuera un fraude, y me quedé dormida soñando con bebés millonarios y subastadores gritándome al oído.



Lorenzo ROSSI

Capítulo 3

El silencio de mi apartamento era una de mis posesiones más valiosas. Situado en la última planta de un edificio de lujo en el barrio de Lourdes, mi ático de ochocientos metros cuadrados era un triunfo del minimalismo. Suelo de cemento quemado, paredes blancas inmaculadas, muebles de diseño italiano en tonos grises y negros. Ni una sola fotografía en un marco, ni una alfombra mullida acumulando polvo, ni un solo objeto fuera de su eje perfectamente calculado.

Eran las seis y media de la mañana del miércoles. Ya había corrido diez kilómetros en la cinta, me había dado una ducha helada de exactamente siete minutos y saboreaba mi primer ristretto del día, negro y sin azúcar. De pie, frente a la pared de cristal que ofrecía una vista panorámica de la ciudad de Belo Horizonte

despertando bajo la niebla matutina, me preparaba para la adquisición más importante del trimestre.

Mi tableta emitió un discreto pitido sobre la isla de mármol de la cocina.

Me acerqué y tecleé la contraseña alfanumérica de dieciséis caracteres. Enrico cumplía sus plazos con la precisión que yo exigía. El archivo cifrado de la clínica «Vitae» acababa de aterrizar en mi bandeja de entrada segura.

Me senté en uno de los taburetes de acero cepillado y abrí el documento. Había un contrato preliminar de confidencialidad con la clínica que mis abogados ya habían desmenuzado y reescrito a mi favor la noche anterior y, como anexo, las fichas de las candidatas preseleccionadas.

El Dr. Varella, director de la clínica, había adjuntado una nota de audio. Pulsé el botón *de reproducción*.

—Señor Rossi —la voz del médico sonaba cortés, con el tono untuoso de quien está a punto de recibir unos honorarios de siete cifras—. Nuestro equipo ha filtrado más de trescientas solicitudes recibidas en los últimos días, utilizando sus rigurosos parámetros. Hemos descartado cualquier perfil con antecedentes de enfermedades crónicas en la familia, inestabilidad psicológica o antecedentes penales. Hemos reducido la lista a cinco candidatas que consideramos clínicamente perfectas para la implantación del embrión con su material genético y el de la donante anónima número 104 de nuestro banco. Los expedientes se adjuntan. Espero sus instrucciones.

Cinco opciones. Era un número adecuado.

Abrí el primer expediente. Candidata 01. Veinticinco años, estudiante de artes escénicas, practicante de pilates. Historial médico impecable. Desplacé la pantalla hasta la sección de la evaluación psicológica preliminar. *Motivación: La candidata expresó un profundo deseo de experimentar el milagro de la vida y siente*

que tiene mucho amor que dar, aunque no sea la madre biológica. Cree que la gestación es un viaje espiritual.

Pulsé con fuerza el icono de la papelera.

—Rechazada— murmuré a la cocina vacía. Un viaje espiritual significaba apego emocional. El amor significaba complicaciones a la hora de entregar al bebé. No estaba patrocinando un retiro holístico; estaba subcontratando un útero.

Abrí el expediente de la Candidata 02. Veintinueve años, secretaria trilingüe, divorciada, madre de dos hijos. Necesitaba el dinero para pagar el colegio privado de sus hijos. Su historial reproductivo era excelente; ya había demostrado que su cuerpo soportaba embarazos saludables. Pero me detuve en el cuestionario de expectativas. *La candidata querría tener derecho a enviar un regalo en el cumpleaños del niño y recibir una foto anual, solo para saber que el bebé está bien.*

Basura. Un vínculo continuo era un riesgo para la seguridad y una violación de mi privacidad. Si quería ver crecer a los niños, que mirara a sus propios hijos.

La Candidata 03 era una modelo de fitness que quería el dinero para abrir un gimnasio, pero exigía en el contrato una póliza de seguro millonaria en caso de que el embarazo «estropease la simetría de su abdomen». Su vanidad excesiva generaba quejas a diario.

Basura.

La candidata 04 quería que yo corriera con los gastos del traslado de toda su familia a Europa tras el parto. Potencial chantajista.

Basura.

Me pasé la mano por el pelo, sintiendo cómo se formaba un pliegue de irritación entre mis cejas. Quizás había sobreestimado el pragmatismo humano. La gente siempre quería introducir emociones

irracionales o ventajas depredadoras en transacciones que deberían ser sencillas.

Solo quedaba una carpeta. La abrí sin grandes expectativas, calculando ya cuánto tiempo me llevaría ordenar a Enrico que volviera a realizar la búsqueda a nivel nacional.

Candidata 05. Nombre oculto. (La política de confidencialidad de la clínica ocultaba los nombres hasta la firma del acuerdo de intención). **Edad:** 24 años. **Ocupación:** Comerciante autónoma (sector alimentario).

Ocupación manual. Eso significaba resistencia física. Un punto a favor.

Fui directamente al árbol genealógico médico. Estaba alarmantemente limpio. Abuelos paternos y maternos fallecidos por causas naturales después de los ochenta años. Madre fallecida por un cáncer específico y raro, no hereditario (los análisis genéticos adjuntos por el Dr. Varella confirmaban la ausencia de mutaciones predisponentes). La propia candidata presentaba análisis de sangre que parecían más propios de una atleta olímpica, a pesar de la dieta basada en carbohidratos que el nutricionista de la clínica había criticado en las notas al pie.

Me dirigí a la evaluación psicológica.

La candidata se mostró pragmática y ligeramente cínica durante la entrevista por videoconferencia. No mostró ningún interés en conocer la identidad del contratante ni las características de la donante de óvulos. Dejó claro que veía el proceso estrictamente como un trabajo temporal. No manifestó deseos maternales reprimidos.

Entrecerré los ojos. Aquello era prometedor. Una mujer que veía la situación con la misma frialdad corporativa que yo.

Desplacé la pantalla hasta la sección financiera, el campo donde estipulaban la «ayuda» deseada. Me preparé para ver una cifra inflada por la codicia.

La cifra parpadeó en la pantalla de retina de la tableta.

600.000,00 R$.

Me detuve. No era un millón. No eran quinientos mil redondos, que sería la estimación estándar de alguien que pide mucho dinero. ¿Pero seiscientos mil? Había una especificidad matemática ahí. Nadie se levanta por la mañana y decide que su útero vale exactamente seiscientos mil reales, a menos que haya una factura con ese valor exacto vencida sobre la mesa.

Toqué la pantalla, activando el comunicador instantáneo con mi asistente.

—Enrico.

—Buenos días, señor Rossi —su voz sonó clara por el altavoz de la tableta—. *¿Ya ha analizado los expedientes?*

—Sí. Cuatro de ellos son inútiles. La Candidata 05 me intriga. El Dr. Varella ocultó el nombre y los datos personales por protocolo, pero yo no firmo contratos a ciegas, no importa lo que digan sus políticas. Quiero que te cueles en la base de datos de «Vitae» y descubras quién es ella.

Hubo una pausa vacilante al otro lado de la línea.

—Señor, eso supondría una violación directa del Acuerdo de Confidencialidad Previo. Si el Dr. Varella se entera...

—Puedo comprar su clínica y convertirla en un aparcamiento de pago antes de la hora del almuerzo. No se quejará. Averigua quién es la Candidata 05. No voy a implantar al futuro presidente de mi empresa en un útero sin saber exactamente quién es su dueña. Quiero su nombre, su número de identificación fiscal y, sobre todo, un análisis de su situación financiera. Ella pidió exactamente seiscientos mil reales. Quiero saber por qué.

—Déme veinte minutos, señor.

Colgué y terminé mi café. Esa precisión numérica me fascinaba. En el mundo de los negocios, cuando alguien pide una cantidad exacta y no redondeada, significa que está cobrando una deuda, no buscando lucro, y las personas endeudadas son obedientes. No tienen margen para negociar ni para romper las reglas. Si su desesperación fuera auténtica, ella sería la «incubadora» perfecta: dócil por necesidad, pragmática por supervivencia.

Diecinueve minutos después, llegó un nuevo mensaje de Enrico con un dossier adjunto.

El nombre que figuraba en la parte superior de la página era **Marina Costa**.

Debajo del nombre, había una foto, probablemente extraída de la base de datos de la Dirección General de Tráfico. No sonreía. Tenía el pelo castaño, espeso y ligeramente rebelde, que le caía sobre los hombros, y unos ojos grandes y oscuros que parecían desafiar el objetivo de la cámara. No llevaba maquillaje, no había artificios. Solo había una crudeza obstinada en su expresión que me hizo detenerme un segundo.

Pero yo no estaba allí para evaluar la estética. La estética vendría de la modelo sueca que había elegido como donante de óvulos.

Fui directamente al análisis financiero que Enrico había recopilado. Y allí estaba la respuesta, brillando en rojo en la pantalla.

Notificación de ejecución fiscal y enajenación fiduciaria. Propiedad: inmueble comercial y residencial. Deuda total actualizada con el Banco Safira: 582.450,90 R$. (El importe de 600.000,00 R$ solicitado por la candidata cubre, presumiblemente, los honorarios de los abogados, las tasas de subasta y los impuestos atrasados). Estado: el inmueble saldrá a subasta en 28 días.

Leí la información dos veces. Una sonrisa lenta y depredadora curvó la comisura de mis labios.

¡Bingo!

Estaba acorralada. Su vida estaba a punto de ser liquidada por un banco, y el plazo se estaba agotando. No quería un bebé; quería rescatar el legado de la familia. Su desesperación no era fruto de la irresponsabilidad; el informe de Enrico indicaba que los préstamos los había contraído su padre, años atrás, para sufragar el tratamiento oncológico de su difunta madre; era una desesperación limpia, motivada por la lealtad familiar.

Marina Costa no sería un problema. Sería la empleada temporal más dedicada de la nómina de *Rossi Pelletteria*, aunque no lo supiera. La necesidad económica garantizaría su adhesión incondicional a todas las cláusulas draconianas que yo pretendía imponer. Yo controlaría su dieta, su entorno y su rutina de sueño. Redactaría diecinueve páginas de exigencias, y ella firmaría cada una de ellas porque la alternativa era ver la ruina de su padre.

La lógica era hermosa en su crueldad.

Volví a pulsar el comunicador.

—Enrico.

—¿Señor?

—Hemos encontrado a nuestra incubadora. La Candidata 05, Marina Costa. Avísale al Dr. Varella. Dile que siga adelante con la contratación.

—¿Debo autorizar a la clínica a concertar la firma de su contrato estándar?

—No. Su contrato es demasiado blando. No estoy alquilando un coche, Enrico, estoy encargando un heredero. Envía el contrato suplementario que nuestro equipo jurídico ha redactado esta madrugada. El que incluye la cláusula de convivencia obligatoria, la restricción de movilidad sin escolta y el control dietético integral.

—Señor... —Enrico vaciló, y pude oír el ruido que hacía al tragar saliva. —¿La cláusula de convivencia? ¿La que exige que la

gestante resida en su propiedad durante los nueve meses? Con todo respeto, eso puede asustarla. Es una privación de libertad drástica.

—No se asustará, Enrico. Mirará la orden de desahucio de su padre y firmará donde tenga que firmar, con una sonrisa si hace falta. Si voy a pagar seiscientos mil reales por el uso de un cuerpo, supervisaré ese cuerpo las veinticuatro horas del día. No pienso arriesgarme a que mi heredero crezca alimentándose de pan de queso rancio. Se mudará a mi ático en cuanto el análisis de sangre confirme el embarazo.

Me levanté y volví a caminar hacia la ventana de cristal. La ciudad allá abajo parecía pequeña desde mi perspectiva. Todo era una cuestión de influencia, de apalancamiento. Y yo poseía todo el apalancamiento.

—Entendido, señor. ¿Y qué hay de la reunión para la firma? ¿El Dr. Varella llevará a cabo el proceso de forma anónima, tal y como usted solicitó inicialmente?

Observé el reflejo de mi propio rostro en el cristal. Había planeado permanecer en las sombras, ser solo una entidad financiadora sin rostro. Pero ver la foto de Marina Costa, ver esa obstinación latente en sus ojos, me hizo cambiar de opinión. Una mujer con esa mirada necesitaba entender exactamente quién llevaba las riendas. Si iba a vivir en mi casa, tenía que establecer la jerarquía personalmente y aniquilar cualquier atisbo de insubordinación antes incluso de que el embrión fuera implantado.

—Cancela el anonimato —ordené, ajustándome el cuello de la camisa—. Quiero que la reunión para la firma del contrato sea mañana, a las diez de la mañana, en la sala de reuniones VIP de la clínica, y yo estaré presente.

—Haré los preparativos de inmediato, señor Rossi.

—Y, Enrico...

—¿Sí?

—Haz lo necesario para que el contrato lleve sus iniciales rubricadas en todas las páginas. No quiero dejar margen para futuros arrepentimientos. Cuando la tinta se seque mañana, el destino de Marina Costa me pertenecerá.

Apagué la tableta y la dejé sobre la isla de mármol. El problema de la sucesión de la presidencia estaba prácticamente resuelto. Mi padre estaría satisfecho, el consejo de Milán se callaría y *Rossi Pelletteria* seguiría bajo mi mando.

Volví a observar el paisaje exterior. El día prometía ser productivo. No sentía culpa, solo la fría satisfacción de una negociación exitosa. Había comprado la solución para mi vida.

Solo faltaba que la mercancía firmara el recibo.



Marina COSTA

Capítulo 4

La dirección estaba en Savassi, en una avenida flanqueada por árboles perfectamente podados, donde el metro cuadrado debía de costar más que toda mi vida junta. La fachada de la *Clínica Vitae* no tenía letreros llamativos ni rótulos luminosos. Era solo un imponente muro de piedras oscuras y vidrio templado, que desprendía ese tipo de riqueza silenciosa e intimidante que hacía que mis vaqueros descoloridos y mis zapatillas gastadas parecieran casi ofensivos.

Pasé por la puerta de seguridad y el aire acondicionado me golpeó como una bofetada helada. El vestíbulo olía a lirios blancos y desinfectante caro. No había revistas viejas sobre la mesa de centro, solo libros de arte de tapa dura.

—¿Marina Costa? —La recepcionista, que parecía salida de un reportaje de moda de Vogue, me llamó por mi nombre con una

sonrisa ensayada—. El doctor Varella y el señor Rossi ya la esperan en la sala de conferencias VIP. Por favor, acompáñeme.

El señor Rossi.

Mi estómago dio un vuelco, mezclando el café solo que me había tomado por la mañana con la ansiedad que me carcomía desde que recibí el correo electrónico de confirmación de la clínica la noche anterior. Apreté el asa de mi bolso de piel sintética, tratando de ignorar el hecho de que se estaba pelando, y seguí a la mujer por un pasillo silencioso.

Ella abrió una pesada puerta doble de madera.

La sala era amplia, con una mesa de reuniones de cristal oscuro en el centro y una vista panorámica de la ciudad. Pero apenas me fijé en la decoración. Mis ojos se dirigieron inmediatamente hacia el hombre sentado a la cabecera.

Lorenzo Rossi no parecía una persona; era un rascacielos.

El tipo vestía un traje azul marino a rayas que ceñía sus anchos hombros y su postura rígidamente erguida. El cabello oscuro estaba peinado hacia atrás con precisión militar, y la mandíbula estaba tan tensa que parecía esculpida en granito. Pero fueron sus ojos los que me dejaron paralizada. Eran de un castaño tan oscuro que rozaba el ónix, y me analizaron de la cabeza a los pies en menos de dos segundos, registrando cada detalle, cada imperfección, cada pelo fuera de lugar, sin mostrar absolutamente ninguna emoción, empatía o calidez. Me miró como si fuera un número en una hoja de cálculo.

—Señorita Costa. ¡Siéntese! —La voz del hombre era grave, con un ligero acento italiano que alargaba las consonantes, y sonó más como una orden militar que como una invitación. Ni siquiera se levantó para saludarme.

A su lado, un hombre con traje gris, sosteniendo una tableta, no apartaba la vista de la pantalla y, en el otro extremo de la mesa,

un médico de cabello canoso y sonrisa cortés, el doctor Varella, me indicó la silla que tenía delante.

—Buenos días, Marina. Es un placer conocerla en persona. —El médico intentó suavizar el ambiente fúnebre de la sala—. Este es el señor Lorenzo Rossi, el contratante, y su asistente ejecutivo, Enrico.

Me senté en la silla giratoria de cuero, sintiéndome minúscula. Coloqué las manos sobre el regazo para ocultar el temblor de mis dedos.

—Saltémonos las formalidades, doctor —interrumpió Lorenzo con voz gélida. Entrelazó sus largos dedos sobre la mesa de cristal. —Mi tiempo es un recurso escaso. Señorita Costa, he leído su expediente. Sé lo de la subasta. Sé lo de los quinientos ochenta y dos mil reales que su padre debe al Banco Safira, y sé que tiene veintisiete días para evitar que le quiten el puesto de quesos de su familia en el Mercado Central.

Sentí cómo se me vaciaban los pulmones. El pánico me subió por la garganta, asfixiante.

—¿Cómo es que usted...? —tartamudeé, sintiendo que la cara me ardía de humillación y rabia—. El formulario debería ser confidencial. ¿Cómo sabe lo de la Banca do Costa?

—No invierto seiscientos mil reales sin hacer una auditoría completa del activo que estoy adquiriendo —respondió, sin pestañear, con expresión impasible—. Y tú eres mi activo ahora. Tu desesperación financiera fue lo que te puso en esta silla. ¿Por qué me garantizas que no tendrás margen para romper las reglas que voy a estipular?

Quise levantarme. Quise mandar a ese italiano arrogante al infierno con sus trajes caros. Pero el rostro de mi padre, envejecido y derrotado, apoyado en las estanterías del almacén, se me pasó por la mente. Me tragué mi dignidad.

—He venido a firmar el contrato para ser gestante subrogada —dije, esforzándome por que mi voz no fallara, levantando la barbilla para sostener su mirada—. Llevaré en mi vientre al niño concebido con su material y el de la donante anónima que mencionó el doctor. Nueve meses. Usted paga mi deuda. Me voy. Así de claro y sencillo.

El doctor Varella carraspeó, aflojándose la corbata, visiblemente incómodo.

—A propósito, Marina... Hemos tenido una reunión de coordinación con el señor Rossi esta mañana, antes de tu llegada. Hay un... contratiempo logístico.

Frunció el ceño, con el instinto de alerta sonando.

—¿Qué complicación?

—El señor Rossi necesita un heredero que nazca en un plazo máximo de diez meses para cumplir una cláusula contractual en la presidencia de su empresa en Europa —explicó el médico, utilizando ese tono cauteloso de quien intenta desactivar una bomba. —El proceso estándar de fecundación in vitro con donación de óvulos exige la elección de la donante, la importación del material genético, que a menudo procede del extranjero, la sincronización de los ciclos menstruales y la implantación. Todo eso lleva tiempo. Meses, a veces, y la tasa de fracaso en el primer intento de implantación del embrión con óvulos descongelados puede llegar al cuarenta por ciento.

—Tiempo que no tenemos —intervino Lorenzo, con una voz que cortó la explicación médica como una cuchilla afilada—. No voy a arriesgar el imperio de mi familia por retrasos en la aduana o fallos en la implantación. Necesito un embarazo confirmado lo antes posible.

—Claro... —murmuré, mirando del médico a Lorenzo, sin entender qué papel tenía yo en todo esto—. ¿Y qué quiere que haga? No tengo control sobre los óvulos del laboratorio.

—No sobre los del laboratorio —dijo el doctor Varella, cruzando las manos—. Sino sobre los suyos. Marina, sus pruebas preclínicas son extraordinarias. Sus niveles hormonales, su reserva ovárica, su salud general. Todo es perfecto. Si utilizamos su material genético, sus óvulos frescos, fecundados con el material del señor Rossi, la tasa de éxito de la fecundación en el primer intento ronda el ochenta y cinco por ciento. Podríamos realizar la extracción y la transferencia en dos semanas.

El silencio que siguió fue tan denso que el ruido del aire acondicionado sonó como el motor de un avión.

Mi cerebro se bloqueó. Las palabras del médico resonaban, pero no tenían sentido. *Mi material genético.*

—Espera —mi voz salió como un susurro áspero. Me abracé a mí misma—. ¿Está diciendo que... mi óvulo? ¿Quieren que el bebé sea biológicamente... mío?

—Una donación directa, sí —confirmó el médico, con profesionalidad, como si estuviéramos hablando de donar una bolsa de sangre.

Sentí que el suelo se desvanecía bajo mis pies. Una oleada de náuseas violentas me revolvió el estómago. Había pasado las últimas veinticuatro horas repitiéndome a mí misma que solo sería una incubadora. Un «horno» prestado para hornear el pan de otra persona. Así era como me lo había justificado ante mi propia conciencia. Entregaría un bebé que no tenía nada de mí, cobraría el dinero y seguiría adelante.

¿Pero vender a mi propio hijo? ¿Mi sangre? ¿La mitad de mi ADN?

—No —dije, sacudiendo la cabeza frenéticamente y levantándome de la silla, que rozó ruidosamente el suelo de madera —. ¡No, no, no! ¡El anuncio decía «gestante subrogada»! ¡No decía nada de que yo fuera la madre!

—No serás la madre —dijo Lorenzo. Fue la primera vez que algo más que indiferencia cruzó su mirada. Fue una irritación gélida —. Serás la donante genética y el vehículo de gestación. El título de «madre» presupone crianza, afecto y presencia. Tú no proporcionarás ninguna de las tres cosas.

—¡¿Estás loco?! —grité, perdiendo por completo el control, señalando con el dedo hacia ese rostro de granito—. ¡Es mi hijo! Tendrá mis ojos, o mi nariz, o... ¡Dios mío, es mi hijo al que quieres que entregue y no vuelva a ver nunca más!

—Es *mi* hijo —corrigió Lorenzo, implacable, levantándose también. Era aterradoramente alto de cerca—. Se le compensará generosamente por su biología.

—¡No voy a vender mi carne! Seré un incubador, no la madre de tu bebé. ¡No puedo hacer eso! ¡Es inhumano!

Enrico, el asistente, dio un paso al frente, pero Lorenzo levantó la mano, deteniéndolo. El italiano me miró fijamente, y juro que la temperatura de la habitación bajó diez grados. No alzó la voz. No lo necesitaba. El poder que emanaba de él era opresivo por sí solo.

—Siéntese, señorita Costa —ordenó, con voz grave y amenazante.

Me quedé de pie, jadeando.

—Siéntese —repitió y, esta vez, el peso de la orden me hizo ceder. Caí de espaldas en la silla, temblando.

Lorenzo cogió una carpeta de cuero negro que tenía delante y la deslizó por la mesa de cristal hasta mí. Abrió la cubierta de un solo movimiento. Dentro estaba el contrato de gestación subrogada. Y, sujetado a la primera página con un clip plateado, había un papel que yo conocía muy bien.

Era una copia exacta de la orden de subasta de la Banca do Costa.

—Mira este documento, Marina —dijo Lorenzo, con el tono de un depredador acorralando a su presa—. Dentro de veintisiete días, el martillo caerá. Tu padre, que trabajó treinta años en ese mercado, será echado como un vagabundo. El legado de tu madre, el sacrificio que los llevó a la quiebra, quedará reducido a cenizas y se venderá al mejor postor por una fracción de lo que vale. Tu padre se quedará en la calle. Quizá su corazón aguante la humillación. Quizá no...

Lágrimas calientes de furia e impotencia brotaron de mis ojos, emborronando la visión de aquel maldito papel amarillo.

—Eres un monstruo —susurré, con la voz entrecortada.

—Soy un hombre de negocios —replicó, imperturbable—. Identifico un problema y aplico la solución más eficiente. Yo necesito un hijo con urgencia, tú necesitas seiscientos mil reales con urgencia. La biología de este bebé no cambia el hecho de que tú no tienes los medios económicos para criar a un niño, y yo tengo miles de millones para garantizar que este heredero tenga el mundo a sus pies. Si sales por esa puerta ahora, conservando tus óvulos y tu «humanidad», volverás a casa y ayudarás a tu padre a empaquetar cajas de cartón.

Sacó una Montblanc del bolsillo interior de la chaqueta y la posó sobre el contrato.

—O —continuó, bajando la voz hasta un tono casi hipnótico— firmas aquí. Usaremos tu material genético. Transferiremos el dinero a la cuenta bancaria esta misma tarde y saldaremos tu deuda por completo. Gestarás al bebé según mis reglas, me lo entregarás en la sala de parto, firmarás la renuncia a los derechos parentales y saldrás de aquí libre, con el futuro de tu padre a salvo.

Me quedé mirando el bolígrafo.

Mi mente se trasladó al Mercado Central. El olor a queso curado, la amplia sonrisa de mi padre cortando un trozo de Canastra, sus manos callosas que me sostuvieron toda la vida. Él

había hipotecado su vida por amor a mi madre. Ahora, el universo me estaba cobrando la deuda a mí.

Estaba negociando con mi alma. El precio del pan de mi padre era la carne de mi hijo.

Sollocé, cubriéndome el rostro con las manos. El dolor me desgarraba el pecho de una forma que no creía físicamente posible. Ya amaba a ese niño que ni siquiera existía. Estaba de luto por un hijo que me vería obligada a gestar solo para perderlo.

—¿Cuánto tiempo tengo para decidirme? —pregunté desde detrás de mis dedos, con el llanto ahogando las palabras.

—Tienes treinta segundos —la respuesta de Lorenzo cortó el aire sin piedad—. Tengo reuniones por la tarde.

Bajé las manos. Miré a aquel hombre hecho de hielo y mármol. Lo odié con cada fibra de mi ser. Odié su traje, su reloj, su frialdad, su dinero sucio que compraba vidas como si fueran mercancías en una estantería.

Con la mano temblando tanto que apenas podía cerrar los dedos, cogí el bolígrafo dorado.

El doctor Varella apartó la vista, mirando hacia la ventana, como si le diera demasiada vergüenza presenciarlo. El señor Rossi, por su parte, no apartó la mirada ni por una milésima de segundo. Observó con ojos de águila mientras yo firmaba mi nombre en la línea punteada, sellando el pacto con el diablo.

Marina Costa. Renuncia a la patria potestad. Cláusula de confidencialidad. Uso irrestrito de material genético.

Firmé cada maldita página. Cuando terminé, tiré el bolígrafo sobre la mesa. Rodó y golpeó el soporte de cristal con un chasquido seco.

—Ya está hecho —dije, con voz apagada—. Salve a mi padre.

Lorenzo tiró de la carpeta hacia sí. Comprobó las firmas con una eficiencia clínica y se la entregó a su asistente.

—Enrico, avisa al departamento financiero. Quiero que se salde la deuda con el Banco Safira y que el comprobante esté en mi mesa en una hora —ordenó.

—Inmediatamente, señor —asintió Enrico, saliendo de la sala a zancadas.

El doctor Varella empezó a hablar de recetar vitaminas, iniciar el ciclo de estimulación hormonal y programar las primeras pruebas, pero sus palabras sonaban como estática bajo el agua. Estaba vacía. Un recipiente hueco.

Iba a levantarme y salir corriendo de aquella sala para poder vomitar en el baño más cercano, pero la voz del señor Rossi me paralizó una vez más.

—Una cosa más, señorita Costa —dijo, abrochándose el traje, por fin listo para marcharse.

Levanté hacia él mis ojos enrojecidos y húmedos.

—El doctor Varella comenzará hoy su tratamiento hormonal —continuó, con el tono impersonal de quien lee un memorándum—. La extracción será dentro de catorce días, seguida de la fertilización y la implantación. Si el análisis de sangre da positivo la semana siguiente, la cláusula siete del contrato se activará de inmediato.

—¿Cláusula siete? —repetí, aturdida. Apenas había leído los detalles más pequeños.

—La cláusula de convivencia y supervisión —respondió, cogiendo su móvil de la mesa—. Acabo de invertir más de medio millón de reales en mi futura generación. No permitiré que mis activos queden sin supervisión. En el momento en que el laboratorio confirme el embarazo, ya no vivirás en las afueras y no volverás a poner un pie en ese mercado apestoso. Mi equipo de seguridad

pasará por tu casa para recoger tus pertenencias. Te mudarás a mi ático.

Abrí mucho los ojos.

—¿Vivir... contigo?

—Bajo mi techo, bajo mis reglas dietéticas y bajo la mirada de mis médicos —corrigió, girándose hacia la puerta de salida—. Disfruta de las próximas semanas en tu puesto de quesos, Marina. En cuanto ese niño empiece a crecer dentro de ti, tu vida pasará a ser propiedad de *Rossi Pelletteria*.

Salió de la sala sin mirar atrás, la pesada puerta cerrándose con un golpe sordo, dejándome atrás, acompañada únicamente por el peso aplastante de mi propia ruina.



Lorenzo ROSSI

Capítulo 5

La biología humana, cuando se financia adecuadamente y se gestiona con rigor científico, no es más que otra cadena de montaje.

En las tres semanas que siguieron a la firma del contrato, apliqué al embarazo de mi heredero la misma microgestión obsesiva que utilizaba para supervisar la expansión de *Rossi Pelletteria* en Asia. No dejé margen para que la naturaleza actuara con sus caprichos habituales.

La rutina de Marina Costa quedó en manos de mis médicos. Recibía informes diarios en mi tableta sobre sus niveles de estradiol, la respuesta folicular a las inyecciones hormonales y el grosor del endometrio. Cuando el doctor Varella me informó de que la extracción de óvulos había proporcionado un número excepcional de muestras viables, recibí la noticia con la misma satisfacción con la que se recibe un balance trimestral con beneficios por encima de lo

esperado. Su material genético era excelente. Mi esperma, perfectamente sano. El laboratorio unió ambos activos y produjo embriones de máxima calidad.

No estuve presente el día de la transferencia embrionaria. El doctor Varella sugirió, con un tono peligrosamente cercano al sentimentalismo, que mi presencia en la sala podría «perturbar a la paciente». Le recordé que no la estaba contratando para que estuviera tranquila, sino para que se quedara embarazada. Envié a Enrico para asegurarme de que ella acudiera al procedimiento y firmé un cheque de bonificación para la clínica.

No tenía el menor interés en coger de la mano a la mujer que me miraba como si fuera la encarnación del mismísimo demonio. Desde aquel día en la sala de reuniones, su rendición era evidente, pero el odio que irradiaban sus ojos oscuros era ensordecedor. Había aceptado las condiciones porque la deuda de su padre había sido ejecutada y liquidada por mis abogados en menos de dos horas. La Banca do Costa, en el Mercado Central, estaba a salvo. El sacrificio había surtido efecto.

En ese momento, catorce días después de la implantación del embrión, esperaba el veredicto.

Estaba en mi oficina de Savassi, con el reloj marcando exactamente las catorce horas y treinta minutos de un martes. Debería estar revisando los borradores de la fusión con una empresa de transporte alemana, pero la hoja de cálculo en mi pantalla no tenía sentido. Mis dedos marcaban un ritmo silencioso sobre la mesa de jacarandá.

La puerta se abrió sin previo aviso, algo que solo una persona de mi plantilla tenía autorización para hacer.

Enrico entró. No llevaba su tableta habitual. Sostenía un sobre blanco con el membrete de la clínica *Vitae*.

Su actitud era impenetrable, pero había un sutil brillo en sus ojos.

—El doctor Varella ha enviado a un mensajero especial, señor Rossi. Se ha negado a enviar el resultado por correo electrónico para evitar cualquier riesgo de interceptación.

Extendí la mano, sintiendo cómo se aceleraba mi pulso durante una fracción de segundo antes de recuperar el control absoluto de mi cuerpo. Cogí el sobre y rasgué el precinto superior con un abrecartas plateado.

Saqué el informe del laboratorio. Fui directamente al final de la página, ignorando la jerga médica.

Prueba: Beta-hCG cuantitativa. Resultado: 485 mUI/mL. Conclusión: Positivo. Embarazo en curso.

Me quedé mirando los números durante un largo rato. El peso que había descansado sobre mis hombros durante los últimos cinco meses, la amenaza inminente del consejo, el riesgo de perder la presidencia a manos de ese inútil de mi primo Giancarlo, se evaporó al instante.

La ecuación estaba resuelta. Tendría un hijo antes de cumplir los treinta y seis años. El imperio estaba a salvo.

—¿El resultado es satisfactorio, señor? —preguntó Enrico, con voz cortés, pero llena de expectación.

—El activo ha germinado, Enrico —dije, tirando el informe sobre la mesa y recostándome en la silla de cuero. Una sonrisa de triunfo curvó las comisuras de mi boca—. La presidencia de la empresa permanecerá bajo mi control. Comunícate con mi padre en Milán por una línea segura. Dile que los accionistas conservadores pueden tragarse los estatutos y volver a sus madrigueras. El heredero Rossi está de camino.

—Mis felicitaciones, señor Rossi. Es una noticia excepcional. Toda la empresa lo celebrará... cuando usted decida hacerlo público, claro está.

—El hecho no se hará público hasta que el embarazo haya avanzado a una etapa irrevocablemente segura. Hasta entonces, se mantendrá el secreto absoluto y, para garantizar que nada ponga en peligro a mi heredero, debemos eliminar las variables externas.

Me levanté y me abroché la chaqueta de mi traje a medida.

—Pon en marcha al equipo de logística privada, Enrico.

Mi asistente frunció ligeramente el ceño.

—¿El equipo de logística? ¿Para qué, señor?

—Para la extracción —respondí, como si fuera obvio. Me acerqué a la ventana, observando el tráfico abajo. —El doctor Varella llamará a Marina Costa en los próximos cinco minutos para darle la noticia de que está embarazada. En cuanto cuelgue el teléfono, quiero nuestra furgoneta de cristales tintados en la puerta de esa casa de Santa Tereza. Activa la Cláusula Siete del contrato.

—La mudanza forzosa... —murmuró Enrico, cogiendo el móvil —. ¿Está seguro de que quiere hacer esto hoy? ¿De forma tan abrupta? Acaba de descubrir que está embarazada. El impacto emocional...

—Su impacto emocional es irrelevante frente a la seguridad de mi hijo. ¿Has leído el informe de seguridad que encargué sobre su entorno? Vive en el piso de arriba de un bar de esquina, Enrico. El lugar es ruidoso, la infraestructura es precaria, y pasa doce horas al día cargando pesos muertos en un mercado repleto de bacterias y quesos sin pasteurizar. El entorno es biológicamente insalubre.

—Pero, señor...

—Tráela a mi ático, Enrico. Hoy. Ahora mismo. Dale una hora para que empaquete objetos estrictamente personales. No traigáis muebles, ni baratijas. Ya he mandado preparar la suite de invitados. Y envía un mensaje a la ama de llaves, la señora Carmen. Quiero que la despensa quede libre de cualquier alimento con azúcar

refinado, cafeína o conservantes químicos. La dieta del contrato entra en vigor en la próxima comida.

Enrico asintió, recuperando su postura rígida. Sabía cuándo no debía discutir.

—Sí, señor. Voy a coordinar al equipo ahora mismo. ¿Volverá usted al ático para recibirla?

—Por supuesto. Yo soy el propietario. Ella tiene que entender, desde el primer segundo bajo mi jurisdicción, quién dicta las reglas del juego.

Una hora y media después, estaba de pie en medio de mi salón.

Mi apartamento en Lourdes era mi santuario. Una vastedad de ochocientos metros cuadrados de cemento quemado, cristal, mármol negro y obras de arte contemporáneo estratégicamente iluminadas. No había contaminación visual. No había ruido más allá del susurro del aire acondicionado central. Era un reflejo exacto de mi mente: ordenado, gélido y bajo control absoluto.

Al menos, así era hasta que las puertas del ascensor privado se abrieron con un suave tintineo.

Tenía en la mano un vaso de agua con gas y limón, observando el vestíbulo. El fornido guardia de seguridad, vestido con un traje negro, salió primero, cargando dos maletas de lona gastadas y una caja de cartón atada con cordel. Justo detrás de él, estaba ella.

Marina.

Llevaba los mismos vaqueros gastados y una camiseta holgada de *Guns N' Roses*. Su cabello castaño estaba recogido en una coleta suelta, con mechones rebeldes cayéndole sobre un rostro pálido y marcado por manchas rojas. Había llorado... y mucho.

Pero no había derrota en su postura. Cuando sus ojos oscuros recorrieron el vestíbulo de mármol y encontraron los míos, lo que vi

allí no fue el pánico de un animal acorralado; fue la furia volcánica de quien acababa de ver invadido su territorio.

—Deja las maletas ahí, Roberto —le dije al guardia de seguridad, despidiéndolo con un gesto de la cabeza—. Puedes bajar.

El guardia de seguridad salió por el ascensor de servicio, dejándonos solos en la inmensidad blanca de la sala.

Marina no se movió. Estaba de pie en el borde de la alfombra persa oscura, con los puños cerrados a los lados del cuerpo.

—Bienvenida a su nueva residencia, señorita Costa —dije, con tono cortés y frío, mientras daba un sorbo a mi agua—. Espero que el equipo no haya sido brusco durante la transición. El protocolo de seguridad exigía rapidez.

Ella soltó una risa áspera, sin ningún atisbo de humor.

—¿Mudanza? Habéis irrumpido en mi casa, habéis echado a mi padre de mi propia habitación y me habéis dado treinta minutos para meter toda mi vida en esas dos ridículas maletas. Eso no es una mudanza, imbécil. Eso es un secuestro legalizado.

Me tragué la irritación ante el insulto. Era una empleada insubordinada, poniendo a prueba los límites de su jefe en su primer día de trabajo. Había que domarla.

—Has leído el contrato, Marina. Has firmado la Cláusula Siete. En cuanto el beta-hCG dio positivo, tu cuerpo dejó de ser de tu propiedad exclusiva. Ahora eres una incubadora de gran valor, y yo no dejo activos sin vigilancia.

—¡Y tú eres un robot con traje que se cree que puede comprarse todo el puto mundo! —gritó ella, con la voz resonando en las paredes blancas del apartamento. Dio un paso adelante, con el rostro desencajado por la ira—. ¡Dejé a mi padre solo! ¡Estaba llorando, señor Rossi! ¡No entendió nada; tuve que mentir diciendo que había conseguido un trabajo como asistente personal de una

familia rica en el extranjero para justificar el dinero que salvó al banco y mi desaparición!

—Una mentira perfectamente aceptable y eficaz —repliqué, dejando el vaso sobre la mesa de centro—. No lo verás durante los próximos nueve meses. Ahora, respira hondo. Tu ritmo cardíaco está acelerado, lo que aumenta la producción de cortisol, y eso es pésimo para el desarrollo neural en las primeras semanas de gestación.

Me miró como si acabara de sugerirle que se comiera vidrio molido.

—Te odio —siseó, con cada palabra chorreando veneno—. Juro por Dios que te odio con cada célula de mi cuerpo.

Me encogí de hombros, imperturbable.

—Tu odio no incumple ninguna cláusula del contrato, siempre y cuando comas a las horas establecidas y no intentes tirarte por el balcón.

Le di la espalda y me dirigí hacia el pasillo.

—Doña Carmen, la ama de llaves, va a deshacer sus maletas. Le he pedido que descarte cualquier cosmético con parabenos o ropa de tejidos sintéticos que haya traído. Su guardarropa ya ha sido sustituido por prendas de algodón orgánico y lino encargadas con sus medidas previas. Sígame, le mostraré su suite.

Di tres pasos antes de oír un ruido extraño. Un arrastrar metálico sobre el suelo de mármol.

Me di la vuelta.

Marina no me seguía. Se había arrodillado junto a la caja de cartón atada con cordel y estaba sacando algo de dentro.

No era una prenda de ropa. No era un secador de pelo.

Era una jaula de hierro verde, oxidada por los bordes, cubierta con un paño de cocina estampado.

Entrecerré los ojos.

—¿Qué es eso? —pregunté, con la voz bajando una octava.

Marina se levantó, sujetando la jaula contra su pecho con aire de absoluto desafío. Retiró el paño de cocina.

Dentro, un loro verde brillante, con una mancha amarilla en la coronilla, me guiñó sus ojos redondos, ladeó la cabeza y soltó un graznido estridente que pareció arañar el cristal de mis ventanas.

—Este es Zeca —anunció ella, levantando la barbilla con una rebeldía aguda.

El loro se sacudió en la percha, abrió las alas y gritó:

—¡¿Dónde está el queso?! ¡¿Dónde está el queso?! ¡Idiota!

Sentí cómo me latía peligrosamente una vena en la sien derecha. El caos. El caos absoluto, irracional y apestoso acababa de cruzar las puertas de mi santuario perfecto.

—Saca a ese pájaro sarnoso de mi casa. ¡Ahora mismo! —ordené, señalando con el dedo la puerta del ascensor—. Las aves transmiten enfermedades respiratorias. Es un riesgo biológico para el feto.

Marina apretó la jaula con más fuerza.

—Zeca se pone todas las vacunas, va al veterinario cada seis meses y es más higiénico que muchos accionistas de tu empresa.

—El contrato especifica claramente...

—¡El contrato especificaba que traería mis pertenencias personales! Zeca es un miembro de la familia. Si él no se queda, yo tampoco. Su hijo se queda sin madre y el contrato se rompe. Sé muy bien que esa es la única cosa en el mundo que ama, Lorenzo.

La audacia de la amenaza me dejó momentáneamente sin palabras. ¿Estaba utilizando la vida de un maldito loro como moneda de cambio contra el director general de una multinacional?

—¿Me está chantajeando con un pájaro, señorita Costa?

—Estoy negociando, *señor Rossi* —imitó mi tono, con los ojos chispeantes. —Tú has dictado las reglas sobre mi útero, mi ropa, mi comida y mi contacto con mi padre. El loro se queda… y si le pones un dedo encima, te juro que me voy a tragar una tableta entera de chocolate con leche llena de azúcar refinada y me voy a disparar la presión arterial a propósito.

Nos quedamos mirándonos fijamente. Por un lado, yo, un multimillonario entrenado para destruir a sus oponentes en despiadadas reuniones de consejo. Por el otro, una vendedora de quesos embarazada de dos semanas, sujetando una jaula con un loro malhablado y los ojos llenos de lágrimas contenidas.

Las cuentas no cuadraban. Yo tenía el dinero, yo tenía el poder, yo tenía el contrato. Pero, por primera vez en mi vida, sentí que el control absoluto de la situación se me escapaba de entre los dedos manchados de tinta de pluma estilográfica.

El loro me guiñó el ojo de nuevo.

—*¡Idiota!* —repitió con entusiasmo.

Cerré los ojos, masajeándome el puente de la nariz para alejar el dolor de cabeza que se acercaba con la fuerza de un tren de mercancías.

—El pájaro se queda confinado en su suite —cedí, entre dientes, sintiendo cómo la humillación me quemaba la garganta—. Si ensucia mi alfombra persa o emite cualquier sonido durante mis videoconferencias, yo mismo lo convertiré en estofado.

Marina no sonrió triunfante, solo asintió, agarrando la jaula como un escudo.

La convivencia forzada había comenzado y tuve la inquietante certeza de que mi imperio perfectamente estructurado estaba a punto de reducirse a cenizas.



Marina COSTA

Capítulo 6

Despertarme en la suite de invitados del ático de Lorenzo Rossi fue como despertar dentro de un congelador diseñado por un arquitecto minimalista y sin alma.

Abrí los ojos y me recibió una agresiva inmensidad de blanco y gris. No había texturas, no había colores cálidos. La cama *king size* era tan obscenamente mullida que parecía querer tragarme, cubierta con sábanas de un algodón egipcio tan helado que me dio escalofríos.

Me senté en el colchón, tirándome el edredón hasta la barbilla. El silencio de aquel apartamento era absoluto, opresivo y denso. Acostumbrada a despertarme a las cinco de la mañana con el ruido de los camiones de reparto tocando el claxon en la calle de abajo y el olor a café tostado subiendo por las rendijas del suelo, aquella quietud me provocó una sensación de sordera inducida.

Afuera, tras las enormes ventanas con cortinas opacas automáticas, Belo Horizonte ya debía de estar en plena ebullición, el Mercado Central a toda máquina. Mi padre estaría atándose el delantal, quizá preguntándose en qué parte del mundo estaría trabajando para haber conseguido saldar aquella deuda titánica de la noche a la mañana. La mentira que le conté, de que me habían contratado como asistente personal de una familia rica de viaje por Europa, me había rasgado la garganta como vidrio molido.

Bajé la mirada hacia mi vientre. Seguía perfectamente plano. Protegida bajo la fría seda del pijama que no era mío, una minúscula vida había comenzado a formarse. *Mi hijo...* El nudo que se me hizo en la garganta amenazó con ahogarme, pero lo tragué en seco. Llorar no cambiaría el contrato. El maldito tipo del traje italiano ya tenía mi firma.

—¿Dónde está el pan?

La voz chillona de Zeca rompió el silencio fúnebre. Estaba en la jaula oxidada, estratégicamente colocada sobre un sillón de diseño exclusivo que debía de costar más que mi coche. Era lo único allí que pertenecía a mi mundo.

—No hay pan, Zequinha —suspiré, sacando las piernas de la cama. Mis pies descalzos tocaron el suelo de madera clara. —Aquí, creo que se alimentan de hielo y hojas de cálculo de Excel.

Caminé hasta el enorme *vestidor* para buscar mi ropa. Abrí las puertas de cristal templado y me detuve, incrédula.

Mis viejos vaqueros, mis camisetas de colores, mis sudaderas cómodas. Todo había desaparecido. En su lugar, había una fila espeluznantemente metódica de perchas acolchadas con prendas en tonos neutros: blanco, beige, arena y un azul marino deprimente. Toqué la tela de una blusa. Lino puro. Un vestido largo. Algodón orgánico sin teñir. Parecía el armario de un monje millonario con fobia a los estampados.

—Él no hizo eso... —murmuré, con la indignación hirviendo en mis venas.

—El señor Rossi ordenó que todas las prendas con tintes artificiales y poliéster se descartaran para donarlas, señora.

Di un salto hacia atrás.

De pie en el umbral de la puerta de la suite, que había dejado entreabierta, había una señora con un impecable uniforme gris plomo. Tenía el pelo blanco recogido en un moño firme y el rostro marcado por arrugas de expresión seria, pero sus ojos, de un castaño cálido, delataban una dulzura que el resto de la casa no poseía. Sostenía una bandeja de plata con ambas manos.

—¿Doña Carmen? —pregunté, recordando el nombre que Lorenzo había mencionado ayer.

—Sí, señora. Soy la ama de llaves. —Entró, caminando con el porte de un general, y dejó la bandeja sobre una mesita auxiliar cerca de la ventana—. El señor Rossi me ha encargado que supervise su horario de comidas. Le he traído el desayuno de acuerdo con el programa de la clínica.

Me acerqué a la bandeja, esperando sentir el aroma divino del café negro.

Miré la comida y mi estómago gruñó, pero de tristeza. Había un vaso con un líquido verde musgo espeso, un cuenco pequeño con algo que parecía alpiste mezclado con yogur transparente, y dos rebanadas de lo que solo podía ser cartón tostado.

—¿Qué es esto? —señalé el vaso.

—Zumo de apio, manzana verde ecológica, col rizada y jengibre, sin edulcorantes. El cuenco contiene pudín de chía con leche de almendras casero y las tostadas son de harina de almendras sin gluten —recitó, como quien lee el prospecto de un medicamento.

Miré de la bandeja a Carmen.

—¿Dónde está el pan francés tostado? ¿El café con leche de la panadería? Por el amor de Dios, señora Carmen, ¿dónde está mi café? ¡Necesito cafeína para no cometer un homicidio!

Los ojos de la ama de llaves se ablandaron un poco y echó un vistazo rápido al pasillo antes de bajar la voz.

—El señor Rossi ha prohibido terminantemente la cafeína, la harina blanca, los lácteos pasteurizados de baja calidad y los azúcares refinados en la propiedad. La clínica envió una lista de restricciones de tres páginas, señorita. Si me pilla acercándole a la señora un café molido Pilão, me despide por causa justificada antes del almuerzo.

Me cubrí la cara con las manos, soltando un gemido ahogado. El pánico de pasar nueve meses encerrada en aquel mausoleo bebiendo apio me golpeó con toda su fuerza.

—Bebe el zumo tapándote la nariz. Se traga más fácil —me aconsejó Carmen en un susurro solidario, antes de enderezar la postura de nuevo—. El señor Rossi está en su despacho, arriba, pero bajará para la inspección matutina en veinte minutos. Por favor, come algo.

En cuanto la puerta se cerró con un clic silencioso, me quedé mirando el zumo verde. Levanté el vaso, me tapé la nariz y me bebí el espeso líquido de un trago. Sabía a tierra mojada con hierba triturada.

Corrí al *armario* y saqué mi maleta de lona gastada, que había sido vaciada y empujada a un rincón inferior.

Lo que el doctor Varella y ese italiano que se creía un dictador no sabían es que quien crece detrás de un mostrador en el Mercado Central aprende a contrabandear manjares como nadie.

Me arrodillé y abrí la doble cremallera del forro falso de la maleta. Allí, apretujados y perfectamente sellados al vacío en la máquina del puesto de mi padre, estaban mis tesoros de supervivencia: un generoso trozo de queso Canastra semicurado,

perfectamente amarillo y apestoso, y un tarro de cristal de medio kilo de dulce de leche.

Agarré el tarro de dulce de leche como si fuera el cáliz del Santo Grial. Abrí la tapa y, usando los dedos, saqué una porción generosa y me la llevé a la boca. El azúcar golpeó mi sangre como una explosión de fuegos artificiales.

—¿Quieres la guerra de la biología, Lorenzo Rossi? —murmuré a la pared blanca, masticando con lágrimas de alivio en los ojos—. Te daré la guerra de la biología.

Quince minutos después, vestida con un conjunto de lino beige que me hacía parecer una monja del desierto, y con el sabor del dulce de leche todavía pegado al fondo del paladar, decidí que no me quedaría encerrada en la habitación esperando a que el «señor de la casa» hiciera su inspección. No era una prisionera del sistema penitenciario. Era una gestante subrogada.

Salí de la suite y caminé por el largo pasillo. El ático era una burla de lo grande que era. Había obras de arte abstractas, esculturas de metal retorcido y una iluminación empotrada que no dejaba sombras en el suelo. Parecía una clínica de estética para dioses deprimidos.

Seguí el débil sonido de una cafetera espresso en funcionamiento en la cocina. El aroma inconfundible de los granos recién molidos inundaba el ambiente. Mis pupilas se dilataron. El canalla estaba tomando café.

Entré en la cocina, un espacio monumental de mármol negro absoluto y acero cepillado.

Lorenzo estaba recostado contra la isla central, vestido con una camisa blanca de cuello mao con las mangas remangadas hasta los codos y pantalones oscuros a medida. No llevaba corbata, y eso, de alguna manera, lo hacía más intimidante, más letal. Sostenía una taza minúscula de *espresso* humeante mientras leía algo en la tableta.

No me vio entrar, lo que me dio la oportunidad de observarlo durante un segundo. Su perfección estética me irritaba profundamente. Los rasgos marcados, el perfil anguloso, la mandíbula apretada que parecía estar siempre tensa. Era el padre del bebé que crecía dentro de mí. Su ADN estaba ahora irrevocablemente mezclado con el mío. Se me revolvió el estómago de repulsión... y de algo más que me negué a identificar.

—¿No le han enseñado a anunciar su presencia, señorita Costa? —dijo sin apartar la vista de la tableta. El imbécil sabía que yo estaba allí.

—No me enseñaron a vivir en una tumba de cristal, señor Rossi —respondí, cruzando los brazos y acercándome a la isla de mármol—. Venimos de mundos distintos. En el mío, nos ponemos ropa de colores y tomamos café negro de verdad.

Por fin levantó la vista. Sus ojos oscuros recorrieron mi vestido de lino beige.

—Doña Carmen ha cumplido las órdenes. Pareces mucho más adecuada para el entorno. Y, como vi por la bandeja de tu habitación a través de las cámaras de seguridad, has consumido los nutrientes necesarios.

Se me heló la sangre.

—¿Cámaras de seguridad? ¡¿En mi habitación?!

—En el pasillo frente a su habitación —corrigió, impasible, dando un sorbo al *espresso*. El olor del café me torturaba—. No he puesto cámaras en su cama ni en su baño. No me interesa invadir su privacidad personal, solo garantizar la vigilancia de mi carga.

—Carga. —Repetí la palabra, escupiéndola como si fuera veneno—. Hablas de mí como si fuera un contenedor de mercancías en el puerto de Santos.

—Desde un punto de vista puramente técnico, jurídico y financiero, lo eres —replicó con la misma calma gélida de siempre—.

El embrión es el producto final. Tú eres la infraestructura temporal. No le des más importancia de la que tiene.

Dejó la taza en el fregadero con un movimiento preciso y apoyó ambas manos en el borde de mármol, inclinándose ligeramente hacia mí. El contraste entre su calor humano y el hielo de su personalidad era desconcertante.

—He pagado una suma exorbitante por tu cuerpo, Marina. Las reglas son sencillas. Comes lo que te indique el nutricionista. Duermes las ocho horas estipuladas. No consumirás toxinas. No te estresarás. A cambio, la herencia de tu familia está a salvo y saldrás de esta experiencia sin un centavo de deuda a tu nombre. No te pido tu amistad ni tu afecto. Exijo tu profesionalidad.

Quería gritar. Quería lanzarle ese molinillo de granos importado a su cabeza perfectamente peinada. Pero, en lugar de eso, di un paso adelante. El aroma cítrico y amaderado de su perfume invadió mi espacio.

—¿Profesionalidad? —susurré, mirándole fijamente a sus ojos duros—. Crecí limpiando congeladores y cargando cajas de treinta kilos de provolone a la espalda de madrugada. Sé lo que es trabajar duro. Pero no soy una máquina que enciendes y apagas cuando te da la gana, Lorenzo. Hay un corazón latiendo en el contenedor. Y la «carga» que has encargado está hecha de mi sangre y de mi cuerpo.

Él sostuvo mi mirada. No había retroceso en su postura, sin embargo, por una fracción mínima de segundo, vi un temblor casi imperceptible en la rigidez de su mandíbula.

—Este bebé es biológicamente mío. Y si crees que voy a pasar nueve meses callada, vistiendo un saco de patatas beige y agradeciendo el honor de tragar hierba triturada, has contratado a la mujer equivocada.

—El contrato está firmado —respondió él, con voz peligrosamente baja—. No tienes salida.

—El contrato me prohíbe saltar por la ventana y me obliga a vivir aquí. No me prohíbe hablar, existir y convertir tu mausoleo silencioso en mi territorio.

Cogí su taza de café sucia que estaba en el fregadero, pasé el dedo por la última gota oscura que quedaba en el fondo y me llevé el dedo a la boca bajo su mirada atónita. La cafeína mezclada con mi propia osadía bajó ardiendo.

—El apio estaba buenísimo. —Esforcé mi mejor sonrisa cínica —. Pero al loro le gusta tomar el sol en el balcón a las diez de la mañana escuchando Raça Negra. Espero que la acústica del cristal aguante.

Le di la espalda al multimillonario de hielo y volví por el pasillo, dejándolo solo con sus hojas de cálculo y su café robado.

Estaba en una prisión de oro, aterrorizada por la idea de perder a mi hijo y muriéndome de nostalgia por mi padre. Pero si Lorenzo Rossi creía que iba a salirse con la suya con ese contrato diabólico, estaba a punto de descubrir que el caos del Mercado Central se había trasladado a su apartamento.



Lorenzo ROSSI

Capítulo 7

El silencio era la banda sonora de mi éxito. En *Rossi Pelletteria*, operaba en un vacío de emociones y ruidos innecesarios. Mi apartamento había sido diseñado con paneles acústicos empotrados en las paredes de yeso para garantizar que ninguna interferencia de la ciudad exterior mancillara mi santuario.

Llevaba tres días en mi despacho privado intentando cerrar el contrato de expansión de nuestra línea de bolsos en Tokio. Tres días desde que la gestante subrogada se había mudado y una guerra fría y silenciosa.

O mejor dicho, silenciosa hasta ese preciso momento.

Mi bolígrafo se detuvo en medio de una firma. Sentí una sutil vibración en la suela de mi zapato italiano. Un temblor rítmico en el suelo de madera.

Fruncí el ceño, mirando al techo. ¿Estaría el vecino del ático de arriba haciendo una reforma no autorizada?

El sonido comenzó a filtrarse por las rendijas de la puerta de roble macizo. No era un taladro. Era música. Un ritmo percusivo, acompañado por un instrumento de cuerda estridente y un coro de voces masculinas cantando algo ininteligible.

Me levanté, con la irritación tensándome ya los músculos del cuello. Desbloqueé la puerta del despacho y caminé por el pasillo. Cuanto más me acercaba a la zona común, más alto se hacía el sonido. Era un ritmo tropical, animado, escandalosamente alto y alegre.

—Llenas de manías... Toda coqueta... Chica guapa, sabes que estás buena...

La absurda letra resonaba en las paredes de mármol de mi pasillo. La música sonaba en el sistema de sonido inteligente del ático. En *mi* equipo de sonido de doscientos mil reales, calibrado para reproducir a Vivaldi y Chopin.

Pero la contaminación sonora no fue lo peor. Fue el olor.

Mi apartamento solía oler a ozono del aire acondicionado y, como mucho, a un toque de lavanda de las velas importadas que encendía la señora Carmen. En ese momento, el aire estaba denso. Olía a ajo dorándose, cebolla y mantequilla. Un aroma cálido, casero y absurdamente invasivo que hizo que mi estómago rugiera en una traición física imperdonable.

Doblé la esquina de la cocina a zancadas, dispuesto a despedir a la señora Carmen y llamar al equipo de seguridad.

Me detuve en el umbral de la puerta. La escena que se presentó ante mis ojos hizo que mi cerebro entrara en cortocircuito.

Mi cocina, mi templo de acero cepillado y superficies inmaculadas, había sido profanada.

Una cacerola al fuego, vapor subiendo en nubes. Tarros de especias abiertos esparcidos por la isla de mármol. Y, en el centro de aquel apocalipsis culinario, estaba ella.

Marina Costa...

Había cogido el carísimo vestido de lino beige que me compré y lo había convertido en un trapo funcional, haciéndose un nudo en el dobladillo a la altura de los muslos para no tropezar y remangándose las mangas. Llevaba el pelo recogido en lo alto de la cabeza con lo que parecían unos *palillos* de madera de mi vajilla asiática, y estaba bailando.

Sostenía una cuchara de madera como si fuera un micrófono, removiendo el contenido de una sartén mientras balanceaba las caderas al ritmo de aquella música demoníaca.

—Con esa actitud tuya... ¡haces lo que quieres de mí

Fue entonces cuando me di cuenta de quién se estaba riendo.

Posado en el grifo de diseño suizo de mi fregadero, estaba el loro. Fuera de la jaula. El maldito Zeca movía la cabeza arriba y abajo, al ritmo perfecto del pagode, y de vez en cuando soltaba un silbido agudo para acompañar la melodía.

—Apaga eso. Inmediatamente. —Mi voz sonó como un trueno, cortando el aire, pero la música estaba tan alta que ella ni siquiera me oyó.

Di tres pasos pesados hacia el interior de la cocina, saqué mi móvil del bolsillo, abrí la aplicación de domótica y corté el sonido de todo el ático con un toque brutal en la pantalla.

El silencio se apoderó de la cocina de forma abrupta, quedando solo el chisporroteo del ajo friéndose en la sartén.

Marina dejó de bailar. Se giró, con la cuchara de madera goteando salsa roja directamente sobre mi suelo impecable. No

pareció asustarse al verme allí, fulminándola con la mirada. En cambio, resopló y se apartó de la frente un mechón de pelo pegado por el sudor.

—¡Venga ya, Lorenzo! Era la mejor parte del estribillo.

—¿Qué tipo de revuelta estás liderando en mi propiedad? —pregunté, con la voz controlada al límite, avanzando hacia la isla de mármol. Señalé el fregadero—. Esa ave portadora de enfermedades está fuera de la jaula en una zona de manipulación de alimentos y tú estás cocinando. ¿Dónde está la ama de llaves?

—La señora Carmen se ha ido a la frutería. Y a Zeca lo están vigilando, no ha salido de la zona del grifo —defendió ella al pájaro, que ladeó la cabeza y me miró con un ojo morado.

—*¡Idiota!* —chilló el loro.

Apreté los puños.

—Voy a asar a este animal. Te lo prometo. —Volví mi atención hacia Marina, que esbozaba una sonrisa burlona—. Tienes una dieta estricta, firmada y aprobada por tu médico. Alimentos cocidos, proteínas magras al vapor y suplementos. ¿Por qué mi cocina huele a mercado?

Marina apagó el fuego, apoyó la cadera en la encimera y cruzó los brazos. Tenía las mejillas sonrosadas por el calor de la cocina. Sus ojos brillaban con una vitalidad a la que no estaba acostumbrado en aquel ambiente estéril.

—Porque tu dieta está pensada para un robot, no para una mujer que está gestando un hijo —replicó ella con firmeza—. He pasado tres días comiendo pudín de semillas y bebiendo zumo verde. Si veo otro plato beige delante de mí, voy a caer en una depresión. Y estoy casi segura de que el cortisol y la tristeza son malos para *tu* inversión.

—Te pagan por seguir las reglas, no por cuestionarlas. ¿Qué estás preparando ahí? ¿Es manteca de cerdo?

Ella puso los ojos en blanco y señaló la olla con la cuchara de madera.

—Son macarrones al sugo, señor dictador. Con tomate fresco, aceite de oliva que encontré en el fondo de su despensa —que, por cierto, es estupendo— ajo y albahaca. Comida de verdad. Carbohidratos. Llevo todo el día con náuseas por culpa de sus hormonas, necesito algo sustancioso.

—Pasta. —Miré el plato. El vapor que se elevaba traía un aroma que despertó un recuerdo lejano, guardado en mi infancia en Italia, antes de las restricciones, antes del consejo corporativo, antes de que mi abuelo lo convirtiera todo en números. Mi abuela solía hacer una salsa que olía exactamente así.

Sacudí la cabeza, expulsando el pensamiento. Debilidad.

—Tíralo a la basura —ordené, señalando el cubo de basura empotrado—. La ingesta de carbohidratos simples provocará un pico glucémico innecesario. Esperarás a que vuelva la señora Carmen y te comerás la ensalada de quinoa.

Su expresión se endureció. La mujer sumisa de la clínica se había evaporado por completo. Marina me clavó la mirada, con la mandíbula tensa.

—No voy a tirar la comida, Lorenzo. Y mucho menos la comida que he preparado para el bebé que crece dentro de mí.

—El bebé es mío.

—¡El vientre es mío! —Dio un paso hacia mí, con el pecho subiendo y bajando al ritmo de su respiración acelerada. La repentina proximidad hizo que el aroma del jabón que usaba se mezclara con el de la albahaca. —¿Quieres prohibirme salir de casa? Está bien. ¿Quieres vigilarme con cámaras en el pasillo? Genial. Pero no te atrevas a dejarme con hambre en tu maldito ático millonario.

Debería haber retrocedido. Debería haber mantenido la postura de un CEO inalcanzable y frío. Pero su descaro despertó algo

primitivo en mi sangre.

Di un paso adelante, invadiendo su espacio personal. Mi altura la obligó a inclinar la cabeza hacia atrás para seguir mirándome a los ojos. La miré a fondo, a sus ojos oscuros y llenos de vida. No había miedo allí. Solo un desafío incandescente.

—Llevas poniendo a prueba mi paciencia desde que pusiste un pie aquí, Marina, ¿quieres jugar a la guerra conmigo? No tienes el arsenal necesario.

—¿Ah, sí? —susurró ella, con los labios entreabiertos—. ¿Y qué vas a hacer, jefe? ¿Despedirme? ¿Echarme a la calle y explicarle a tu consejo que has perdido al heredero porque te asustaste con un plato de pasta y una canción de Raça Negra?

Se me cortó la respiración. Era irritante, testaruda y el caos absoluto.

Sus ojos bajaron rápidamente hacia mi boca antes de volver a los míos.

Un calor repentino e irracional me recorrió la espalda. La tensión en el aire pasó de la ira a algo electrizante, denso y peligroso. Observé el latido en la base de su cuello. Observé los mechones de pelo pegados a su piel húmeda. Mi cerebro gritaba que me alejara, que recordara el contrato, que me centrara en el objetivo. Pero mi cuerpo parecía de repente magnetizado por su presencia.

Marina percibió el cambio. Tragó saliva, apretando la cuchara de madera con más fuerza.

Para romper el ridículo hechizo en el que estaba a punto de caer, levanté la mano, pasé junto a ella rozando casi nuestros hombros, y cogí un tenedor del cajón detrás de la encimera.

Hundí el tenedor en la cazuela, enrollé unos fides, soplé una vez y me lo llevé a la boca, sin apartar la mirada de ella.

El sabor explotó en mi paladar. Era perfecto. La acidez del tomate contrastaba con el rico aceite de oliva y el ajo. Era el mejor plato que había comido en años, años de insípidas cenas de negocios.

Mastiqué despacio, tragué y me limpié la comisura de los labios con el pulgar.

El silencio en la cocina era ensordecedor. Marina me miraba, esperando una reacción, con la respiración contenida.

—El aceite se ha quemado —mentí con frialdad, tirando el tenedor al fregadero con un tintineo metálico—. El ajo se ha amargado un poco. Está mediocre.

Su expresión pasó de la sorpresa a la furia en una milésima de segundo.

—¡Eres un pozo de arrogancia desagradecida!

—Cómase su pasta, señorita Costa —dije, ajustándome los gemelos de la manga, dándole la espalda y dirigiéndome hacia la salida de la cocina—. Si su presión arterial o su glucosa oscilan en el examen del viernes, la cocina quedará bloqueada con biometría. Y ate al loro. Ofende mi estética.

—¡Voy a enseñarle a Zeca a cantar en italiano solo para atormentarte! —gritó ella, con la voz resonando por el pasillo.

Salí al pasillo, cerré la puerta de mi despacho y apoyé la espalda contra la madera fría, cerrando los ojos.

El sabor del tomate y la albahaca aún flotaba en mi lengua, al igual que el recuerdo de los ojos almendrados de Marina desafiándome de cerca.

Mi corazón latía al ritmo de ese maldito pagode. Me di cuenta, con un terror gélido y paralizante, de que encerrar a Marina Costa en mi casa no la había aislado del mundo.

Había traído el mundo, con todo su color, ruido y calor, directamente al interior de mi fortaleza. No tenía ni idea de cómo iba a protegerme.



Marina COSTA

Capítulo 8

Eran las tres de la madrugada cuando mi estómago decidió que ya no aceptaría más el «vacío existencial» que Lorenzo Rossi llamaba nutrición.

Estaba tumbada en la oscuridad de la suite, mirando al techo y escuchando el suave ronquido de Zeca en la jaula. Cada diez segundos, mi estómago daba una sacudida que parecía una patada de un futbolista. No era hambre común; era una orden biológica. Necesitaba algo específico que no incluyera semillas, raíces ni nada que hubiera sido «cosechado de forma sostenible al amanecer».

Necesitaba un pastelito de la feria. Con queso fundido y relleno de jamón, bien jugoso, exactamente como el que vendía el señor Juca en la feria del sábado cerca del Mercado Central.

—Es culpa tuya —le susurré a mi barriga, perdiendo la batalla contra mi propio cuerpo—. Ya has heredado la terquedad de tu padre y el apetito de tu madre.

Me levanté, me puse una bata de seda (otro «capricho» impersonal del armario beige) y salí del dormitorio. El pasillo estaba sumido en una penumbra azulada, cortesía de las luces de señalización LED que Lorenzo mantenía encendidas para no tener que andar a tientas en la oscuridad. El suelo de mármol estaba helado bajo mis pies descalzos.

Mi plan era sencillo: hacer incursión en mi alijo de contrabando en el forro de la maleta. Pero cuando llegué a la cocina, vi una silueta en el balcón gourmet.

Lorenzo estaba allí. Solo llevaba unos pantalones de pijama de seda oscura y una camiseta gris que marcaba cada músculo de sus hombros, que yo intentaba fingir que no veía. Sostenía un vaso de whisky, probablemente algo que costaba lo mismo que mi coche, y miraba las luces de Belo Horizonte con una expresión que no era la de un CEO, sino la de un hombre que cargaba con el peso de una dinastía a sus espaldas.

Intenté retroceder, pero la bisagra de la puerta de la cocina emitió un chasquido casi imperceptible.

—¿No puedes dormir, Marina? —Su voz rompió el silencio, profunda y ronca. No se giró.

—Tu heredero no puede dormir —le corregí, entrando en la cocina y encendiendo la luz de la encimera—. Está exigiendo una compensación por el zumo de col rizada de ayer.

Lorenzo se giró, apoyando la cadera en el alféizar de cristal. El viento de la madrugada le despeinaba el pelo, dándole un aire peligrosamente humano.

—La señora Carmen dejó yogur griego y frutos secos en la nevera para los tentempiés nocturnos —dijo, entrecerrando los ojos mientras me observaba abrir la nevera.

—Lorenzo, no quiero un tentempié. Quiero un evento gastronómico —declaré, cerrando la puerta de la nevera de un portazo—. Quiero un pastel de jamón. Con vinagreta. ¡Y lo quiero ahora!

Él soltó una risa áspera, cuyo sonido resonó en la sala vacía.

—Son las tres de la madrugada de un miércoles. No hay ningún mercado abierto y no voy a permitir que ingieras grasas hidrogenadas y carne de procedencia dudosa a estas horas. Bébete un vaso de leche de almendras y vuelve a la cama.

Caminé hasta el balcón y me detuve a pocos centímetros de él. El olor a whisky y perfume amaderado era una combinación embriagadora, pero yo estaba centrada en la misión.

—Si no me como este pastelito, voy a tener un colapso —amenacé, cruzando los brazos—. Y ya sabes lo que dicen... si a la madre se le antoja algo, el bebé nace con la cara de lo que ella quería comer. ¿De verdad quieres que el heredero de *Rossi Pelletteria* nazca con cara de pastel de jamón? Porque tengo la sensación de que ya está adquiriendo la forma de un sobre de masa frita.

Lorenzo me miró fijamente durante unos largos segundos. La luz de la luna se reflejaba en sus ojos y, por un momento, la máscara de hielo se resquebrajó. Parecía agotado.

—Eres la mujer más irracional que he conocido nunca —murmuró, dando el último sorbo al whisky.

—Y tú eres el hombre más pesado que ha pisado Minas Gerais.

Resopló, pero, para mi sorpresa, dejó el vaso sobre la mesa y cogió el móvil.

—¿Qué estás haciendo? —pregunté.

—Llamando al servicio de *conserjería* 24 horas del edificio —respondió, con los dedos volando por la pantalla—. Si no resuelvo

esto, seguirás atormentándome en la cocina hasta el amanecer.

Diez minutos después, Lorenzo estaba al teléfono con alguien a quien claramente estaba pagando para que hiciera lo imposible.

—Sí, sé que el mercado central no abre hasta dentro de unas horas. No me importa. Encuentra al proveedor. Quiero pasta fresca, jamón desmenuzado y queso canastra. Y quiero que traigan una freidora a la zona de servicio. No, nada de aceite reutilizado. Quiero aceite de algodón nuevo.

Lo observaba, atónita. Realmente estaba montando una operación de guerra por un antojo de embarazada.

—Estás loco —dije, reprimiendo una sonrisa.

—Soy eficiente —me corrigió, guardando el móvil y mirándome fijamente—. Si el heredero quiere pastel, tendrá el mejor pastel de la ciudad, en condiciones higiénicas controladas. Ahora, siéntate.

Nos quedamos allí, en la terraza gourmet, mientras el mundo exterior aún dormía. Lorenzo no volvió a su habitación. Se sentó en el taburete a mi lado. El silencio pasó de ser incómodo a algo… diferente. Una tregua temporal.

—¿Por qué haces esto? —pregunté, observando su perfil—. ¿Por qué esa obsesión por el control? ¿Hasta el aceite del pastel tiene que ser de algodón?

Se miró las manos, con los dedos largos y fuertes.

—El control es lo único que separa el éxito del desastre, Marina. Mi abuelo lo perdió todo tres veces antes de fundar Rossi. Me enseñó que los sentimientos son ruido. Si controlas las variables, controlas el resultado.

—Pero no se puede controlar una vida —dije, acariciándome ligeramente la barriga—. Tendrá su propia personalidad. El bebé llorará cuando quiera, le gustará la música alta y quizá odie los zapatos italianos.

Lorenzo miró mi mano sobre mi barriga. Por un segundo, pareció querer estirar el brazo y tocarla también, pero se echó atrás, cerrando la mano en un puño.

—Ya veremos —dijo, en voz más baja.

Media hora después, ocurrió lo imposible. El encargado del edificio subió con una cesta térmica. Dentro, envueltos en papel absorbente de alta calidad, había cuatro pasteles monumentales, dorados y crujientes. El olor era divino.

Le di el primer mordisco y casi vi las estrellas.

—Dios mío... —gemí, cerrando los ojos—. Esto es mejor que el contrato de seiscientos mil.

Lorenzo me observó comer con una mezcla de fascinación y horror gastronómico.

—Pruébalos —le dije, tendiéndole un trozo.

—No como fritos a estas horas, Marina.

—Lorenzo, deja de ser un robot por cinco minutos. Es jamón con queso. Es el sabor de la felicidad.

Dudó, miró a ambos lados como si el consejo de Milán estuviera vigilando y, finalmente, aceptó el trozo. Masticó despacio, y su expresión pasó del escepticismo a una sorpresa genuina.

—Está… aceptable —admitió, aunque sus ojos decían que estaba fantástico.

—«Aceptable». Eres imposible —río, sintiendo una ligereza que no había sentido desde que entré en aquella casa.

En ese momento, a las cuatro de la madrugada, con el sabor del pastelito de feria y la brisa fría de Lourdes, la barrera entre el jefe y la empleada, entre el multimillonario y la vendedora de quesos, pareció desaparecer. Éramos solo dos personas compartiendo un secreto calórico en la quietud de la noche.

Pero la tregua duró poco. En cuanto terminé el último trozo, me limpié las manos y lo miré.

—Gracias, Lorenzo. De verdad.

Se levantó, con la máscara de CEO volviendo a su sitio como una armadura.

—No te acostumbres. Mañana volvemos al zumo de apio. Y Marina... —Se detuvo en la puerta de la cocina, mirándome por encima del hombro—. Limpia la encimera. No quiero que Doña Carmen encuentre rastros de... «felicidad» en mi cocina mañana.

Se marchó, dejándome sola con el olor a frito y un corazón que se empeñaba en latir más rápido de lo que la biología podía explicar.

El heredero estaba satisfecho. Pero yo, por primera vez, empecé a sentir un hambre que ningún pastel podría saciar.



Lorenzo ROSSI

Capítulo 9

El Mercado Central de Belo Horizonte era, para mí, la definición geográfica del caos. Un laberinto de pasillos estrechos, olor a especias mezclado con el de los animales vivos, y una multitud que parecía no entender el concepto de espacio personal. Prefería la logística ordenada de los puertos de contenedores a los callejones ruidosos de aquel lugar.

Sin embargo, allí estaba yo.

Para mantener la cordura de Marina y, por consiguiente, la estabilidad de mi heredero, había cedido. El acuerdo era sencillo: ella tendría una hora para despedirse formalmente del puesto y organizar el traspaso de la gestión a su padre, siempre y cuando yo estuviera presente para garantizar su seguridad y su integridad física.

Llevaba gafas de sol de marca, unos vaqueros oscuros y un polo de punto italiano. Intenté pasar desapercibido, pero era como meter un cisne en una pocilga. Desentonaba con todo.

—Por aquí, «señor dictador» —dijo Marina, tirándome de la manga—. Intenta no mirar a la gente como si tuvieran la peste bubónica. Solo es el Mercado.

—Es una zona de guerra sanitaria —murmuré, esquivando una carretilla cargada de cajas de cerveza.

Cuando llegamos al pasillo de las queserías, el ambiente cambió. El aire se volvió más denso con el olor salado y maduro de los quesos. Marina se detuvo ante un puesto que lucía un letrero de madera rústica: **Banca do Costa**.

Un hombre de pelo blanco y manos grandes y callosas estaba ordenando una pila de quesos del Serro. Cuando vio a Marina, su rostro se iluminó de una forma que me provocó una extraña sensación de incomodidad en el pecho. Era un afecto puro, algo que no se compra con acciones preferentes.

—¡Hija mía! —El señor Antônio la abrazó, manchando ligeramente el lino beige que ella llevaba con migas de queso.

—Hola, papá. Solo he venido a ver si te estás arreglando con todo.

—Todo en orden. Ha llegado el ingreso del banco, Marina. Todavía no me lo creo... qué generosa es esa familia rica a la que estás ayudando.

Marina me lanzó una mirada rápida, en una advertencia silenciosa. Ella había contado la mentira de que trabajaba para una familia internacional.

—Este es el... señor Lorenzo —me presentó, con la voz un poco vacilante—. Es uno de los coordinadores. Ha venido a ver si lo tengo todo listo en la logística del puesto antes de nuestro viaje.

El señor Antonio se limpió la mano en el delantal y me la tendió. Dudé medio segundo antes de estrechársela. Su mano era áspera como el papel de lija y caliente como un horno.

—Encantado, señor Lorenzo. Gracias por cuidar de mi niña. Es mi tesoro. Si necesita algo, el mejor queso de esta ciudad sale de aquí.

—El placer es mío, señor Antonio —respondí, y para mi propia sorpresa, no sonó como una mentira de cortesía—. Su hija es... una empleada muy dedicada.

Me mantuve un poco más apartado, observando a Marina trabajar. En diez minutos, atendió a tres clientes, sirvió café, explicó la diferencia entre un queso de corteza lavada y uno curado, y se rió con un vendedor vecino. Brillaba allí. El Mercado era su santuario, el lugar donde no era una «incubadora», sino la dueña del juego.

Me di cuenta del respeto que la gente le tenía. Un cariño que no provenía del miedo, sino de la convivencia. Sentí una punzada de envidia. En mi mundo, la gente me sonreía porque quería mi capital. En el suyo, sonreían porque ella era Marina de la Banca do Costa.

De repente, un hombre joven, de brazos fuertes y camisa a cuadros desabrochada, se acercó al puesto y rodeó a Marina con un abrazo lateral, dándole un beso sonoro en la mejilla.

—¿Qué tal, pequeña? ¿Por qué te has esfumado? La gente del truco te echa de menos.

La sangre me subió a la cabeza a una velocidad que la lógica no podía explicar. Entrecerré los ojos. Marina se rió, empujando al tipo ligeramente.

—Hola, Beto. Estoy trabajando mucho, chico. Compórtate.

Ese tal Beto no soltó su hombro de inmediato. Sus ojos bajaron hacia la cintura de Marina, que empezaba a dar señales muy sutiles de cambio.

Di un paso adelante, acortando la distancia entre nosotros. El aura de CEO implacable volvió con toda su fuerza, emanando una frialdad que hizo vacilar la sonrisa de ese tal Beto.

—Marina, el horario —dije con voz gélida, consultando mi reloj de platino—. Tenemos diez minutos para dar por terminada la visita.

Beto me miró de arriba abajo, evaluando mi traje, mis gafas y mi arrogancia.

—¿Quién es el extranjero, Marina? —preguntó en tono desafiante.

—Mi contratista, Beto. Tengo que irme —respondió ella rápidamente, sintiendo la tensión eléctrica en el aire.

Yo no dije nada. Solo le puse la mano, de forma posesiva y firme, en la parte baja de la espalda. Sentí que Marina se tensaba bajo mi tacto, pero no se apartó. Fue un gesto puramente territorial. Estaba marcando mi territorio. O eso era lo que me decía a mí mismo.

—Vamos —ordené.

Nos despedimos de el señor Antônio bajo la mirada recelosa de Beto. Mientras caminábamos de vuelta hacia la salida, Marina se soltó de mi contacto, volviéndose hacia mí con los ojos echando chispas de ira.

—¿Qué ha sido eso, Lorenzo? ¡Casi le arrancas la cabeza a Beto con la mirada! Es mi amigo de la infancia.

—Estaba invadiendo tu espacio personal —respondí, sin bajar el paso—. Y tú estás embarazada del heredero de mi familia. No quiero que manos extrañas te toquen a ti ni a las zonas cercanas al feto. Es una cuestión de seguridad biológica.

—¿Seguridad biológica? —se rió, indignada—. ¡Te has puesto celoso, Lorenzo Rossi! Admítelo. Al gran y frío CEO le ha molestado un quesero con camisa a cuadros.

Me detuve bruscamente en medio del pasillo de artesanía, obligándola a detenerse también. Me incliné hacia ella, con las gafas de sol ocultando mis ojos, pero no la intensidad de mi irritación.

—No siento celos, Marina. Siento celo por lo que es mío por contrato.

—Yo no soy tuya —siseó ella.

—Hasta que nazca ese bebé, eres mi prioridad absoluta —la corregí—. Y no comparto mis prioridades.

La expresión de Marina se suavizó por un momento, y la ira dio paso a una vulnerabilidad que rara vez mostraba.

—Ahora es real para ti, ¿verdad? —preguntó ella, con la voz casi ahogada por el bullicio del mercado—. Ya no es solo «activo».

Tragué saliva. Miré a la multitud, el aroma a café y ese puesto de quesos que ahora sabía que lo era todo para ella.

—Vamos al coche —fue todo lo que dije.

Sin embargo, mientras cruzábamos el aparcamiento, no podía quitarme de la cabeza la sensación de su piel bajo mi mano y el hecho de que, por un breve instante allí dentro, odié a cada persona que pudiera hacerla reír de esa manera.

La biología era una droga peligrosa y yo estaba empezando a volverme adicto.



Marina COSTA

Capítulo 10

El ático de Lorenzo parecía aún más silencioso tras el ruido ensordecedor del Mercado Central. El contraste era brutal. Allí, la vida estaba hecha de gritos, risas y el olor a queso; aquí, estaba hecha de cristal, órdenes y el suave sonido del aire acondicionado.

Estaba sentada en el sofá de cuero blanco del salón, observando a Lorenzo al otro lado de la encimera de la cocina. No se había quitado ni el polo italiano ni el reloj que valía una casa. Tenía la tableta abierta, absorto en una videoconferencia en inglés con lo que parecían ser accionistas.

Me sentía extraña. Mi estómago no daba esas patadas de hambre de madrugada, sino que daba vueltas lentamente, como si estuviera en un barco en alta mar. Las náuseas matutinas habían decidido convertirse en unas náuseas vespertinas persistentes.

—... las previsiones trimestrales son estables, pero debemos asegurarnos de que la cadena de suministro sea resistente... —la voz de Lorenzo era monótona, profesional y gélida.

Respiré hondo, intentando fijar la vista en un punto de la pared. Pero el olor del café que Lorenzo acababa de pasar empezó a subir. Ayer, ese olor era mi salvación. Hoy, parecía el gatillo de una granada.

Mi mano se llevó instintivamente a la boca. Sentí un sudor frío brotar en mi frente.

—En cuanto a las patentes del tratamiento del cuero... —Lorenzo continuaba, gesticulando hacia la cámara de la tableta.

Me levanté, pero el movimiento brusco fue el error definitivo. El mundo dio vueltas. No iba a llegar al baño a tiempo.

Corrí hacia la cocina. Lorenzo me vio entrar por el rabillo del ojo y frunció el ceño, sin interrumpir la frase en inglés. Ignoré su presencia, ignoré a los ejecutivos al otro lado del mundo y me incliné sobre su fregadero de mármol negro, abriendo el grifo a toda potencia.

El sonido de mi malestar resonó en la lujosa cocina. Estaba devolviendo todo lo que había comido en el puesto de mi padre.

—Un momento, caballeros. Problemas técnicos —oí la voz de Lorenzo, seguida del sonido seco de la tableta al cerrarse.

Sentí una mano grande y firme sujetándome el pelo, apartándomelo de la cara. Su otra mano se posó en mi espalda, dándome palmaditas torpes, pero constantes. El implacable director general, el hombre que gritaba sobre logística y contratos, estaba allí, sujetándome el pelo mientras yo vomitaba en su fregadero de diseño.

—Tranquila —dijo, con la voz de repente baja, sin rastro alguno del italiano arrogante de hacía unos minutos—. Respira.

Cuando por fin paré, estaba temblando. Lorenzo cerró el grifo y, sin decir una palabra, cogió un paño de cocina de lino inmaculado y lo mojó en agua helada. Se volvió hacia mí y, con una delicadeza que me dio ganas de llorar, empezó a limpiarme la cara.

—Estás pálida —constató, con sus ojos oscuros fijos en los míos, llenos de una preocupación que claramente no sabía cómo procesar.

—Han sido los quesos... o el café... o simplemente que el bebé piense que soy un parque de atracciones —bromeé, con voz débil, tratando de recuperar la dignidad.

No se rió. Me ayudó a sentarme en uno de los taburetes de la isla.

—He interrumpido la reunión —dijo, soltándome el pelo, que ahora caía revuelto sobre mis hombros.

—¿Qué? Lorenzo, eran los japoneses. Millones de dólares en juego.

Se encogió de hombros, cogió un vaso de agua y me lo entregó.

—Los japoneses pueden esperar. Mi heredera no. Y tú... tú necesitas acostarte.

—Estoy bien, Lorenzo. Solo es un mareo.

—No estás bien. Estás temblando —replicó, y antes de que pudiera protestar, me pasó un brazo por debajo de las rodillas, otro por la espalda y me cogió en brazos.

Mi corazón dio un vuelco que no tenía nada que ver con las náuseas. Mis brazos se enroscaron en su cuello por puro instinto, y pude sentir el calor de su piel a través de la camiseta de punto. Su aroma, ese aroma amaderado y caro, lo invadía todo.

—Sé andar, ¿sabes? —murmuré, pero apoyé la cabeza en su hombro.

—Shhh. Silencio, Marina. Al menos una vez, deja que alguien tome el control —me susurró al oído.

Me llevó en brazos por el pasillo hasta mi habitación, pero en lugar de tirarme en la cama y salir corriendo, me acostó con cuidado, me arregló las almohadas e incluso me tapó con el edredón.

Nos quedamos en silencio un momento. Lorenzo estaba de pie junto a la cama, con las manos en los bolsillos de sus pantalones de vestir, mirándome como si fuera un acertijo que no pudiera resolver ni con una calculadora.

—¿Por qué fuiste a montar un escándalo al mercado? —pregunté, con voz somnolienta. —Beto es solo un amigo.

Lorenzo desvió la mirada hacia la ventana, donde el sol comenzaba a ponerse sobre Belo Horizonte.

—Te estaba tocando de una manera… demasiado informal.

—¿Demasiado informal? Lorenzo, sentiste celos. Admítelo.

Volvió a mirarme. La luz anaranjada del atardecer le daba en la cara, suavizando sus rasgos duros.

—No siento celos, Marina. Pero hoy me he dado cuenta de algo, allí en el mercado.

—¿Qué?

—Que tu mundo es muy ruidoso y está lleno de gente que te quiere —dijo, con voz casi inaudible—. Y el mío... el mío es simplemente eficiente.

Había una melancolía en esa frase que rompió la última resistencia que me quedaba contra él. Extendí la mano y le toqué la muñeca, donde el reloj de platino marcaba el tiempo que él creía poder controlar.

—Tu mundo también puede ser ruidoso, Lorenzo. Solo tienes que dejarlo.

No retiró la mano. Cubrió la mía con la suya, sus dedos largos y cálidos apretando los míos ligeramente.

—Duerme, Marina. Le pediré a la señora Carmen que prepare un té de jengibre. Y le diré a Enrico que compre esas galletas saladas que te gustan.

—¿Vas a mandar a tu asistente ejecutivo, un hombre con un máster internacional en administración de empresas, a comprar galletas de agua y sal al supermercado?

Lorenzo esbozó una media sonrisa, la primera sonrisa auténtica que vi en ese rostro.

—A él le pagan por resolver crisis. Y, en este momento, tus náuseas son la mayor crisis de Rossi Pelletteria.

Salió de la habitación, cerrando la puerta en silencio. Cerré los ojos, sintiendo cómo las náuseas remitían, pero una sensación nueva y mucho más peligrosa comenzó a crecer en mi pecho.

El contrato decía que él era el dueño. Sin embargo, aquella tarde, por primera vez, Lorenzo Rossi actuó como algo que nunca imaginé que pudiera ser.

Un compañero... y eso, más que cualquier mareo, me aterrorizaba.



Lorenzo ROSSI

Capítulo 11

La consulta del Dr. Varella en Savassi era el colmo de la esterilidad moderna. Paredes de cristal esmerilado, iluminación indirecta y un silencio que solía considerar reconfortante, pero que aquel día parecía cargado de una estática invisible.

Marina estaba sentada a mi lado en la sala de espera VIP, con uno de esos vestidos de algodón orgánico que yo había encargado. Estaba callada, con las manos entrelazadas sobre el regazo y los dedos apretando la tela nerviosamente. Desde el episodio en la cocina y las náuseas en el fregadero, el ambiente entre nosotras había cambiado. El aire ya no era solo gélido; era enrarecido.

—Estás pálida otra vez —observé, sin mirarla directamente.

—Es solo ansiedad, Lorenzo. No todos los días vamos a ver qué hay dentro de la «caja de sorpresas» que compraste —replicó

ella, intentando mantener el tono sarcástico, pero la voz le falló al final.

—No es una caja de sorpresas. Es un procedimiento médico estándar para verificar la viabilidad del activo.

Ella soltó un profundo suspiro y puso los ojos en blanco.

—«Activo». Claro. Se me había olvidado que estoy embarazada de una cartera de inversiones, no de un bebé.

Antes de que pudiera replicar, el Dr. Varella nos llamó.

La sala de exploración estaba en penumbra. Marina se tumbó en la camilla y yo me quedé de pie a su lado, manteniendo una distancia profesional, con las manos cruzadas a la espalda. Estaba allí para ver el resultado de mi planificación.

—Muy bien —comenzó Varella, untando el gel frío sobre el vientre aún plano de Marina—. Veamos cómo se está desarrollando nuestro pequeño Rossi.

El médico deslizó el transductor. En la pantalla de alta definición, manchas grises y blancas comenzaron a tomar forma. Entrecerré los ojos, tratando de descifrar la imagen como si fuera un gráfico de fluctuaciones del mercado.

—Aquí está —dijo Varella, señalando un pequeño punto que latía—. El saco gestacional. Y aquí, el latido cardíaco.

El sonido llenó la sala. *Tum-tum, tum-tum, tum-tum.*

Un golpe sordo me golpeó el pecho. Era rápido, frenético y real. Por primera vez en meses, la palabra «heredero» fue sustituida por algo mucho más visceral en mi mente. Aquella era mi sangre. Mi legado, latiendo a un ritmo que yo no podía controlar. Miré a Marina; tenía los ojos fijos en la pantalla, con lágrimas silenciosas resbalando por sus sienes.

—¿Está bien, doctor? —preguntó ella, con la voz entrecortada.

El Dr. Varella no respondió de inmediato. Frunció el ceño, moviendo el transductor más lentamente y ajustando el enfoque.

—Esperen un momento —murmuró—. Esto es interesante.

Mi instinto de CEO me lanzó una señal de alarma.

—¿Qué pasa? ¿Alguna anomalía? ¿Algún riesgo para el desarrollo?

Varella soltó una breve risa y negó con la cabeza, girando el monitor un poco más hacia nosotros.

—No hay ningún riesgo, señor Rossi. Solo una... multiplicación de los planos. Marina, Lorenzo... miren aquí.

Desplazó el dispositivo hacia la izquierda. Apareció otra mancha clara. Otro punto parpadeante.

—¿Qué es eso? —preguntó Marina, con la voz subiendo un octavo.

—Es el segundo saco gestacional —explicó Varella, con una calma que me pareció ofensiva ante el caos que estaba provocando en mi vida—. Tenemos dos embriones viables. Dos latidos cardíacos.

El sonido en la sala cambió. Ahora eran dos ritmos superpuestos, una sinfonía caótica de vida.

—¿Gemelos? —susurró Marina, llevándose la mano a la boca.

—Gemelos —confirmó el médico—. Gracias a la calidad de los óvulos de Marina y a la técnica de implantación múltiple que utilizamos para garantizar el éxito, ambos embriones han prosperado. Enhorabuena, señor Rossi. No solo tiene un heredero. Tiene dos.

El mundo a mi alrededor pareció ralentizarse. El sistema operativo de mi mente, siempre tan preciso, dio un error. «Fallo en el sistema», dirían los brasileños.

Lo había calculado todo. Un hijo. Una sucesión. Una educación controlada. Dos hijos significaban el doble de variables. El

doble de imprevisibilidad. El doble de riesgo emocional y, para Marina, significaba el doble de dolor en el momento del parto.

—Eso no estaba en el contrato —dije, con una voz más fría de lo que pretendía, solo para ocultar el pánico que me subía por la garganta.

Marina se sentó bruscamente, limpiándose el gel del vientre con un movimiento brusco y los ojos chispeando con una mezcla de milagro y furia.

—¿En el contrato? ¿Estás escuchando dos corazones latir y tu primera preocupación es el puto contrato, Lorenzo?

—¡He planeado un sucesor, Marina! —casi grité, perdiendo la compostura por primera vez en años—. ¡Dos cambia la dinámica del consejo, cambia el reparto de cuotas, lo cambia todo!

—¡Cambia porque ahora son dos bebés! —le gritó ella a su vez, bajándose de la camilla, con las piernas aún temblorosas—. ¡Dos vidas! Mi cuerpo está gestando a dos personas, ¿y tú estás preocupado por el organigrama de tu empresa de cuero? ¡Eres patético!

El Dr. Varella carraspeó, tratando de hacerse invisible en un rincón de la sala.

—Voy a dejaros solos para que... asimiléis la noticia. Voy a imprimir las imágenes.

Salió de la sala como si estuviera huyendo de una explosión inminente. Y, en cierto modo, así era.

Marina se detuvo frente a mí. Era mucho más baja que yo, pero en ese momento parecía gigante.

—Son míos, Lorenzo —dijo, con voz ahora baja y cargada de una promesa peligrosa—. Pueden llevar tu apellido, pero son de mi sangre. Y si crees que vas a tratarlos como si fueran «unidades de producción» en una fábrica, no tienes ni idea de la pelea en la que te has metido.

No pude responder. Estaba mirando la imagen estática en el monitor. Dos puntos. Dos vidas. Mi control absoluto se había reducido a cenizas por culpa de la biología de una vendedora de quesos a la que creí poder domar.

Salimos de la clínica en un silencio sepulcral. En el asiento trasero del coche, Marina apoyó la cabeza en la ventanilla y miró las calles de Savassi. Yo miré mis manos, que aún temblaban ligeramente.

Había conseguido lo que quería. La presidencia estaba a salvo. Pero, al mirar a Marina y pensar en lo que el destino acababa de hacer, me di cuenta de que el precio de ese contrato sería mucho más alto que seiscientos mil reales.

Iba a tener dos hijos con la mujer a la que había jurado mantener a distancia y mi fortaleza de mármol nunca me había parecido tan pequeña ante el caos que se avecinaba.



Marina COSTA

Capítulo 12

La foto impresa en papel termosensible temblaba en mis manos. Estaba sentada en el suelo de mi habitación, con la espalda apoyada en el lateral de la cama *king size*, mirando fijamente las dos manchas oscuras sobre el fondo gris de la ecografía.

Dos...

El número resonaba en mi cabeza, golpeando las paredes de mi cráneo con la misma fuerza rítmica que había oído en la consulta del doctor Varella. Había aceptado ser gestante subrogada. Había firmado un documento renunciando a un hijo para salvar a mi padre, uno. ¿Pero dos? La biología me había gastado la broma más cruel del universo. ¿Cómo podría sobrevivir al dolor de que me vaciaran los brazos dos veces en el mismo día en la sala de parto?

—Zeca —lo llamé en un susurro, con la voz entrecortada—. Estamos jodidos.

El loro, que estaba en la jaula abierta mordisqueando un trozo de manzana (traído a escondidas de la cocina bajo las miradas de desaprobación de la señora Carmen), se detuvo e inclinó la cabeza, mirándome con ese ojo negro y brillante. Emitió un trino bajo, casi comprensivo.

Me pasé la mano por el vientre. Todavía estaba plano, pero la sensación de que era el epicentro de mi mundo era absoluta.

—No sé cómo voy a hacer esto —susurré a mi propia piel—. No sé cómo voy a dejaros con un hombre de hielo.

Me interrumpió el sonido de la puerta de la suite abriéndose con la sutileza de una redada policial. Di un respingo, arrugando la punta de la ecografía, y me levanté rápidamente.

Lorenzo Rossi entró marchando, seguido por un Enrico que tecleaba furiosamente en dos móviles a la vez. Lorenzo no llevaba puesta la máscara de CEO frío y calculador. Parecía que acababa de cruzar una zona de guerra. El pelo, siempre meticulosamente peinado hacia atrás, estaba revuelto, y ya se había quitado la corbata.

—¿Qué te pasa? —espeté, secándome rápidamente la cara mojada de lágrimas con el dorso de la mano—. ¿No sabes llamar a la puerta?

No respondió. Se acercó a mí a zancadas y dejó caer una *tableta* sobre el colchón.

—Lee —ordenó, con la respiración entrecortada y los ojos oscuros brillando con una ira contenida.

Cogí el dispositivo con las manos temblorosas. En la pantalla, la web de cotilleos más leída del país mostraba un titular a todo trapo:

«¿EL HEREDERO SECRETO DEL IMPERIO DEL CUERO? EL DIRECTOR EJECUTIVO LORENZO ROSSI ES SORPRENDIDO EN UNA CLÍNICA DE ÉLITE CON UNA MUJER MISTERIOSA».

Justo debajo, había una foto nítida. Éramos nosotros dos saliendo de la clínica *Vitae* aquella tarde. Lorenzo llevaba gafas de sol, con la mano protectora (o posesiva, según cómo se interpretara) cerca de mi espalda, mientras yo subía al coche blindado con expresión aturdida.

Sentí que el suelo se desvanecía.

—Dios mío... —murmuré, recorriendo el texto con la mirada. El artículo especulaba sobre mi identidad, sobre el hecho de que Lorenzo fuera el soltero más codiciado e inaccesible del país, e insinuaba que un embarazo fuera del matrimonio podría sacudir los cimientos de la tradicional *Rossi Pelletteria*.

—En menos de dos horas, las acciones de la empresa en la bolsa de Milán han caído un tres por ciento —dijo Lorenzo, pasándose las manos por el pelo con exasperación—. Mi padre ya me ha llamado seis veces. El consejo ha convocado una reunión de emergencia para mañana por la mañana.

—¿Cómo se han enterado? ¿No garantizó el doctor Varella total confidencialidad?

—El médico sí lo garantizó. Los paparazzi que están al acecho en Savassi buscando famosos deprimidos, no —replicó, paseándose por la habitación como un león enjaulado. —Esa pandilla de buitres de siempre del consejo quiere mi cabeza. Si descubren que pagué a una desconocida para que gestara a mi hijo en un laboratorio, utilizarán la cláusula de moralidad de los estatutos y me destituirán esta misma noche. Mi primo Giancarlo ya debe de estar descorchando champán.

Enrico dejó de teclear y miró a Lorenzo, ajustándose las gafas.

—El equipo de relaciones públicas ha sugerido negarlo, señor. Decir que la señorita Costa es solo una empleada que se ha encontrado mal.

—¿Y cómo explico una barriga de gemelos dentro de unos meses, Enrico? ¿Un milagro de concepción espontánea? —espetó Lorenzo, sarcástico—. ¡No! Negarlo solo nos acorralará después. Tenemos que tomar el control de la narrativa.

Dejó de caminar y se volvió hacia mí. Su mirada era diferente. No era ira. Era una determinación absoluta, el tipo de concentración aterradora que lo convertía en el tiburón que era en los negocios.

—¿Tomar el control de la narrativa? —pregunté, abrazándome a mí misma, sintiendo un escalofrío en la espalda—. ¿Qué vas a hacer?

—Vamos a hacer un cambio de imagen de la crisis —anunció, con la voz volviendo a ese tono grave e inquebrantable—. El consejo no acepta gestantes subrogadas, transacciones frías ni «mujeres misteriosas» de clase baja. Exigen familia. Tradición. Quieren un romance.

Se me cayó la mandíbula.

—Estás bromeando.

—El departamento de relaciones públicas emitirá un comunicado oficial en media hora. Tú no eres mi gestante subrogada, Marina. Eres la mujer de la que me enamoré perdidamente en Brasil. Hemos mantenido nuestra relación en secreto para proteger tu privacidad, pero ahora que estamos esperando a nuestros primeros hijos, hemos decidido hacer pública nuestra unión.

Solté una carcajada alta e histérica, que hizo que Zeca diera un grito asustado en la jaula.

—¿Quieres que finja ser tu novia? ¡Lorenzo, estás loco! ¡Apenas podemos compartir el mismo aire en la cocina sin intentar

matarnos el uno al otro!

—Vas a actuar —ordenó, dando un paso hacia mí, invadiendo mi espacio personal, obligándome a levantar la vista para mirarlo a los ojos—. Tu padre está feliz en la Banca do Costa. Tus deudas ya no existen. Pagué seiscientos mil reales por el uso de tu cuerpo, señorita Costa. ¿Qué es una sonrisa para las cámaras como extra?

La mención al dinero me golpeó como una bofetada en la cara. Siempre volvía al dinero. El recordatorio de que me había vendido. Apreté los puños, sintiendo cómo la sangre me hervía de indignación.

—Firmé para ser gestante subrogada. No para ser actriz de tu telenovela corporativa —gruñí, sin retroceder ni un milímetro ante su imponente presencia.

—Es una cláusula adicional al contrato —dijo Lorenzo, implacable—. El objetivo principal es el nacimiento de los herederos y mi permanencia en el cargo de CEO. Cualquier amenaza a ello debe ser neutralizada. Y la única forma de neutralizarla es que te conviertas en la futura señora Rossi ante los medios de comunicación.

—¿Señora Rossi? —La palabra sonó ácida en mi boca—. ¿Cree que sus accionistas con aires de nobleza se van a tragar el hecho de que su gran pasión secreta sirve café de filtro y vende queso semicurado en el mercado?

—Enrico se encargará de un currículum pulido. «Empresaria del sector gastronómico de *productos locales*». —Lorenzo no perdió el ritmo—. Y tú pasarás por un entrenamiento. Etiqueta, postura, historia de la marca. A partir de hoy, si ponemos un pie fuera de este ático, serás mi prometida. Y me sonreirás como si yo fuera el puto centro de tu universo.

Nos quedamos mirándonos fijamente. La tensión eléctrica entre nosotros era tan densa que notaba el sabor del ozono en el aire. Quería mandarlo al infierno. Quería coger mis maletas e irme.

Entonces, la niebla del pánico comenzó a disiparse, dando paso a una claridad fría y aguda. Si la identidad de la madre ya no iba a ser un secreto, la dinámica de poder acababa de cambiar. Él me necesitaba para salvar el imperio.

—Si voy a hacer eso... —comencé, levantando la barbilla y sosteniendo su mirada, sintiendo un valor suicida latir en mis venas —. Si voy a mostrar mi rostro, hacer de actriz y dejar que todo el mundo sepa que soy la madre de esos niños, el trato cambia.

Lorenzo entrecerró los ojos y se puso tenso.

—No renegociamos contratos cerrados, Marina.

—Pero estamos negociando una «cláusula adicional», ¿no? —repliqué, con voz cada vez más firme—. Mi precio por salvar tu pellejo ha subido, Lorenzo. Nada de renunciar. ¡Soy su madre! Cuando todo este circo termine y nazcan los bebés, quiero el derecho a verlos. Formaré parte de sus vidas.

Su máscara de control se resquebrajó. Una furia fría se apoderó de sus rasgos.

—Rotundamente no. Ni se te ocurra —siseó—. La custodia exclusiva es la base de la sucesión. Los vínculos externos desestabilizarían la estructura familiar que exige el consejo. Recibes la bonificación, entregas a los niños y desapareces. La respuesta es no.

Crucé los brazos, clavándome las uñas en la propia piel para no temblar.

—Entonces mi respuesta a tu pequeño teatro corporativo también es no. Vamos a cumplir estrictamente lo que se ha firmado. El contrato dice que yo cuido de los bebés y me mantengo aislada. No dice que tenga que llevar ropa de diseño y sonreír falsamente a sus accionistas. Arreglátelas solo con su consejo de buitres, Lorenzo. Me importa un comino su empresa o su presidencia. Deje que se vaya al garete.

El silencio que siguió fue ensordecedor. Lorenzo parecía a punto de estallar. La vena de su cuello latía con fuerza. Era como un tiburón acorralado, dándose cuenta, quizá por primera vez, de que el cebo tenía los dientes afilados.

—Me está chantajeando, señorita Costa —dijo con una voz peligrosamente baja.

—Estoy haciendo negocios, señor Rossi —repliqué, sin retroceder ni un milímetro—. Mi sonrisa para los medios a cambio del derecho a ver a mis hijos. Es lo que hay.

Cerró los ojos por un segundo, con la mandíbula apretada con tanta fuerza que pensé que se le iban a romper los dientes. Cuando Lorenzo los abrió, el odio y la resignación se disputaban en el fondo oscuro de su mirada. Su imperio valía más que su orgullo.

—Tendrás visitas garantizadas. Los términos exactos los formalizarán los abogados mañana —cedió, masticando las palabras a regañadientes—. Has ganado esta ronda.

Mi corazón dio un salto irracional en el pecho. Me invadió un alivio tan inmenso que las piernas casi me fallaron. Lo había conseguido. No me separarían de ellos para siempre. La adrenalina del enfrentamiento comenzó a bajar, dejando solo un agotamiento abrumador.

—Te odio —dije, con la voz embargada por la rabia y un profundo cansancio emocional.

—Lo sé —murmuró él, con la mirada descendiendo rápidamente hacia mis labios antes de volver a mis ojos—. El sentimiento es irrelevante para la logística.

Lorenzo metió la mano en el bolsillo de la chaqueta que sostenía y sacó de allí una pequeña caja de terciopelo negro.

Mi corazón dio un nuevo vuelco, esta vez por la sorpresa.

—Enrico, déjanos solos un momento —ordenó Lorenzo, sin apartar la mirada de la mía.

El asistente salió en silencio, cerrando la puerta de la suite. La habitación se sumió en un silencio cargado de tensión.

Lorenzo abrió la cajita. El brillo de la piedra capturó la luz de las lámparas LED de la habitación. Era un diamante de talla esmeralda absurdo, flanqueado por diamantes más pequeños, engastado en platino. No era solo una joya; era una declaración de poder, de riqueza.

—¿Qué es eso? —susurré, con la garganta seca.

—Si vamos a mentir a los medios, hagámoslo con el presupuesto adecuado —respondió él.

Me tomó la mano izquierda. Su mano estaba caliente y firme. El contacto directo de su piel con la mía me provocó una descarga por el brazo. Intenté retirar la mano por reflejo, pero él me sujetó la muñeca con cuidado, inmovilizándome.

—Quieta —ordenó, con una voz grave y extrañamente suave.

Lorenzo deslizó el anillo por mi dedo anular. Encajó a la perfección, pesado y frío. Miré la joya y luego su rostro. La cercanía era torturante. El aroma del café expreso y de su perfume masculino invadía mis sentidos, dejándome mareada de nuevo… y no por culpa de los gemelos.

—Precioso, ¿verdad? Cinco quilates. Lo elegí yo mismo hace menos de una hora para garantizar que la prensa no tenga dudas sobre mi compromiso contigo.

Lo miré a los ojos. La máscara fría estaba ahí, pero detrás del ónix oscuro había una chispa de algo que no supe nombrar. Algo salvaje, que contradecía toda su lógica.

—Es pesado —dije, sintiendo que la joya pesaba una tonelada. Era el peso de mi confinamiento y de mi rescate al mismo tiempo.

—Acostúmbrate al peso —dijo Lorenzo, soltándome la mano y dando un paso atrás, levantando de nuevo el muro de hielo a su

alrededor—. El circo va a empezar. Esta noche cenaremos en el Fasano. Habrá fotógrafos. Prepárate, *amore mio*.

Pronunció la palabra en italiano como un latigazo de ironía, me dio la espalda y salió de la habitación.

Miré mi mano temblando con ese diamante obsceno. La ecografía de los dos bebés yacía tirada sobre el colchón. El loro graznaba en la jaula. Me había asegurado un lugar en sus vidas, pero la farsa apenas estaba comenzando. Y tenía la aterradora sensación de que el mayor peligro no era que los medios me descubrieran, sino acabar creyéndolos.



Lorenzo ROSSI

Capítulo 13

Convertir a una vendedora del Mercado Central en una socialité aceptable según los estándares europeos en cuatro horas era un reto logístico que pondría a prueba los nervios de cualquier diplomático. Pero yo no era un diplomático. Yo era un Rossi.

Eran las siete de la noche. El salón de mi ático se había convertido en un cuartel general de relaciones públicas. Enrico estaba de pie junto al sofá blanco con su tableta, proyectando gráficos y perfiles en una pantalla que habíamos bajado del techo.

En el centro del sofá, Marina resoplaba, cruzando los brazos sobre el albornoz de seda.

—«¿Curadora gastronómica de *terroir*?» —leyó en voz alta, con una expresión que era una mezcla de burla e incredulidad—.

Enrico, por el amor de Dios, yo corto queso en lonchas y empaqueto dulce de leche. Eso suena como si vendiera tierra en tarros gourmet.

—Suena como alguien a quien a la élite de Milán no le importaría ver sentada a la mesa, señorita Costa —replicó Enrico, impasible—. La historia es que se conocieron durante una investigación de campo del señor Rossi para una nueva línea de cuero sostenible orientada al agronegocio. Una pasión arrolladora, mantenida en absoluto secreto para proteger su «investigación».

—¿Pasión arrolladora? —Ella soltó una risa áspera, mirándome a mí, que estaba apoyado en la barra de mármol del bar, sirviéndome un vaso de agua con gas—. Lo máximo que compartimos es el odio mutuo por el sabor del zumo de apio.

—No me importa lo que compartamos en privado, Marina —dije, con la voz cortando el aire y exigiendo atención. Caminé hasta el centro de la sala—. Lo que importa es lo que captan las cámaras. Esta noche, en el Fasano, no vas a poner los ojos en blanco. No vas a hacer bromas sarcásticas. Y, sobre todo, no vas a mostrar ninguna aversión física hacia mi persona. El consejo está oliendo sangre. Un milímetro de vacilación y mi primo Giancarlo convencerá a los accionistas de que eres un fraude.

Ella bajó la mirada hacia el absurdo diamante que pesaba en su dedo anular. La vacilación duró un segundo antes de que levantara la barbilla, con esa maldita terquedad brillando en sus ojos oscuros.

—De acuerdo. Tú has pagado por la obra de teatro, Rossi. Yo te entrego la actuación.

Doña Carmen apareció en el pasillo, carraspeando discretamente.

—¿Señor Rossi? El equipo de belleza que contrató ya ha terminado el trabajo. La señorita Costa solo tiene que ponerse el traje.

—Vete —ordené—. Tenemos treinta minutos antes de que llegue el coche. Y Enrico, cancela el envío de los informes asiáticos de hoy. Quiero que nos centremos por completo en el seguimiento de las redes sociales durante las próximas horas.

Cuando me quedé solo en la sala, cerré los ojos y respiré hondo. El peso de mi propia farsa me estaba asfixiando. Hasta el día anterior, mi plan era ocultar a Marina del mundo durante nueve meses. Ahora, estaba a punto de exhibirla como el gran amor de mi vida. Todo para proteger mi imperio y las dos pequeñas anomalías estadísticas que latían en su vientre.

Veinte minutos después, el sonido de unos tacones (no muy altos, por estricta recomendación médica para el inicio del embarazo) resonó en el pasillo.

Abrí los ojos y me giré.

Toda mi retórica interna de CEO, todas mis defensas lógicas de que ella no era más que una «infraestructura temporal», se evaporaron en el preciso instante en que Marina se detuvo en la entrada de la sala.

No llevaba beige. Había permitido que los *estilistas* aportaran color, siempre que los tejidos fueran naturales y seguros. Habían elegido un vestido de seda pura en un tono verde esmeralda intenso. La tela se ceñía a las curvas de su cuerpo con fluidez, con un sutil escote en «V» y una abertura que dejaba ver la pierna cuando se movía.

Su indómito cabello castaño había sido domado en amplias y brillantes ondas que caían sobre uno de sus hombros. El maquillaje era ligero, pero resaltaba la intensidad de sus ojos oscuros y la plenitud de sus labios, pintados de un rojo intenso.

No parecía una curadora gourmet. No parecía una vendedora de quesos. Parecía una reina capaz de poner de rodillas a cualquier heredera italiana.

—¿Y bien? —preguntó, insegura, rompiendo la ilusión de realeza con un tirón incómodo del dobladillo del vestido—. ¿Parezco una novia multimillonaria o solo alguien envuelta para regalo en un papel de celofán muy caro?

Tragué saliva ante la repentina sequedad de mi garganta.

—Estás... adecuada —respondí. Fue la mentira más cobarde de mi vida.

Me acerqué a ella. Mi mano derecha se posó instintivamente en medio de su espalda. La seda del vestido estaba fría, pero podía sentir el calor de su cuerpo irradiando a través de un o bajo la tela. Marina contuvo la respiración ante mi tacto. Su cuerpo se tensó como la cuerda de un arco.

—Recuerda el entrenamiento —susurré, inclinando la cabeza para que quedara inquietantemente cerca de su oído. Sentí el aroma del perfume que le habían puesto. Cerré los ojos por una milésima de segundo para no dejarme embriagar. —El contacto físico será constante. Si retrocedes cada vez que te toque, la prensa nos destruirá.

—Es difícil no retroceder cuando parece que estoy tocando una barra de hielo, Lorenzo —murmuró ella a su vez, con voz temblorosa, pero no retrocedió. Marina giró la cara hacia mí. Nuestros labios quedaron a centímetros de distancia. —Pero sé cómo interpretarlo.

El trayecto hasta el restaurante en el asiento trasero de mi todoterreno blindado transcurrió en un silencio cargado de tensión. Cada vez que el coche tomaba una curva, su rodilla rozaba mis pantalones. La electricidad estática entre nosotros era tan densa que una cerilla podría prendernos fuego.

Cuando el coche se detuvo frente al restaurante de lujo en el barrio de Lourdes, la acera ya estaba abarrotada. Alguien del departamento de relaciones públicas había «filtrado» el lugar de la

cena a la perfección. Había media docena de fotógrafos apiñados cerca del *servicio de aparcacoches*.

—¿Lista? —pregunté, con la mano en la manilla.

Marina miró a los *paparazzi*, luego al anillo de cinco quilates que lucía en el dedo, y respiró hondo, colocando la mano sobre su propio vientre en un rápido y instintivo gesto de protección hacia los gemelos.

—Vamos a hacer que esos buitres nos coman de la mano, señor Rossi —dijo, con una mirada que adquirió un brillo depredador que nunca le había visto.

Abrí la puerta y salí primero. Los *flashes* estallaron, casi cegándome. Di la vuelta al coche y le tendí la mano a Marina. Cuando sus dedos se cerraron sobre los míos, entrelacé los nuestros con firmeza, tirando de ella hacia fuera y pegando su cuerpo al mío de costado.

Mi brazo rodeó su cintura con posesividad. No necesitaba actuar en esa parte. Con las cámaras disparando y los gritos de los fotógrafos: *«¡Señor Rossi! ¿Es esa chica la madre del heredero? ¡¿Se van a casar?!»*, mi instinto de proteger lo que era mío afloró con una violencia irracional.

—Sonríe —le susurré al oído, mientras caminábamos por la alfombra de la entrada.

Marina volvió el rostro hacia mí. Entonces, sonrió.

No fue una sonrisa forzada por obligación. Fue una radiante sonrisa, apasionada, con los ojos brillando de devoción, dirigidos exclusivamente a mi rostro. El impacto de esa expresión casi me hizo tropezar. Era perfecto...

Lástima que sea falso, susurró una voz irritante en lo más profundo de mi mente pragmática.

Entramos en el restaurante. El elegante murmullo del local se acalló por un instante. Las cabezas se giraron. Las copas de cristal

se detuvieron a medio camino de las bocas. Éramos el titular andante caminando entre las mesas del *Fasano*.

El *maître* nos condujo a una mesa central, estratégicamente no tan apartada como para que pudiéramos ser vistos, pero lo suficientemente lejos como para que no escucharan nuestra conversación.

Le aparté la silla. Cuando me senté frente a Marina, la luz de las velas en el centro de la mesa se reflejaba en el diamante del anillo y en sus ojos oscuros.

—Nos están devorando con la mirada —susurró ella, manteniendo la sonrisa plácida, pero con los dientes casi apretados. Cogió la carta de degustación de cuero y se ocultó el rostro tras ella —. El hombre canoso de la mesa de la izquierda tiene cara de quien ha comido y no le ha gustado.

No hacía falta que mirara. Sabía perfectamente quién era.

—Es Roberto Bertolucci. Miembro del consejo y uno de los mayores partidarios de mi primo. Está aquí para buscar fallos en el relato.

—¿Y qué vamos a hacer nosotros?

Apoyé los codos sobre la mesa, ignorando mi propio menú.

—Le vamos a dar un espectáculo. Dame la mano.

Marina tragó saliva, pero extendió la mano izquierda sobre el mantel de lino blanco. Le cogí la mano. Mi pulgar comenzó a trazar círculos lentos y deliberados sobre el dorso de su suave mano.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó ella, con la voz ligeramente temblorosa y la mirada fija en nuestras manos unidas.

—Estoy demostrando afecto táctil —respondí, con la voz más clínica que pude, tratando de ignorar cómo su piel parecía quemar la mía—. Las parejas enamoradas se tocan sin pensar. Mantienen contacto visual constante. Susurran. Inclínate hacia delante, Marina.

Ella obedeció, acercando la cara al centro de la mesa. Yo también me incliné, hasta que las puntas de nuestras narices quedaron a centímetros.

—No pueden oír lo que decimos, solo ver cómo actuamos —susurré. Su mirada se posó en mis labios y tuve que emplear todo mi autocontrol para no dejar de respirar—. Puedes hablar de la cotización del dólar o de lo mucho que detestas mi zumo verde, siempre y cuando parezca que me estás diciendo lo mucho que me veneras.

—Eres un maldito manipulador, Lorenzo —murmuró con una sonrisa dulce y apasionada, los ojos brillantes—. Y yo quiero un plato de espaguetis a la carbonara con tocino de verdad. Si le dices al camarero que me traiga un pescado blanco al vapor, me arranco este diamante del dedo y se lo tiro a la cara al señor Bertolucci de ahí atrás.

Una risa genuina e inesperada se escapó de mi pecho. No solía reírme en público. El sonido pareció resonar por todo el restaurante. Noté, por el rabillo del ojo, que Bertolucci abría los ojos como platos, atónito ante mi muestra de emoción.

—Carbonara para la señora, entonces. Y bien cocida —cedí, incapaz de borrar la media sonrisa de mi rostro—. Por el bien de nuestro compromiso.

La noche transcurrió como un baile peligroso sobre un campo minado. Pedimos la comida. Mantuve mi mano entrelazada con la suya todo lo que pude. En un momento dado, cuando el camarero chocó accidentalmente con nuestra mesa al servir el agua, mi brazo actuó por puro reflejo territorial. Lo pasé por el respaldo de la silla de Marina y tiré de ella ligeramente hacia mí para protegerla de un impacto que ni siquiera llegó a producirse.

Marina me miró, con los ojos muy abiertos por la sorpresa ante mi rapidez. Su mano se dirigió instintivamente hacia su muslo, pero se posó sobre mi rodilla bajo el mantel.

El contacto de su palma caliente a través de los pantalones de vestir me envió una descarga eléctrica directamente a la entrepierna.

Apreté la mandíbula. El aire de mis pulmones se esfumó.

—Lo siento —susurró ella, dándose cuenta de dónde tenía la mano e intentando retirarla.

Pero yo fui más rápido. Sujeté su mano con firmeza sobre mi pierna, impidiéndole escapar.

—Déjala ahí —dije, con una voz dos tonos más ronca y peligrosamente baja—. Bertolucci acaba de levantarse. Viene hacia nosotros.

El ejecutivo canoso se detuvo junto a nuestra mesa, con una sonrisa de tiburón y una copa de vino en la mano.

—Lorenzo. Qué agradable sorpresa encontrarte aquí. Y acompañado —dijo Bertolucci, con sus ojos de rapaz posándose sobre Marina de forma evaluadora. No había respeto en su mirada, solo la búsqueda de una debilidad.

Apreté la mano de Marina bajo la mesa.

—Roberto —lo saludé con fría cortesía, sin levantarme—. Ella es Marina Costa. Mi prometida y la futura madre de mis herederos.

Bertolucci arqueó las cejas. *Herederos*, en plural. La bomba atómica ya había estallado por la mañana con la filtración, pero mi confirmación verbal parecía desconcertarlo.

—Herederos. Gemelos, por lo que he oído entre bastidores. Una hazaña impresionante, Lorenzo. Casi… demasiado conveniente para tus plazos con el estatuto, ¿no crees? —Dio un sorbo al vino, con un tono insinuante que destilaba veneno—. Es un placer, señorita « » Costa. Curioso tu origen. Mis contactos en Brasil me han dicho que no han encontrado registros de tu nombre en las altas esferas de la sociedad de São Paulo o Río de Janeiro.

Marina se tensó. Abrió la boca para responder, pero la interrumpí, con la voz gélida.

—Marina no pertenece a la sociedad de São Paulo, Roberto. Es de Minas Gerais. El interior de Brasil alberga tesoros que no necesitan la validación de columnas sociales vacías. Ella es auténtica. Algo que nuestro consejo, ahogado en tradiciones muertas, a menudo olvida valorar.

Bertolucci entrecerró los ojos. Captó la advertencia.

—De acuerdo. El amor ciega, como se suele decir. Enhorabuena por el compromiso. La prensa italiana está alborotada. Espero que esta relación resista la presión de los focos, Lorenzo. Por el bien de las acciones de *Rossi*, claro está.

—No te preocupes por mis acciones, Roberto —dije, manteniendo el contacto visual fijo—. Nunca han estado en manos más seguras.

El viejo accionista asintió a regañadientes y se alejó.

Cuando estuvo lo suficientemente lejos, Marina soltó el aire que parecía haber estado conteniendo durante un minuto entero. Su mano debajo de la mesa temblaba ligeramente sobre mi pierna. Solté su muñeca y ella retiró la mano como si hubiera tocado fuego.

—Lo sabe —susurró, aterrorizada—. No tiene pruebas, pero sospecha del contrato, Lorenzo. Intentará hurgar en mi pasado hasta encontrar la subasta del banco.

—He blindado todos los archivos de Safira y borrado los registros del doctor Varella —le aseguré, volviéndome hacia ella—. No encontrarán ni un solo papel que pruebe la transacción comercial. Lo único que tendrán es nuestro romance.

—¿Y si el romance no les convence? —insistió ella, con el miedo real rompiendo la máscara de actriz—. Yo pierdo a mi padre. Tú pierdes la empresa. Lo perdemos todo.

Miré sus labios sonrosados. La vulnerabilidad y el miedo en sus ojos oscuros despertaron el instinto posesivo más salvaje e irracional que jamás había sentido en mi vida. El consejo, la empresa, las cláusulas del contrato… todo se desvaneció en la bruma de su cercanía.

—No te perderé. Nunca —dije en voz baja.

Me incliné hacia delante. Le puse las dos manos en la cara, con los pulgares rodeándole la mandíbula, sintiendo su piel cálida y suave. La sorpresa se reflejó en el rostro de Marina.

—¿Qué estás...?

No la dejé terminar. Acorté la distancia entre nosotros y presioné mis labios contra los suyos.

El mundo que los rodeaba —el restaurante, los camareros, Bertolucci, los flashes de fuera—se desconectó bruscamente.

No fue un beso cinematográfico suave. Fue una colisión.

Los labios de Marina se entreabrieron en un suspiro de sorpresa, y el sabor del zumo y de aquel dulce de leche clandestino invadió mis sentidos. Ella dudó durante una milésima de segundo antes de cerrar las manos sobre las solapas de mi chaqueta, apretando la tela con fuerza y correspondiendo.

El calor que se irradió de su cuerpo al mío no tenía nada que ver con la actuación. Era una electricidad viva, cruda, que hizo que mi cerebro pragmático entrara en colapso total. El aroma a jazmín, el suspiro bajo que soltó contra mi boca, la suavidad de su labio inferior contra mis dientes. Fue un beso punitivo, posesivo y desesperado. Una advertencia silenciosa a cualquier hombre en la sala de que ella me pertenecía.

Sin embargo, mientras la besaba, la aterradora verdad se abrió paso en mi mente.

La farsa que había creado para el consejo no era más que una excusa conveniente. La estaba besando porque había pasado las

últimas veinticuatro horas luchando contra el deseo irracional de hacer precisamente eso.

Cuando me aparté, lentamente, rompiendo el contacto, ambos estábamos jadeando. El pecho de Marina subía y bajaba bajo la seda verde. Sus ojos estaban oscuros, dilatados, y los labios perfectamente pintados estaban deliciosamente manchados.

Me miró con una expresión de absoluto asombro.

—Para las cámaras —susurré, con la voz ronca, sin aliento, sonando más como una justificación para mí mismo que para ella.

—Claro —respondió ella, con voz temblorosa, soltando las solapas de mi chaqueta y echándose hacia atrás en la silla, tragando saliva—. Solo… para las cámaras.

El camarero llegó con el plato de carbonara, rompiendo la burbuja electrizante. Volvimos a actuar, sonriendo y fingiendo normalidad, pero ninguno de los dos tocó la comida con verdadero apetito.

El entrenamiento de novios había cumplido su función a la perfección. La prensa se había tragado la mentira y el consejo vería las fotos. Sin embargo, mientras volvíamos al ático en un silencio ensordecedor y letal en el asiento trasero del coche, yo miraba por la ventana, sintiendo su sabor fantasmal en mi boca.

El contrato me exigía un control total.



Marina COSTA

Capítulo 14

Desde la noche del beso en *el Fasano*, habían pasado dos meses en los que había vivido la mayor y más agotadora mentira de mi vida.

Para las cámaras y las revistas del corazón, yo era la Cenicienta moderna. La novia sonriente que había derretido el corazón de hielo del soltero más codiciado de Minas Gerais y heredero de un imperio europeo. Nos fotografiaban entrando y saliendo de clínicas de lujo, cenando en restaurantes exclusivos y paseando de la mano por plazas arboladas.

Pero, en el instante en que se cerraban las pesadas puertas del ascensor privado del ático, la carroza volvía a ser una calabaza y Lorenzo volvía a ser mi carcelero.

Después de aquel beso que me atormentaba durante la noche y me hacía sudar frío, él dio un paso atrás. Levantar muros no fue suficiente para el director general; Lorenzo construyó una muralla de acero templado entre nosotros. El contacto físico se volvió estrictamente calculado, limitado únicamente a los momentos en que había testigos. En casa, volvía a encerrarse en el despacho, comunicándose conmigo casi exclusivamente a través de Enrico o de Doña Carmen.

Estaba embarazada de dieciséis semanas. Y, tal y como había advertido el doctor Varella, el hecho de que fueran gemelos hizo que mi cuerpo cambiara a una velocidad aterradora. Mi vientre, antes plano, ahora era un pequeño e innegable globo rígido bajo mi ropa. Los pantalones de lino ya no me abrochaban. Doña Carmen me había traído un nuevo guardarropa de maternidad, y yo pasaba los días envuelta en vestidos de punto suave y *cachemira*.

Era una noche de viernes. Afuera, el frío viento de julio silbaba contra los cristales blindados del ático de Lourdes. Zeca ya dormía en la jaula, cubierto con su mantita de flores.

Yo estaba tumbada en la cama *king size*, con la única luz encendida de la lámpara de la mesita de noche. Leía un libro cualquiera, pero las letras bailaban ante mis ojos sin formar frases. Me dolía el cuerpo. Mi espalda protestaba contra el nuevo centro de gravedad, y mi estado de ánimo era una montaña rusa de hormonas.

Suspiré, cerré el libro y lo dejé a un lado. Me tumbé boca arriba, tirando un poco del edredón hacia abajo y acariciándome la barriga bajo la fina tela del camisón.

—¿Qué tal, dúo ruidoso? —susurré al silencio de la habitación —. Hoy estáis muy callados. ¿El apio de la cena también os ha ofendido?

Me quedé allí, respirando lentamente, concentrada únicamente en la sensación de mi propia piel.

Y entonces, sucedió.

No fue un espasmo muscular. No fue un rugido de hambre. Fue una sensación minúscula, como una burbuja de jabón que estalla bajo el agua.

Contuve la respiración, con los ojos muy abiertos.

Segundos después, algo se deslizó. Un temblor rápido. Y justo después, un toque puntual y firme contra la pared de mi útero. Una patada minúscula.

Mis manos volaron hacia ese lugar.

—Dios mío... —balbuceé, con el corazón disparado en el pecho.

Otro toque. Ligero como el ala de una mariposa, pero lo suficientemente fuerte como para darme la certeza absoluta: estaban despiertos. Los bebés se estaban moviendo...

Mi primer instinto fue una explosión de alegría tan pura y violenta que sonreí hasta que me dolieron las mejillas. Era la magia que todas las mujeres embarazadas describían. La vida anunciándose, reclamando su espacio. Tenía a dos personas completas, creadas a partir de mí, bailando en mi interior.

Me senté en la cama, riendo en voz baja, con las lágrimas de emoción ya brotando de mis ojos.

—Hola... hola a vosotros también —dije, con la voz entrecortada, pasando las manos temblorosas por el contorno de mi vientre—. Os estoy sintiendo. Sois muy fuertes, ¿lo sabíais? Le vais a dar un buen trabajo al señor Antonio en el puesto cuando crezcáis. Os enseñaremos a rallar queso, a empaquetar dulces, a...

La frase se me quedó en la boca.

La sonrisa se congeló y se desmoronó a una velocidad nauseabunda. El aire salió de mis pulmones como si alguien me hubiera dado un puñetazo en el estómago.

Os vamos a enseñar...

No. No íbamos a hacerlo.

Mi padre no iba a enseñar a sus nietos a rallar queso. Zeca no iba a gritarles mientras corrían por la casa de Santa Tereza todos los días. Me había ganado el derecho a verlos, sí. A duras penas, peleando contra el hombre de la habitación de al lado. Pero ¿qué sería yo en sus vidas? ¿Una visita con cita previa? ¿Una pariente lejana que aparece los fines de semana estipulados por un abogado de Milán?

La monstruosa realidad del contrato, que había estado barriendo bajo la alfombra con el falso compromiso para los *paparazzi* y la promesa vacía de las visitas, me engulló por completo.

No sería su verdadera madre. No me despertaría con ellos llorando de madrugada, no les prepararía el almuerzo para el colegio de lunes a viernes, no los criaría en medio del calor y el caos de mi familia. Crecerían en esa burbuja de hielo y mármol de Lorenzo. Yo no sería más que un compromiso en la agenda del director general.

Vendí la custodia de mi propia carne por seiscientos mil reales.

Miré mi barriga y, de repente, el milagro de la patada me pareció una acusación. Una deuda fantasma de dos vidas que había cambiado por un trozo de papel del Banco Safira. Salvé la vida de mi padre, condenando a mis hijos a crecer lejos de mí la mayor parte del tiempo. ¿Qué clase de monstruo era yo? ¿Qué clase de madre firmaba un papel entregando el futuro de sus propios bebés incluso antes de que nacieran, conformándose con migajas de convivencia programada?

—Lo siento —sollocé, con el pánico ahogándome. —No quería hacerlo. No tenía otra opción, perdónenme...

Me llevé las rodillas al pecho tanto como me lo permitía el vientre y enterré la cara entre las manos. El primer sollozo se escapó, desgarrándome las cuerdas vocales.

La culpa me aplastó con una fuerza brutal e implacable. Lloré… por mi madre, que no estaba allí para decirme qué hacer. Por mi padre, que creía que yo era feliz y había encontrado al amor de mi vida. Lloré por la frialdad del hombre que dormía al otro lado del ático, que controlaría la vida de mis hijos con el mismo rigor con el que controlaba sus propias acciones en la bolsa.

Pero, sobre todo, lloré por ellos. Por los dos corazones inocentes que vería crecer a distancia, separados de mí por una barrera insuperable de dinero y cláusulas contractuales.

El dolor era tan físico, tan desgarrador, que empecé a temblar incontrolablemente. Amortigué el sonido con la almohada de algodón egipcio, apretándola contra la cara mientras las lágrimas empapaban la costosa tela.

—No quiero ser solo una visita —murmuraba, asfixiada contra la almohada, con la desesperación volviéndome casi irracional—. No puedo vivir lejos de vosotros. No lo voy a soportar. Me moriré cada vez que tenga que irme y dejaros aquí.

El sonido de mi llanto llenaba la silenciosa habitación, rompiendo el protocolo de paz del ático de los Rossi. No podía parar. La mujer valiente que había chantajeado a un multimillonario había desaparecido, dejando solo a una chica de veinticuatro años, aterrorizada y con el corazón roto, llorando la pérdida de una familia que no podría tener al completo.



Lorenzo ROSSI

Capítulo 15

El silencio de mi apartamento siempre había sido mi medida de la paz. Sin embargo, aquella noche de viernes, el silencio se veía rasgado por un sonido que hacía que los números de la pantalla de mi portátil perdieran por completo su sentido.

Era un llanto.

No era un llanto discreto, de esos que la gente suelta cuando está frustrada o viendo una película triste. Era un sollozo ahogado, gutural y desgarrador, el sonido de alguien que se estaba rompiendo por dentro.

Cerré el portátil. La luz del despacho me pareció de repente agresiva. Me levanté y caminé por el pasillo oscuro, guiado únicamente por el sonido que provenía de la habitación de invitados. Cada paso que daba sobre el mármol parecía pesar una tonelada.

Me detuve en la puerta entreabierta de la suite de Marina.

La habitación estaba iluminada solo por una lámpara de noche tenue. Ella estaba acurrucada en medio de la cama gigantesca, con las rodillas casi pegadas al pecho, el rostro hundido en la almohada para intentar ahogar su propia desesperación. Sus hombros temblaban violentamente bajo el fino camisón.

Yo era un experto en resolver crisis. Sabía cómo inyectar capital para salvar una fábrica en quiebra, sabía cómo manipular a la prensa y cómo desarmar a los accionistas hostiles. Pero ante aquella mujer derrumbándose en mi colchón, me sentí absolutamente impotente.

—¿Marina? —la llamé, con una voz más áspera de lo que pretendía.

Ella se sobresaltó y levantó la cabeza. Tenía el rostro enrojecido, bañado en lágrimas, y los ojos hinchados reflejaban un dolor tan crudo que me dieron ganas de retroceder. Intentó limpiarse la cara frenéticamente con el dorso de las manos.

—Vete —dijo con voz ronca—. Yo no... no quiero discutir hoy, Lorenzo. Por favor, déjame sola.

No me fui. Entré en la habitación y cerré la puerta tras de mí.

—¿Te duele? —pregunté, calculando si tenía que llamar al Dr. Varella o pedir una ambulancia—. ¿Es alguna complicación?

—¿Dolor? —Soltó una risa entrecortada, histérica—. Sí. Pero tu médico no puede arreglarlo. Tu maldito contrato ha causado esto.

Me acerqué al borde de la cama. Su hostilidad era el escudo que yo conocía, pero estaba hecho trizas.

—Explícate —exigí, tratando de mantener la voz neutra.

Ella se miró el vientre y, con las manos temblorosas, se tocó la barriga redondeada.

—Han dado una patada.

Mi cerebro pragmático tardó un segundo en procesar la información. *Han dado una patada.* La actividad motora intrauterina. La señal de que los sistemas nerviosos se estaban desarrollando según lo esperado. Era un dato positivo en el informe médico.

Pero para Marina, claramente, era el fin del mundo.

—Eso es normal en el cuarto mes, ¿no? Es una buena señal —arguí, utilizando la lógica como mi propia tabla de salvación—. Significa que están sanos.

—¡Significa que están *vivos*! —gritó ella, con nuevas lágrimas brotando sin control—. ¡Están vivos, Lorenzo! ¡Sentí sus piececitos, o sus manitas, no lo sé! Y lo primero que pensé fue en todo lo que les iba a enseñar. Y entonces... y entonces me acordé.

Se abrazó a sí misma, balanceando el cuerpo hacia adelante y hacia atrás, como si intentara protegerse de su propio pensamiento.

—Recordé que soy un monstruo. Que me vendí. Que voy a traer a estos dos bebés al mundo y les daré la espalda porque cambié sus vidas por la de mi padre. Soy la peor persona del mundo. No voy a poder soportarlo... Dios, me moriré cuando tenga que entregártelos a los dos.

El aire se esfumó de la habitación.

Su acusación no iba dirigida a mí; iba dirigida a ella misma. Pero me dio en el pecho como un disparo a quemarropa.

La compré. Identifiqué su desesperación y la utilicé como palanca. Creé esa prisión, redacté el contrato, exigí los óvulos. En mi cálculo de riesgos, nunca había tenido en cuenta el peso del instinto maternal de Marina. La traté como un contenedor. Pero ella era una madre. Y yo la estaba obligando a vivir el duelo por la pérdida de sus hijos, mientras estos aún crecían dentro de ella.

—Marina... —comencé, pero la palabra «contrato» se me atragantó en la garganta. No podía restregarle la lógica en la cara en ese momento... era cruel.

Ella hundió el rostro entre las manos, y los sollozos volvieron a apoderarse de ella.

El muro de hielo que había construido alrededor de mi vida, el legado de frialdad de mi abuelo, la postura inquebrantable de CEO... todo eso se derrumbó, convirtiéndose en polvo bajo mis zapatos de cuero italiano.

Me quité la chaqueta y la tiré al sillón. Me desaté los cordones de los zapatos y los lancé lejos de una patada.

Me subí a la cama.

El colchón se hundió con mi peso. Marina no retrocedió, estaba demasiado absorta en su propio pánico. Me arrastré hasta el centro de la cama y me senté a su lado.

Dudé por una milésima de segundo. El contacto era una frontera peligrosa que, desde el beso en el Fasano, había estado evitando como a una plaga. Sin embargo, la mujer que daba a luz a mis hijos se estaba desmoronando ante mí.

Le rodeé la espalda con el brazo y la atraje hacia mí.

Marina se quedó rígida como una estatua. Sus manos se lanzaron hacia mi pecho, en un reflejo instintivo de empujarme lejos.

—Suéltame, Lorenzo —murmuró contra mi camisa, tratando de zafarse—. No quiero tu compasión. No quiero tu profesionalidad.

—No es lástima. Quédate quieta —murmuré con voz ronca, ignorando su débil protesta.

Pasé el otro brazo a su alrededor, cerrando el abrazo. Atraje su cabeza hacia mi pecho, aprisionándola en una jaula de calor y fuerza. Poco a poco, su resistencia se desmoronó. El agotamiento emocional venció al odio. Marina cedió, desplomándose contra mi cuerpo, con las manos agarrando la tela de mi camisa de algodón como si estuviera al borde de un precipicio.

Nos quedamos allí. En la penumbra. Sus lágrimas mojaban mi ropa y me quemaban la piel a través de la tela.

Apoyé la barbilla en la coronilla de su cabeza, sintiendo el aroma a jazmín de su cabello. No le dije que todo iría bien, ni que el contrato se podía revisar. No dije nada, porque las palabras no arreglarían el hecho de que yo era el artífice de su sufrimiento. Solo la abracé, con toda la fuerza que pude, ofreciéndole lo único que tenía que no se podía comprar con dinero: mi presencia.

Después de un largo rato, los sollozos empezaron a disminuir, transformándose en respiraciones profundas y temblorosas. Su cuerpo, antes rígido, se relajó contra el mío.

El silencio volvió a la habitación, pero ya no era un silencio vacío. Era denso, pesado, cargado de una intimidad que me aterrorizaba.

Fue entonces cuando lo sentí.

El vientre de Marina estaba presionado contra el costado de mi abdomen y, a través de las capas de ropa, sentí una sacudida sorda.

Todo mi cuerpo se paralizó.

Bajé la mirada, sorprendido. No era mi imaginación. Unos minutos después, otro toque. Más nítido. Más fuerte. Una innegable vibración de vida palpitando contra mi costilla.

—¿Lo has notado? —susurró Marina, con la voz aún entrecortada, el rostro escondido en mi cuello.

—Lo sentí —respondí, sin aliento.

Impulsado por un instinto que arrolló cualquier atisbo de racionalidad, solté uno de los brazos con los que la rodeaba y bajé la mano, posando mi palma grande y abierta sobre el centro de su vientre.

Su piel estaba caliente a través del camisón. Mi corazón latía tan fuerte que pensé que los bebés podrían oírlo.

Esperamos, en silencio.

Y, como si respondiera al contacto, una patada clara y definida golpeó justo en el centro de mi mano.

Cerré los ojos con fuerza, sintiendo una emoción tan violenta, tan absoluta e indomable, que me faltó el aire. Esos eran mis hijos. Mi carne… y la mujer en mis brazos era su madre.

Ya no había empresa, ni consejo ni organigrama. Solo estábamos nosotros dos, en aquella habitación oscura, sintiendo la vida que habíamos creado entre la farsa y la desesperación golpear contra nuestras manos.

—Son fuertes —susurré, incapaz de apartar la mano de ella.

—¿Qué vamos a hacer, Lorenzo? —preguntó ella, con la vulnerabilidad rasgando la armadura que siempre llevaba cerca de mí. Levantó el rostro para mirarme. Sus ojos oscuros y enrojecidos buscaban una respuesta que yo no tenía. —¿Cómo va a terminar esto?

La miré a la cara. A los labios que había besado, a los ojos que me desafiaban a diario. El contrato en el cajón de mi escritorio, de repente, no era más que tinta negra inútil sobre un papel sin valor.

No sabía cómo iba a terminar. Sin embargo, mientras deslizaba mi mano desde el vientre de Marina hasta su cintura, atrayéndola aún más hacia mí hasta que estuvo prácticamente tumbada sobre mí, una única certeza se cristalizó en mi mente metódica.

No dejaría que se fuera. Nunca.

—Duerme, Marina —murmuré, tirando de la colcha sobre los dos—. Yo estoy aquí.

Ella no se resistió. Cerró los ojos y, en cuestión de minutos, su respiración se volvió pesada, rendida al sueño del agotamiento.

Me quedé despierto durante horas, abrazando a mi mujer y a mis hijos en la oscuridad, aterrorizado por la constatación de que, por primera vez en mi vida, ya no tenía el control de absolutamente nada.

¿Y lo peor de todo? No me importaba lo más mínimo.



Marina COSTA

Capítulo 16

Me desperté con el sol del domingo colándose por las rendijas de la cortina opaca. El lado izquierdo de la cama *king size* estaba vacío, pero la sábana arrugada y el aroma amaderado de Lorenzo aún flotaban en el aire, prueba innegable de que la noche anterior no había sido un delirio provocado por las hormonas.

Se había quedado. El CEO de hielo, el hombre que me trataba como una infraestructura logística, me había abrazado en la oscuridad hasta que mi pánico se disolvió en agotamiento. Había notado a los gemelos. La imagen de su gran mano extendida sobre mi vientre, el asombro y la reverencia en sus ojos oscuros, hizo que mi corazón diera un peligroso vuelco.

Me levanté, vestida con una sudadera holgada, y caminé descalza por el pasillo.

El ático estaba en silencio, pero cuando llegué a la cocina, me detuve en seco. Lorenzo estaba allí. Llevaba unos pantalones de sarga oscuros y un jersey gris de cuello alto que le daban el aire de un modelo europeo en sus días libres. Estaba apoyado en la isla central, hablando en voz baja con Doña Carmen.

Cuando se percató de mi presencia, la conversación se detuvo. Sus ojos de ónix me evaluaron de pies a cabeza, buscando cualquier rastro del colapso de la noche anterior.

—Buenos días —dijo Lorenzo. Su voz sonaba diferente. Más baja, despojada de esa urgencia corporativa.

—Buenos días —respondí, tirando de las mangas de la sudadera sobre las manos, de repente tímida. ¿Qué se le decía al carcelero que había actuado como un ángel de la guarda horas antes?

Doña Carmen se volvió hacia mí con una sonrisa maternal que iluminó su rostro arrugado.

—Buenos días, Marina. El señor Rossi acaba de darme las instrucciones para el desayuno. Me alegra informarte de que el zumo de apio está oficialmente prohibido los domingos. He preparado pan de queso. De los de verdad, y hay café de filtro.

Abrí mucho los ojos, mirando de Doña Carmen a Lorenzo.

—¿Has autorizado los carbohidratos y la cafeína? ¿Quién eres y qué le has hecho a Lorenzo Rossi?

Él dio un sorbo a su propio espresso, curvando los labios en un atisbo de sonrisa.

—Mis herederos me dieron una patada en las costillas anoche. Considera el pan de queso un acuerdo diplomático para que no me den una paliza por dentro y por fuera. Pero es solo una taza, Marina. No abuses.

Quería replicar, pero el aroma a café recién hecho y queso gratinado derritió cualquier resistencia. Me senté en el taburete y

cerré los ojos al dar el primer bocado.

El ambiente en la cocina era… agradable. Ligero. Era como si nuestra guerra fría se hubiera suspendido. Lorenzo seguía allí, leyendo las noticias en la tableta, y el silencio entre nosotros ya no era un arma, sino un espacio acogedor.

Hasta que el interfono de alta seguridad del ático emitió un zumbido estridente.

Lorenzo frunció el ceño y dejó la tableta.

—No tengo ninguna reunión presencial hoy. Enrico sabe que los domingos son días restringidos.

Se acercó al panel de automatización de la pared y tocó la pantalla para abrir el circuito de cámaras del vestíbulo del edificio. Me acerqué, asomándome por encima de su brazo.

La imagen en color reveló la recepción de mármol del edificio y, en el centro de ella, discutiendo con el portero visiblemente aterrorizado, había un grupo que desentonaba por completo en ese barrio.

Mi padre, el señor Antônio, lideraba el grupo, sosteniendo una nevera portátil roja gigante. Detrás de él estaba la tía Zezé, una amiga de la familia que tenía un puesto de dulces, equilibrando dos bandejas de cristal cubiertas con papel de aluminio y, para mi absoluta desesperación, Beto también estaba allí, cargando dos cajas de cerveza y mirando a las cámaras de seguridad con una expresión de puro desafío.

—Marina —dijo Lorenzo, con una voz peligrosamente tranquila, con la mirada fija en la pantalla—. ¿Por qué hay un grupo de insurgentes cargando neveras portátiles en mi vestíbulo?

Sentí cómo se me iba la sangre de la cara.

—Cuando filtramos el «falso compromiso» a la prensa, mi padre vio la noticia... Le di mi dirección para que dejara de

preocuparse, pensando que vivíamos en Europa. ¡Pero no pensé que fuera a aparecer sin avisar!

—¿Y quién es la mujer con los recipientes sin identificar?

—Es la tía Zezé. Y… bueno, ya conoces a Beto.

Lorenzo apretó la mandíbula. El nombre de Beto pareció encender una luz roja de alarma en su cerebro. —Voy a mandar a seguridad a que les impida la entrada. No estamos preparados para un evento social. Tu formación en etiqueta ni siquiera...

—¡Lorenzo, no! —Le agarré del brazo antes de que pulsara el botón del portero—. ¡Es mi padre! No puedes detener a mi padre en la puerta. ¡Piensa en la historia! Si lo echas, Beto difundirá por todo el Mercado que eres un canalla engreído, la prensa se enterará y tu farsa de novio enamorado se irá al traste.

Se detuvo, con el dedo suspendido sobre la pantalla. Su mente de CEO calculó el riesgo en milisegundos. Cerró los ojos, soltó un suspiro que parecía cargar con el peso del mundo y pulsó el botón verde.

—Abre la puerta, Jonas. Son... la familia de mi prometida.

Diez minutos después, las puertas del ascensor privado se abrieron en nuestro salón.

El contraste fue cómico y aterrador. La sala minimalista, decorada en tonos blancos y grises, se vio de repente invadida por un torbellino de colores, voces altas y el inconfundible olor a comida pesada.

—¡Oh, gloria! ¡Hemos encontrado el palacio! —anunció la tía Zezé, entrando con paso firme con sus bandejas, ignorando por completo las esculturas de metal retorcido—. ¡Marina, hija mía! ¡Déjame ver esa barriguita!

Me abrazó casi aplastando a los gemelos, mientras el señor Antônio dejaba caer la nevera portátil roja sobre el suelo de cemento quemado con un golpe sordo.

—¡Papá! ¿Qué hacéis aquí? —pregunté, abrazándolo.

—¡El domingo es día de familia, claro! No ibas a ir al mercado, ¡así que hemos traído el mercado aquí! —dijo el señor Antônio, con los ojos brillantes. Entonces vio a Lorenzo, que estaba de pie en el centro de la sala, rígido como un guardia británico.

Mi padre se acercó a él y, sin previo aviso, le dio un abrazo de oso al italiano de corbata.

—¡Mi yerno! ¿Qué tal, amigo? ¡Hemos traído la comida! Auténticos frijoles tropeiros, costillas y chicharrones. El médico dijo que Marina necesita sustento para dar a luz a estos dos niños, y dudo que en vuestras cocinas de ricos hagan comida con sabor de verdad.

Lorenzo pareció quedarse paralizado durante dos segundos antes de recordar su formación en relaciones públicas. Le devolvió el abrazo con una rigidez ensayada.

—Es una... sorpresa inesperada, Antonio. Bienvenidos a nuestra casa.

Beto, que ya había apilado las cajas de cerveza cerca de la isla de mármol, para horror visible de Doña Carmen, cruzó los brazos y miró a Lorenzo con desdén. —Tu apartamento es muy elegante, gringo. Espero que tengas un abrebotellas.

—No bebo cerveza nacional, Roberto —respondió Lorenzo, en un tono cortés, ocultando la afilada punta de su irritación—. Pero estoy seguro de que mi ama de llaves puede proporcionarles los utensilios necesarios.

Lo que siguió fue el colapso absoluto de todo lo que Lorenzo Rossi llamaba control.

En media hora, la carísima isla de mármol estaba cubierta de sartenes, botes de pimentón y botellas de cerveza sudando en la encimera. La tía Zezé se hizo cargo de la placa de inducción, friendo chicharrones y cantando a todo volumen. Zeca, a quien don Antonio

había liberado de la jaula, estaba encaramado en la lámpara de diseño, gritando *«¡¿Dónde está el queso?! ¡Idiota!»* cada cinco minutos.

En medio de ese torbellino de grasa saturada y ruido, estaba Lorenzo.

Observé, nerviosa, mientras mi padre obligaba a Lorenzo a sentarse en el sofá blanco con un plato de vidrio templado en el regazo, rebosante de frijoles tropeiros, farofa y un aterrador trozo de costilla de cerdo.

Me acerqué a él, me senté a su lado y le susurré en voz baja para que solo él me oyera: —Lorenzo, perdóname. Te juro que no lo sabía. Si quieres encerrarte en la oficina, me invento una excusa. Digo que tienes una crisis corporativa y que el Dow Jones se ha desplomado.

Miró el plato que tenía en el regazo. Un ejecutivo que solo comía pescado a la plancha y ensalada se enfrentaba a una bomba calórica que violaba treinta cláusulas de nuestro contrato nutricional.

Levantó la vista hacia mí. Había un caos reprimido allí, pero, sorprendentemente, no había ira.

—El Dow Jones cierra los domingos, Marina —susurró él a su vez. Y, en contra de toda su biología, clavó el tenedor en el chicharrón y se lo llevó a la boca.

Masticó. Sus ojos se abrieron una fracción de milímetro. Masticó más despacio.

—¿Y bien, yerno? —gritó el señor Antonio desde la cocina, con una cerveza en la mano—. ¿Está aprobado?

Lorenzo tragó, cogió la servilleta de lino y se limpió la comisura de los labios con la dignidad de un rey. —Es... una combinación estructuralmente fascinante de texturas, Antônio. Aprobado.

Me eché a reír, disimulándolo con una tos, y escondí la cara en mi propio plato.

La tarde tomó un rumbo aún más peligroso cuando se despejó la mesa del salón y el señor Antonio sacó una baraja gastada del bolsillo.

—¡Truco! ¿Quién va a ser la pareja del yerno? —anunció, dando un golpe con la baraja sobre la mesa.

—El italiano no aguanta jugar a eso, señor Antonio. Él debe jugar al golf o al ajedrez —bromeó Beto, acercando una silla y sentándose con las piernas abiertas—. Yo formo pareja con Marina. Les daremos una paliza.

Lorenzo dejó de beber el agua con gas. Dejó el vaso sobre la mesa y miró a Beto. El instinto territorial que le había llevado a agarrarme en *el Fasano* volvió con toda su fuerza. Lorenzo desabrochó los puños de la chaqueta de punto, arremangándose hasta los codos, dejando al descubierto unos antebrazos fuertes a los que yo intentaba no mirar.

Tiró de una silla y se sentó frente a Beto.

—Dirijo una multinacional con ramificaciones en tres continentes, Roberto —dijo Lorenzo, con voz baja, peligrosa y mortalmente tranquila—. Toda mi vida consiste en evaluar riesgos, desmontar faroles y aniquilar a la competencia. ¿De verdad crees que no sé leer a un adversario en un juego con habas? Marina es *mi* compañera. Reparte las cartas.

Casi me atraganto con la farofa.

A partir de ese momento, el ático se convirtió en una arena. Lorenzo Rossi, el hombre que odiaba los gritos y la imprevisibilidad, se transformó en la pesadilla del truco. Al principio no conocía todas las reglas, pero su mente matemática calculaba las probabilidades de las cartas en segundos.

Cuando Beto intentó farolear gritando «¡Truco!» con una mano débil, Lorenzo ni pestañeó. Reclinó la espalda en la silla, miró al fondo del alma de mi amigo y dio un golpe con la mano abierta sobre la mesa de cristal con un estruendo que hizo que el loro diera un salto en la lámpara de araña.

—¡Seis! ¡Ladrón! —gritó Lorenzo, utilizando la jerga perfecta con un marcado acento italiano que lo hacía aún más aterrador.

Beto abrió mucho los ojos y tiró las cartas sobre la mesa, derrotado.

El señor Antônio se rió tan fuerte que se puso rojo.

—¡Este tipo nunca pierde el imperio! ¡Has elegido bien, hija mía!

Miré a Lorenzo. Se estaba riendo. No era una sonrisa ensayada para la prensa. Era una risa auténtica, con los ojos brillando de adrenalina, el pelo revuelto cayéndole sobre la frente. Levantó la mano y chocó la mía en el aire, un *choque de manos* torpe, pero increíblemente íntimo.

La tarde se deslizó hacia la noche. Cuando la tropa del Mercado finalmente se despidió, con el señor Antônio dándole otro abrazo de romper huesos a Lorenzo y la tía Zezé dejando tres tarros de mermelada en la nevera, el ático pareció demasiado grande y silencioso.

El suelo estaba lleno de huellas de zapatos. El aire olía a frito, ajo y cerveza. La mesa del salón estaba cubierta de cartas y granos de frijol.

Apoyé la cabeza en la puerta de cristal del balcón, agotada, pero con el corazón ligero.

Lorenzo estaba a mi lado. No había llamado a la señora Carmen ni al equipo de limpieza. Simplemente estaba allí de pie, mirando el caos del salón.

—Mi equipo de desinfección necesitará tres días para descontaminar este ambiente —comentó con voz grave.

—Lo sé. Yo lo limpiaré. Y siento mucho los gritos, el jaleo y que Zeca casi hiciera sus necesidades en tu lámpara italiana.

Volvió la cara para mirarme. La tenue luz de la ciudad al exterior iluminaba los rasgos marcados de su rostro, ahora increíblemente suavizados.

—No te disculpes —dijo en voz baja.

—¿Qué?

—Me he pasado toda la vida controlando el entorno que me rodea para que fuera eficiente y silencioso —murmuró, dando un paso hacia mí. El espacio entre nosotros se redujo hasta quedar del tamaño de mi vientre—. Pero cuando tu padre llamó a la puerta y las cartas acabaron sobre la mesa… por primera vez, mi casa no pareció un mausoleo. Pareció un hogar.

La respiración se me atascó en la garganta. Miré sus ojos negros, sintiendo cómo el magnetismo peligroso de aquel hombre atraía mi alma. Su muralla no solo estaba agrietada; el Mercado Central había invadido el territorio y la había derribado de una vez por todas.

Mientras miraba al hombre al que pensé que odiaría para siempre, el terror que me embargó anoche sobre el futuro cobró un nuevo nombre.

No solo estaba aterrorizada por perder a los bebés. Estaba aterrorizada porque me estaba enamorando perdidamente de su padre.



Lorenzo ROSSI

Capítulo 17

El papel con membrete de mi bufete de abogados en Milán estaba sobre mi mesa de jacarandá, perfectamente alineado con el borde del cristal. Era la copia oficial de la cláusula adicional del contrato. Aquella que firmé a regañadientes, bajo la amenaza de chantaje de una mujer de veinticuatro años que servía café de filtro.

Cláusula de convivencia posparto: Se estipula el derecho inalienable de la madre biológica a visitas regulares a los menores, según un calendario que se definirá...

Fijé la mirada en el párrafo hasta que las letras empezaron a difuminarse.

Visitas regulares. Fines de semana alternos. Días festivos compartidos.

Apreté la mano con tanta fuerza que me crujieron las articulaciones. La idea de Marina viniendo a mi ático como una invitada con cita previa, jugando con mis hijos en la alfombra del salón y, al final del domingo, cogiendo el bolso y marchándose... La imagen me provocó un rechazo físico casi nauseabundo.

¿Marcharse adónde? ¿Al Mercado Central? ¿A los brazos de ese imbécil de Beto con camisa a cuadros? ¿A un apartamento minúsculo en las afueras mientras yo me quedaba solo en mi mausoleo de mármol con los gemelos?

—Inaceptable —susurré a la sala vacía, cogiendo la hoja de papel y arrugándola con una violencia irracional, tirando la bola de celulosa a la papelera.

Mi mente de director general intentaba convencerme de que aquello no era más que celo por el patrimonio. Que compartir la influencia sobre los herederos de *Rossi Pelletteria* con el caótico ambiente del Mercado Central suponía un riesgo logístico. Pero la bestia primitiva que se había despertado en mi interior desde aquel domingo de frijoles tropeiros se burlaba de mi lógica.

No se trataba de logística. Se trataba de territorio.

Marina Costa era la madre de mis hijos. Llevaba mi sangre. La joven había profanado mi cocina, se había reído en mi cara y había hecho que mi ático pareciera un hogar. La idea de renunciar a ella cuando terminara el contrato era como la idea de arrancarme mi propio pulmón y esperar seguir respirando.

No quería visitas. Quería exclusividad. La quería todo el tiempo.

La puerta del despacho se abrió con el suave toque de Enrico.

—¿Señor Rossi? El equipo de sastrería y los diseñadores acaban de llegar de Italia. Están en la antesala. El baile de gala de invierno de la empresa es el próximo viernes, y tenemos que empezar las pruebas de vestuario de la señorita Costa inmediatamente, teniendo en cuenta... los cambios en sus medidas.

El Baile de Gala. El evento anual más importante de Rossi Pelletteria, donde las doce familias del consejo, los inversores internacionales y los medios de comunicación estarían presentes con todas las miradas puestas en mi vida personal. Sería nuestra primera aparición oficial como los «futuros padres» de la dinastía ante la cúpula directiva.

—Envíalos a la suite principal —ordené, levantándome y abrochándome la chaqueta—. Yo supervisaré el proceso.

Enrico parpadeó, sorprendido. —¿Supervisar la prueba del vestido de novia, señor? Por lo general, usted solo aprueba los bocetos por correo electrónico.

—Mi prometida no va a llevar un boceto genérico, Enrico. Está embarazada de gemelos. El consejo analizará cada milímetro de su postura. Quiero asegurarme de que el envoltorio refleje exactamente el valor de lo que hay dentro.

Cuando entré en la suite principal, un amplio espacio inundado por la luz de la mañana, Marina estaba de pie en el centro de una pasarela improvisada por los diseñadores. Llevaba solo un *vestido lencero* de seda color piel, lo suficientemente ajustado como para resaltar la redondez innegable de su barriga de cuatro meses.

Se me cortó la respiración.

El embarazo había transformado su cuerpo. Los pechos estaban más llenos, las caderas ligeramente más anchas, la piel irradiaba un brillo cálido. Era la imagen de la fertilidad y la vida, una diosa renacentista en medio de una sala de paredes blancas.

El diseñador jefe, un italiano delgado y extravagante llamado Giorgio, gesticulaba con una cinta métrica, mientras dos ayudantes sostenían muestras de tul y organza en tonos pastel de rosa y azul bebé.

—¡*Signore* Rossi! —exclamó Giorgio al verme entrar—. ¡Estábamos hablando de telas! Para una futura *mamma*, la organza

drapeada es perfecta. Disimula las nuevas proporciones y aporta un aura de angelicalidad, de pureza y...

—Giorgio —le corté la frase a mitad, con una voz tan aguda que hizo que los dos ayudantes dieran un paso atrás. Caminé hasta el podio, con la mirada fija solo en ella—. Mi mujer no es una *mamá* de anuncio de margarina. Y no va a vestirse como un algodón de azúcar solo porque esté embarazada.

Marina arqueó las cejas, cruzando los brazos a la defensiva sobre el pecho. Su respiración era un poco acelerada.

—Querían ponerme un vestido de gasa rosa con un lazo imperio gigante en la barriga, Lorenzo —murmuró, con la voz cargada de disgusto—. Parecía un tapón de gas disfrazado para una fiesta infantil.

Una media sonrisa se dibujó en mis labios. Me detuve justo frente al podio, mirando de abajo hacia arriba.

—*Rossi Pelletteria* ha construido un imperio sobre el cuero. Sobre la fuerza, la elegancia y la subversión —dije, volviéndome hacia Giorgio, que me miraba aterrorizado—. Quiero algo exclusivo. Trae el muestrario de pieles exóticas y cuero napa extra suave.

—¿Cuero? ¿Para un vestido de gala de embarazada? Mio Dio, Lorenzo, eso es... muy agresivo. ¡Demasiado sensual! ¡La alta sociedad espera delicadeza! —protestó el diseñador.

—La alta sociedad espera ver a la futura señora Rossi. Y la señora Rossi lleva lo que diseña su marido. —El título falso se me escapó de la boca con una facilidad aterradora, sonando perfectamente verdadero.

Me quité la chaqueta, la tiré sobre la cama y me arremangué la camisa. Arranqué el cuaderno de bocetos de las temblorosas manos de Giorgio.

Me acerqué a Marina. El espacio entre nosotros se redujo a la nada. Su fragancia natural, ese toque de jazmín mezclado con la

química cálida de la piel, embriagó mis sentidos.

—¿Puedo? —pregunté en un susurro, levantando la cinta métrica.

Ella tragó saliva. Sus ojos oscuros estaban muy abiertos, pero Marina asintió con un movimiento casi imperceptible.

Pasé la cinta alrededor de su cintura. Mis brazos envolvieron su cuerpo suave. Tuve que inclinarme, mi rostro rozando su cabello. El calor de su vientre, donde crecían mis hijos, rozó mi camisa. Cerré los ojos por un segundo, luchando contra el instinto primitivo de despedir a todo el equipo, cerrar la puerta con llave y besarla hasta que olvidara su propio nombre.

—Noventa y dos centímetros —dije con voz ronca, sin alejarme. Los asistentes tomaron nota frenéticamente.

Subí la cinta, siguiendo la línea que discurre bajo los pechos. Mis dedos rozaron la piel desnuda de su espalda, justo donde terminaba el *vestido lencero*. Ella dejó escapar un leve suspiro, y ese sonido me envió una descarga eléctrica directamente a la entrepierna.

—Escote en V profundo —ordené al equipo, con mi boca a milímetros del oído de Marina—. El cuero será de un tono *burdeos*. Oscuro. Como la sangre. Quiero que el corte se ajuste perfectamente al cuerpo hasta la línea de la cadera, celebrando el embarazo, no ocultándolo. La tela debe estar tratada con seda en el forro interior para no irritar su piel y debe tener una abertura lateral.

Giorgio parecía estar a punto de desmayarse.

—*Signore*, ¿un vestido de cuero burdeos, ceñido, con abertura y escote? El consejo no la verá como a una santa. La verán como a una… como a una diosa pagana.

Solté la cinta métrica y di un paso atrás, mirando a Marina. Estaba jadeando, con las mejillas sonrosadas y los labios entreabiertos. Marina no era una santa, sino una fuerza de la

naturaleza que había invadido mi imperio y había hecho llover en mis hojas de cálculo.

—Así es exactamente como deben ver a mi prometida —declaré, con un tono que desbordaba una posesividad innegociable —. Los consejeros la mirarán y sabrán que es mía.

Marina se estremeció. No supe si fue por miedo, rabia o deseo.

Pasé la siguiente hora decidiendo cómo sería el vestido. Cada toque estaba calculado, pero cargado de una tensión sexual tan densa que el aire acondicionado de la suite parecía incapaz de disiparla. No solo estaba diseñando un vestido; estaba moldeando a mi reina para la coronación.

Cuando por fin se despidió al equipo para que comenzaran a coser en el taller improvisado de la planta baja, Marina soltó el aire con fuerza y se desplomó sentada en el borde de la cama, tirando del albornoz hacia atrás para cubrirse el cuerpo.

—Estás loco —dijo, masajeándose las sienes—. Tus accionistas tradicionales me echarán a la hoguera por aparecer con un vestido de cuero ceñido. Bertolucci ya me odia.

Fui al mueble bar de la habitación y serví dos vasos de agua. Le entregué uno a ella y me apoyé en la cómoda.

—Bertolucci no tiene poder sobre tu vestuario, Marina. Él quiere debilidad. Un vestido de gasa rosa es una disculpa. Eres tú pidiendo permiso para existir en su mundo. —Di un sorbo de agua—. El cuero es una declaración de guerra. No estás ahí para pedir permiso, sino para demostrar que llevas contigo el futuro de la dinastía.

Ella me miró por encima del vaso de cristal. Sus ojos buscaban mi alma, tratando de descifrar el enigma en el que me había convertido.

—¿Por qué te importa tanto cómo me ven ellos? —susurró—. Yo soy un contrato, Lorenzo. Dentro de unos meses, el circo se acaba. Tú mantienes el cargo y yo vuelvo a la Banca do Costa.

Las palabras cayeron en la sala como fragmentos de cristal envenenado.

Volver a la Banca. El anexo. Las visitas...

Dejé mi copa sobre la cómoda con tanta fuerza que casi se rompió el cristal. Caminé hacia ella con pasos largos y pesados. Me detuve entre sus rodillas, obligándola a mirar hacia arriba.

Le sujeté la barbilla con el pulgar y el índice, sin fuerza, pero con absoluta firmeza.

—El contrato dice lo que va a pasar con los niños, Marina —mi voz salió como un gruñido grave, una vibración que apenas reconocía como mía—. No dice lo que va a pasar contigo.

Sus pupilas se dilataron. Su corazón latía tan fuerte que podía ver el pulso en la base de su garganta.

—¿Qué quieres decir? —tartamudeó, perdiendo por completo su postura de vendedora dura.

—Quiero decir que el consejo puede pensar lo que quiera. El mundo puede pensar lo que quiera —acercé mi rostro al de Marina hasta que nuestras narices casi se tocaron, con la respiración de uno alimentando al otro—. Pero quien decide dónde vas a estar después de que nazcan mis hijos soy yo. Y yo nunca, en toda mi vida, he devuelto algo que consideraba mío.

La mirada de Marina ardía de sorpresa y con una llama de desafío que me volvió loco. Abrió la boca para replicar, pero me aparté bruscamente, antes de que mandara toda mi contención al infierno y la tirara sobre esa cama.

—Descansa. El baile es el viernes —ordené, cogiendo mi chaqueta y dirigiéndome hacia la puerta.

Necesité tres horas de agotantes ejercicios en el gimnasio del edificio para quitarme el olor a jazmín y la forma de su cuerpo impregnados en mis manos.

Estaba rompiendo todas las reglas del distanciamiento. Lo sabía. Pero al sentir a los gemelos dar una patada, se rompió el último lazo de mi cordura corporativa. Marina Costa iría al baile del viernes vistiendo mi piel y mi sangre en las venas de nuestros hijos.

Me aseguraría de que ni mi consejo, ni siquiera la propia Marina, pudieran quitármela después.



Marina COSTA

Capítulo 18

El espejo de cuerpo entero de la suite principal reflejaba a una desconocida.

Estaba acostumbrada a verme con delantal, el pelo recogido a toda prisa y las uñas cortas manchadas con la grasa de los lácteos. Pero la mujer que me miraba ahora parecía haber sido forjada en el fuego y bañada en el lujo europeo.

El vestido que Lorenzo había mandado confeccionar no era una prenda; era una armadura de seducción y poder. El cuero extra suave, teñido en un profundo tono *burdeos*, se ceñía a mi cuerpo como una segunda piel. El forro de seda pura se deslizaba con una fluidez que desafiaba la pesadez del material exterior.

No ocultaba mi embarazo. Al contrario. El corte celebraba la curva redondeada y evidente de mi vientre de cuatro meses,

abrazándola con orgullo, antes de caer en una atrevida abertura lateral que subía hasta la mitad de mi muslo. El escote en «V» era profundo, peligroso, sostenido por una ingeniería invisible que solo un diseñador como Giorgio podría ejecutar.

Llevaba el pelo suelto, peinado con ondas marcadas que caían sobre mis hombros desnudos. Los maquilladores me habían difuminado los ojos con tonos negros y dorados, y me habían pintado los labios de un tono exacto de burdeos que combinaba con el color del vestido.

Parecía peligrosa y la dueña de todo el puto asunto.

La puerta de la suite se abrió con un suave clic.

Me giré, con los tacones negros que llevaba hundiéndose ligeramente en la alfombra persa. Lorenzo estaba de pie en el umbral.

Si yo pensaba que el vestido me hacía parecer imponente, Lorenzo con *su esmoquin* a medida era una visión capaz de provocar paros cardíacos. El negro absoluto de la tela contrastaba con la impecable camisa blanca y la pajarita perfectamente alineada. Llevaba el pelo oscuro peinado hacia atrás, pero un único mechón rebelde le caía sobre la frente. Desprendía dinero, poder y un magnetismo depredador y primitivo.

Sus ojos de ónix recorrieron mi cuerpo. El impacto de la visión pareció afectarle físicamente. Dejó de respirar durante un segundo largo y denso. La máscara del CEO imperturbable se resquebrajó, revelando al hombre posesivo y ardiente que me había besado en el restaurante.

Cerró la puerta y caminó hacia mí, con pasos lentos y los ojos ardientes fijos en cada curva moldeada por el cuero.

—Giorgio ha superado mis expectativas —su voz sonó tan ronca que pareció rasgar el silencio de la habitación—. Y yo exijo la perfección.

—Es… ajustado —murmuré, sintiendo cómo se me sonrojaban las mejillas—. Lorenzo, el consejo va a sufrir un infarto colectivo. Las embarazadas de la alta sociedad visten tonos pastel y se cubren las rodillas.

Se detuvo a menos de un palmo de distancia. El aroma cítrico y amaderado se apoderó de mis sentidos. Levantó la mano y, con el dorso del índice, tocó la piel expuesta de mi escote, justo por encima del borde del decolleté.

Un escalofrío violento me recorrió la espalda.

—Deja que les dé un infarto —susurró, con los ojos fijos en mi boca—. Ellos no dictarán las reglas sobre ti. Nadie lo hará. Esta noche, no eres solo mi prometida para los medios. Eres la reina de este imperio. Actúa como tal.

La intensidad de sus palabras hizo que los bebés dieran una patada débil contra la pared de mi útero, como si estuvieran de acuerdo. Respiré hondo, levantando la barbilla, sintiendo cómo el valor y la adrenalina se mezclaban con el miedo.

—Vamos a enseñarles lo que el Mercado Central tiene para ofrecer, *amore mio* —lo provoqué, utilizando el mismo tono irónico que él había usado semanas atrás.

Una sonrisa depredadora curvó sus labios. Lorenzo me ofreció el brazo.

—Con mucho gusto.

La llegada al salón de eventos de uno de los hoteles más lujosos de Belo Horizonte fue un espectáculo de histeria. El todoterreno blindado se detuvo en la alfombra roja. Cuando Lorenzo salió y me tendió la mano, los *flashes* estallaron en una tormenta de luz blanca.

El murmullo era ensordecedor. Los periodistas gritaban nuestros nombres. Lorenzo no saludó. Colocó la mano abierta con firmeza en mi espalda, justo donde terminaba el escote de la

espalda del vestido, y su piel caliente tocó la mía a través del cuero. Ese contacto no era solo una guía, sino una barrera posesiva entre mí y el resto del mundo.

Entramos en el gran salón. El ambiente apestaba a riqueza antigua. Lámparas de cristal macizo colgaban del techo, la orquesta tocaba música clásica suave y las mesas redondas acogían a la élite europea y de Minas.

El murmullo del salón se acalló en el preciso instante en que nos anunciaron.

Cientos de ojos se volvieron hacia nosotros. Vi cómo se les caían las mandíbulas. Vi a las mujeres ricas, con sus vestidos de seda pálida, abrir los ojos como platos ante mi piel color vino. Vi a Bertolucci, en la mesa de honor, apretar la copa de champán hasta que se le pusieron blancos los nudillos.

Estaba rompiendo todas las reglas no escritas de aquel lugar. Y, con Lorenzo a mi lado, desprendiendo una arrogancia protectora, me sentí invencible.

La primera hora fue un baile político y agotador. Lorenzo me presentó a accionistas, inversores árabes y directores de marca. Sonreí, sorbí agua con gas fingiendo que era champán y esquivé preguntas invasivas sobre nuestro «romance fulminante» con la misma agilidad con la que esquivaba los carritos de carga del señor Zé en el mercado.

Hasta que Lorenzo tuvo que ausentarse.

—El director general de la sede asiática está en la mesa cuatro. Tengo que saludarlo. Dos minutos —me susurró Lorenzo al oído. Me dio un beso ligero y prolongado en la sien, un gesto tan natural y cariñoso que me hizo perder el ritmo del corazón, y se alejó.

Me quedé cerca de la mesa de canapés. Respiré hondo, aliviando el peso de mis hombros.

—Así que la famosa Marina, vista de cerca, es así... atrevida.

Me di la vuelta. Tres mujeres estaban de pie a pocos pasos de mí. Parecían copias unas de otras: cabellos rubios perfectamente peinados, joyas con las que se podría pagar tres veces la deuda de mi padre y narices respingonas. La que estaba en el centro, con un vestido plateado, me miraba de arriba abajo con un desdén que rayaba en lo caricaturesco.

—Soy Helena Bertolucci —se presentó, confirmando mis sospechas. La hija del buitre canoso—. Y estas son mis amigas. Estábamos comentando su... elección de vestuario. Es bastante *pintoresco*.

—Cuero crudo. Para el baile de gala de la propia empresa. Es casi una ofensa para los tejidos nobles, ¿no crees? —La otra mujer se rió, cubriéndose la boca con la mano engalanada de anillos.

La sangre caliente de las venas de Santa Tereza hervía bajo el carísimo vestido. Levanté la barbilla y sonreí, el tipo de sonrisa letal que reservaba para los proveedores morosos.

—*Rossi Pelletteria* se fundó sobre el cuero, Helena. Si les repugna el producto que paga los diamantes de sus cuellos, quizá deberían invertir en empresas de algodón de azúcar —repliqué, con voz cristalina y serena.

El rostro de Helena se cerró en una máscara de furia contenida.

—Tienes la lengua muy afilada para alguien que salió de la nada —siseó, dando un paso adelante y bajando la voz—. Mi padre investigó sobre tu «curaduría gastronómica de terroir». No encontró ni un solo registro en el registro mercantil. Pero un pajarito nos contó que tu padre corta queso en el mercado central. Lorenzo siempre ha tenido debilidad por la caridad, pero ¿embarazar a la vendedora del mercado y ponerla en el escaparate de la empresa? Eso es un escándalo a punto de estallar.

Ella miró mi barriga.

—A ver cuánto tiempo aguanta Lorenzo el olor de los barrios bajos en su cama antes de pagarte para que te largues con esos niños.

Abrí la boca para destrozarla. Iba a montar un escándalo que la alta sociedad nunca olvidaría. Pero antes de que la primera palabra de odio saliera de mi garganta, una presencia oscura y maciza se materializó detrás de mí.

Un brazo fuerte me rodeó la cintura, empujando mi espalda con firmeza contra un pecho ancho y sólido. El olor de Lorenzo me envolvió.

La temperatura a su alrededor y la de sus amigas cayó en picado hasta bajo cero.

—Helena —la voz de Lorenzo no era alta. Era un susurro gutural y letal, del tipo que precede a una ejecución—. Veo que estás acaparando la atención de mi prometida.

La mujer tragó saliva, el desdén vacilando ante la fría furia que emanaba de él. —Lo-Lorenzo. Solo estábamos dando la bienvenida a Marina a nuestro círculo.

—Mi futura esposa no necesita tu bienvenida para entrar en un círculo que yo dirijo —dijo, como un yunque de hielo. La mano de Lorenzo en mi cintura se apretó posesivamente—. Pero ya que estamos siendo tan francos… te oí mencionar el término «caridad».

Helena se quedó blanca como el papel.

—Déjame ser absolutamente claro contigo y con tu padre, Helena —continuó Lorenzo, con los ojos negros fijos en la mujer aterrorizada—. Marina es la dueña de este imperio. Los herederos que lleva en su vientre son la garantía de que los Bertolucci nunca se sentarán en mi silla. Si oigo un solo susurro más sobre su origen… el patrocinio millonario de Rossi a su mediocre galería de arte se dará por terminado mañana a las ocho de la mañana. Y me encargaré de destruir su reputación en Europa antes del mediodía. ¿He sido claro?

Las tres mujeres parecían a punto de desmayarse. Helena asintió, incapaz de articular palabra, y retrocedió rápidamente, huyendo con sus amigas hacia su padre al otro lado del salón.

El silencio se apoderó de nosotros. El pecho de Lorenzo subía y bajaba contra mi espalda. Su furia era casi palpable, una energía bruta que me mareaba.

Me giré en sus brazos, mirando hacia arriba.

—No tenías por qué hacer eso. Sé defenderme de las serpientes de tacón alto.

—Sé que sabes —respondió él, con la voz aún vibrando por la ira no disipada. Levantó la mano y me tocó el perfil de la cara, acariciándome la mejilla con una fuerza contenida—. Pero no voy a permitir que nadie en esta sala le falte al respeto a la madre de mis hijos. Eres intocable.

La forma en que me miró, como si fuera la joya más preciada de su corona, y no solo un contrato firmado, derritió las últimas defensas lógicas de mi cerebro. La tensión que se había estado acumulando entre nosotros durante meses, alimentada por peleas, un falso compromiso y límites traspasados, alcanzó el punto de ebullición.

La orquesta del escenario principal comenzó a tocar un vals lento y arrastrado.

—Ven —ordenó, no como una petición, sino como un derecho.

Lorenzo me guió hasta el centro de la pista de baile, que ya estaba ocupada por algunas parejas importantes. Me giró para que quedara frente a él. Su mano izquierda tomó la mía, y la derecha se dirigió directamente a mi cintura, justo sobre el escote de la espalda, piel con piel.

El contacto físico me hizo contener la respiración.

Me atrajo hacia él, pegando mi vientre contra su abdomen rígido. Nuestros muslos se rozaban con cada paso lento de la música. No era un vals formal de la élite. Era un preludio.

Inclinó la cabeza, con los labios rozando mi oreja.

—Todo el mundo nos está mirando —susurró, con su aliento cálido provocándome escalofríos por todo el cuello. —Quieren ver a la pareja enamorada.

—Y nosotros somos actores profesionales, ¿no? —susurré a mi vez, cerrando los ojos y recostándome contra Lorenzo, embriagada por la cercanía, peligrosamente consciente de su cuerpo contra el mío.

—Ya no estoy actuando, Marina —la confesión fue un murmullo desesperado, ahogado por la música. La mano del italiano sobre mi piel se apretó, y sus largos dedos trazaron el inicio de mi columna, haciendo que mis rodillas flaquearan—. Lo que este vestido de cuero me está haciendo debería ser ilegal.

Abrí los ojos y lo miré fijamente. La fachada se derrumbó por completo. Sus ojos oscuros estaban consumidos por un deseo urgente, bruto y primitivo. Podía sentir su pecho subiendo y bajando rápidamente.

—Pues sácame de aquí —lo desafié, en un suspiro atrevido—. Antes de que armemos un escándalo mayor que el vestido en la pista de baile.

A Lorenzo se le tensó la mandíbula. No esperó a que terminara la canción, ni se despidió de Bertolucci ni de los inversores asiáticos.

Simplemente soltó mi mano, me rodeó los hombros con el brazo, pegándome a él con una fuerza posesiva y ciega, y me sacó del salón marchando hacia los ascensores privados del hotel.



Lorenzo ROSSI

Capítulo 19

El trayecto en el ascensor hasta la suite presidencial del hotel duró exactamente cuarenta segundos. Cuarenta segundos de un silencio tan denso que parecía robarle el oxígeno a la cabina de metal y espejos.

Marina estaba de pie en la esquina opuesta a la mía. Su pecho subía y bajaba rápidamente bajo el cuero color vino. No me miraba; solo fijaba la vista en los números brillantes de la pantalla, mordiéndose el labio inferior pintado de rojo, la abertura del vestido revelando la pierna desnuda con cada respiración temblorosa que daba.

Estaba al borde de un colapso. La sangre me rugía en los oídos, impulsada por la adrenalina del enfrentamiento con Helena Bertolucci y por el salvaje instinto territorial que se había apoderado de mí en el salón de fiestas. La imagen de los ojos del consejo

diseccionando el cuerpo de la madre de mis hijos había encendido un fuego que ninguna lógica corporativa sería capaz de apagar.

Las puertas se abrieron con un suave pitido.

No esperé. Le agarré la muñeca con firmeza, pero sin hacerle daño, y la empujé hacia el pasillo alfombrado.

—Lorenzo, ¿qué estás...? —comenzó ella, jadeando, tropezando ligeramente con los tacones mientras intentaba seguir mis zancadas largas.

—Cállate —ordené con voz gutural, que me rasgaba la garganta seca.

Pasé la tarjeta magnética por la doble puerta de madera de la suite. La luz verde parpadeó. Empujé la puerta, tiré de Marina hacia dentro y la cerré con el talón con tal fuerza que la madera tembló. El pestillo electrónico se bloqueó con un clic sordo.

Estábamos solos. En la oscuridad, iluminados únicamente por las luces de la ciudad que se colaban por los enormes ventanales del salón.

Le solté la muñeca, pero antes de que pudiera dar un paso atrás, avancé. Acorralé su cuerpo contra la sólida madera de la puerta. Puse las dos manos abiertas sobre la puerta, una a cada lado de su rostro, inmovilizándola allí.

Marina jadeó. Su barriga redondeada de cuatro meses rozó la tela de mi *esmoquin*. La mirada que me lanzó en la oscuridad era una mezcla de desafío, terror y un deseo que reflejaba el mío propio.

—¿Tienes la más mínima idea de lo que me hiciste ahí abajo? —susurré, inclinando el rostro hasta que la punta de mi nariz tocó la suya. El aroma a jazmín y sudor caliente embriagó mis sentidos.

—Solo... solo me estaba defendiendo —tartamudeó ella, la petulancia del Mercado Central fracasando estrepitosamente ante la proximidad. Su mano se elevó y quedó extendida en el centro de mi

pecho, sintiendo el ritmo enloquecido de mi corazón—. Me dijiste que actuara como la dueña del imperio.

—Y lo hiciste. Dioses, Marina, lo hiciste.

No pude aguantar más. Todo el autocontrol, los meses de distanciamiento calculado, la barrera del contrato, todo se convirtió en cenizas en el momento en que mi boca chocó contra la suya.

No fue un beso ensayado para *los paparazzi*. Fue una invasión.

Mis labios capturaron los suyos con un hambre feroz y desesperada. Marina soltó un sonido bajo, un gemido ahogado en la garganta, y abrió la boca para mí. Mi lengua invadió, tomando posesión, saboreando el vino dulce y el caro pintalabios que llevaba. Fue un beso punitivo, posesivo y crudo. La besé como un hombre que se moría de sed y por fin encontraba el oasis.

Su cuerpo se derritió contra la puerta. Sus manos se aferraron a las solapas de mi chaqueta, los dedos apretando la tela con fuerza antes de subir rápidamente hacia mi cuello, arañándome la nuca, tirándome del pelo.

Su respuesta fue la gota que colmó el vaso.

Deslicé una de mis manos por su hombro desnudo, sintiendo la irreal suavidad de su piel, hasta agarrar su cintura a través del cuero del vestido. La otra mano se dirigió a la hendidura de su muslo. El contacto directo con su pierna desnuda, cálida y suave bajo la seda del forro, me envió una descarga directa por la columna vertebral.

Le levanté el muslo, encajándolo en mi cadera, pegando su intimidad contra la dolorosa erección que latía contra la cremallera de mis pantalones.

Marina jadeó contra mi boca, echando la cabeza hacia atrás y dejando al descubierto su cuello.

Bajé mis besos por la línea de su mandíbula, mordisqueando ligeramente el lóbulo de su oreja antes de atacar la piel perfumada de su garganta.

—Lorenzo... —susurró mi nombre en un largo gemido, con el cuerpo temblando de deseo—. El contrato... no podemos...

—Que le den al contrato —gruñí contra la piel de su escote—. Que le den a la empresa. Que le den al consejo...

Llevé la mano a la espalda de Mariana. Conocía el diseño del vestido. Encontré la cremallera metálica invisible y la bajé con un movimiento rápido. El grueso cuero se abrió, liberando la presión, y la armadura *burdeos* se deslizó por sus hombros, cayendo en un lujoso charco a nuestros pies.

Se quedó solo con unas minúsculas braguitas de encaje negro, el vientre redondeado al descubierto en la penumbra de la habitación.

Di un paso atrás, respirando con dificultad, con la mirada recorriendo cada centímetro de Mariana. La belleza irreal, la fertilidad desbordante en su cuerpo modificado, los pechos turgentes, las caderas anchas. Ella era el caos en forma de mujer, portadora de mi linaje. Mi instinto no solo quería acostarme con ella; quería venerarla.

Caí de rodillas sobre la mullida alfombra de la habitación.

Mariana jadeó, sorprendida, llevándose las manos a la cara, rompiendo la fachada imperturbable que había intentado mantener.

—No, no te escondas —le pedí con voz ronca, apartándole las manos.

Me incliné hacia delante y presioné los labios contra el centro exacto de su vientre redondeado. La piel estaba ardiendo. Dejé allí un beso prolongado, en un acto de pura devoción hacia los gemelos y hacia la mujer que los albergaba, antes de bajar las manos para agarrarle las caderas.

Besé la línea del bikini, deslizando los labios por la piel sensible, sintiéndola temblar bajo mi tacto. Marina gimió, hundiendo los dedos en mi cabello perfectamente peinado, despeinándolo por completo.

Me levanté, mirándola fijamente. Me quité la chaqueta, la corbata de mariposa y los gemelos, tirándolo todo al suelo sin la más mínima ceremonia. Ella no esperó a que terminara. Sus pequeñas manos se abalanzaron sobre los botones de mi camisa, rasgando el algodón italiano en su desesperación por encontrar mi piel.

La levanté del suelo. Ella rodeó mi cintura con las piernas por instinto. La sujeté con firmeza por los muslos, con cuidado de no presionarle el vientre, y caminé a ciegas hasta el primer sofá que encontré en el salón.

La tumbé sobre el tapizado aterciopelado. Me quité los zapatos, los pantalones y todo lo que me separaba de ella.

Cuando me coloqué sobre su cuerpo, suspendido justo por encima de su vientre sagrado, la respiración de Marina era entrecortada. Sus ojos oscuros y llenos de vida brillaban en la penumbra, cargados de una entrega que derribó todas las defensas que me quedaban en el pecho.

—Lorenzo... por favor —suplicó, moviendo las caderas con impaciencia bajo las mías.

No la hice esperar. Deslicé las braguitas de encaje por sus piernas y, sujetándole las caderas con mis dos grandes manos, invadí su cuerpo con una embestida firme, profunda y arrolladora.

El calor húmedo y el apretón insano me arrancaron un gruñido animal. Cerré los ojos, echando la cabeza hacia atrás. Era mucho mejor de lo que mi mente lógica y pragmática había proyectado en aquellos meses de privación. Era la locura absoluta.

—*Dio...* —susurré en italiano, con la voz embargada de placer.

Empecé a moverme. El ritmo no era el de un ejecutivo metódico, sino el de un hombre sediento. El sonido de nuestra respiración, del choque de nuestros cuerpos contra el sofá mullido, era lo único que existía en el mundo. Me incliné hacia delante, apoyando el peso en los antebrazos para no aplastar a los gemelos, y busqué su boca de nuevo.

Marina me recibía con cada embestida. Clavó las uñas en mi espalda, arañándome la piel con fuerza, echando la cabeza hacia atrás contra el tapizado, dejando al descubierto su cuello.

—Eso... —jadeó, con las uñas rasgándome la línea de los hombros.

Aumenté la velocidad. La química entre nosotros era corrosiva. La castigaba por sus respuestas insolentes y la adoraba por el valor de desafiar al mundo por mí. Con cada embestida, me apoderaba de un pedazo del control que ella ejercía sobre mi cerebro, mientras cedía voluntariamente mi alma a cambio.

La habitación daba vueltas. Su olor impregnaba mis pulmones.

—Eres mía, Marina —le dije contra sus labios, marcando el ritmo, sintiendo cómo la pared interna de su cuerpo se contraía frenéticamente a mi alrededor—. Mi mujer.

—¡Lorenzo! —gritó mi nombre, cerrando los ojos con fuerza, arqueando el cuerpo bajo el mío. Su apretón se volvió convulsivo. Explotó en un orgasmo intenso, ahogándose en el aire, con la boca abierta, las uñas marcando mi carne como una firma.

Las contracciones de su orgasmo fueron el límite de mi resistencia.

Di dos embestidas finales, más bruscas, más desesperadas, y liberé mi propio clímax dentro de ella con un gemido ronco y gutural que me desgarró la garganta.

Me derrumbé junto a Marina en el amplio sofá, jadeando violentamente, cubierto por una fina capa de sudor. La atraje hacia mi pecho antes de que el calor se disipara. Marina acurrucó la cabeza en mi hombro, posando la mano inconscientemente sobre el corazón enloquecido de mi pecho. Su vientre redondeado estaba a salvo, calentito contra mi abdomen.

No hablamos. El peso de lo que acabábamos de hacer era demasiado grande para poder expresarlo con palabras.

El contrato exigía una gestante subrogada. El consejo exigía una farsa mediática.

Sin embargo, allí, en el silencio de la suite presidencial, el hombre de hielo se había derretido por completo, incendiado por la única mujer que demostró que el imperio de cuero de *Rossi* no valía nada frente al fuego del Mercado Central.



Marina COSTA

Capítulo 20

La luz del sol invadió la suite presidencial del hotel con la sutileza de un foco de interrogatorio.

Abrí los ojos lentamente. Estaba en la cama *king size* a la que, en algún momento de la madrugada, habíamos llegado tambaleándonos tras abandonar el sofá del salón. La sábana de mil hilos cubría mi cuerpo desnudo. Mi piel aún hormigueaba. El aroma de Lorenzo: amaderado, cítrico y ahora innegablemente masculino e íntimo, impregnaba las almohadas, la sábana y a mí.

Mi corazón dio un suave salto en el pecho. Una sonrisa tímida, casi asustada, amenazó con curvar mis labios.

Recordé su desesperación. La forma en que cayó de rodillas y besó mi vientre antes de poseerme por completo. El hombre de hielo se había derretido en mis manos, y la esperanza irresponsable y

peligrosa de que nuestro contrato se hubiera desvanecido se apoderó de mí.

Me giré en el colchón mullido, esperando encontrar su cuerpo cálido y dormido a mi lado.

El lado izquierdo de la cama estaba vacío y frío.

La sonrisa se me borró del rostro. Me senté rápidamente, tirando de la sábana para cubrirme los pechos.

La puerta que separaba el dormitorio del salón estaba entreabierta. Oí el sonido del hielo golpeando contra el cristal de un vaso. Me levanté, con el cuerpo ligeramente dolorido, en un delicioso y físico recuerdo de la noche anterior, me puse el albornoz de felpa del hotel que encontré en el sillón y caminé descalza hasta el salón.

La escena que me encontré me heló la sangre en las venas.

El vestido de cuero color vino, que ayer parecía una declaración de guerra apasionada, yacía tirado en un rincón de la alfombra persa como un trozo de basura.

Y cerca de la inmensa ventana de cristal, de espaldas a mí, estaba Lorenzo.

No estaba desaliñado. No parecía el hombre que se había arrancado los botones de su propia camisa unas horas antes. Enrico, el asistente milagroso e invisible, ya debía de haber pasado por allí. Lorenzo vestía un impecable traje azul marino, la corbata perfectamente anudada, el cabello oscuro peinado hacia atrás. La armadura del director general estaba completa e impenetrable.

Sostenía un vaso de agua con gas y limón, contemplando las vistas de Belo Horizonte como si estuviera calculando el valor inmobiliario de cada manzana.

Me abracé a mí misma, sintiendo un frío repentino que no provenía del aire acondicionado.

—Buenos días— mi voz sonó vacilante, rompiendo el silencio fúnebre de la suite.

No se giró de inmediato. Vi cómo se tensaban sus anchos hombros bajo la costosa tela de la chaqueta. Tragó saliva, con la mandíbula crispada, y luego se giró lentamente.

Sus ojos de ónix ya no albergaban el fuego de la noche anterior. Estaban vacíos, fríos y distantes.

—Enrico te ha traído ropa. Está en el lavabo del baño —dijo, con voz monótona y profesional, como si estuviera dictando el orden del día de una reunión del consejo—. El coche nos estará esperando en el aparcamiento subterráneo dentro de veinte minutos para evitar a la prensa en el vestíbulo.

Parpadeé un par de veces, tratando de asimilar el cambio tan brusco.

—Lorenzo... —Di un paso hacia él—. ¿Qué ha sido eso? Anoche...

Levantó la mano, con la palma abierta en el aire, interrumpiendo mi avance como si fuera un riesgo biológico.

—Anoche fue un grave error de cálculo, Marina —me cortó, con las palabras saliendo como afiladas piedras de hielo—. Estuvimos expuestos a un nivel altísimo de estrés en la sala. La presión de Bertolucci, las provocaciones de Helena, la adrenalina de la exposición pública. Todo eso generó una sobrecarga.

Se me hizo un nudo en el estómago. El aire pareció enrarecerse.

—¿Un error de cálculo?

Lorenzo apartó la mirada de mí y la fijó en un punto ciego de la pared detrás de mí. Estaba aterrorizado. Yo podía verlo. El hombre que lo controlaba todo había perdido el control, y la única forma que conocía de lidiar con ello era destruir lo que había causado el fallo en el sistema.

—Lo que ha pasado aquí no ha sido más que una descarga de tensión. Una respuesta fisiológica instintiva a la proximidad forzada por la situación —continuó, volviéndose más firme, más cruel, mientras se aferraba a su maldita lógica—. Eres una mujer atractiva, yo soy un hombre. La biología ha hablado más alto que el protocolo. Pero quiero dejar absolutamente claro que esto no cambia absolutamente nada en la logística de nuestro acuerdo.

Un zumbido ensordecedor comenzó en mi cabeza.

Esas palabras no fueron solo una bofetada en la cara. Fueron una puñalada en el estómago. Había cogido lo más crudo, bello y vulnerable que le había dado y lo había reducido a un «alivio fisiológico». A una descarga de adrenalina. *A un error...*

El dolor fue tan agudo que se me llenaron los ojos de lágrimas al instante. Quería gritar. Quería llorar, lanzarle ese vaso de cristal a su cabeza perfecta y preguntarle cómo podía mentir así después de cómo me había susurrado el nombre en la oscuridad.

Sin embargo, el instinto de supervivencia del Mercado Central fue más rápido que la tristeza.

Los gemelos *me* dieron una patada suave en el vientre, a modo de recordatorio. *Tengo que protegeros... y protegerme a mí misma de él.* Tragué el nudo de lágrimas punzantes que me oprimía la garganta. Si Lorenzo Rossi quería hielo, descubriría que el frío del Mercado cortaba mucho más hondo.

Enderecé la espalda. Levanté la barbilla y carraspeé, obligando a mi voz a salir con una apatía que me costó hasta la última gota de energía que me quedaba.

—Tiene toda la razón, señor Rossi —respondí, llamándole por su apellido. El uso del tratamiento formal pareció rozarle de pasada, pues sus ojos volvieron bruscamente hacia los míos—. Ha sido mucha tensión acumulada. Un fallo de seguridad en el protocolo. Ocurre en las mejores empresas, ¿no?

Lorenzo frunció el ceño, con su fachada de control vacilando por una milésima de segundo ante mi fría aceptación. Esperaba un escándalo. Esperaba que llorara.

—Marina... yo...

—No hace falta que te expliques más, el informe fue muy claro —lo interrumpí, lanzándole una sonrisa despectiva que me desgarró el alma—. Solo un consejo para tu próxima fusión corporativa: si solo fue una forma de aliviar el estrés, deberías invertir en una terapeuta, no en tu gestante subrogada.

La mandíbula de Lorenzo tembló. Dio un paso involuntario hacia mí, apretando la copa de cristal con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos.

—No te refieras a ti misma así —gruñó, en un tono peligrosamente bajo, con la ira asomando bajo la máscara de frialdad.

—¿Por qué no? Eso es exactamente lo que soy. Acabas de recordármelo —repliqué, dando un paso atrás y cruzando los brazos sobre la bata en actitud defensiva—. Lo de las visitas sigue en pie. Los bebés nacen, sonreímos a los fotógrafos y acabamos con este infierno. Pero hasta entonces, Lorenzo, vamos a establecer una nueva regla.

Apunté con el dedo índice hacia su pecho.

—No vuelvas a ponerme un dedo encima cuando no haya una cámara cerca. El «alivio del estrés» ha dejado de funcionar. De mí, el gran CEO no sacará ni un beso falso más, ni un suspiro más. Volvemos a empezar de cero.

Le di la espalda antes de que la primera lágrima pudiera escapar. Me dirigí al baño, cerré la pesada puerta de madera y la cerré con llave.

Apoyé las dos manos en el lavabo de mármol blanco y me miré en el espejo. El maquillaje difuminado estaba corrido, los labios

hinchados y la piel enrojecida. La evidencia física de una mujer que fue profundamente amada durante una madrugada y sumariamente descartada por la mañana.

Abrí el grifo al máximo para ahogar el sonido de mi propio llanto.

La guerra fría se había declarado oficialmente en el ático de los Rossi. Él me había herido donde más dolía. Sin embargo, me prometí a mí misma y a los dos pequeños corazones que latían dentro de mí que Lorenzo Rossi se atragantaría con su propio hielo antes de verme derrumbarme por él otra vez.



Marina COSTA

Capítulo 21

Había un nuevo tipo de silencio en el ático. No era el silencio estéril y concentrado de antes del contrato. Era un silencio agudo, denso, como la atmósfera antes de una tormenta eléctrica.

Habían pasado tres días desde aquella madrugada en la suite presidencial del hotel. Tres días desde que Lorenzo Rossi me había besado con desesperación para, horas después, descartarme como una «respuesta fisiológica» inoportuna.

Y yo cumplí mi promesa.

Me convertí en la empleada perfecta. Cuando nos cruzábamos en el pasillo, asentía y decía «Disculpe, señor Rossi». Cuando cenábamos, no replicaba a sus órdenes nutricionales, solo comía en silencio y pedía permiso para retirarme. La Marina caótica, que contrabandeaba queso y se peleaba por la pasta, había sido

encerrada bajo llave. Había levantado un muro de hielo que haría sentir frío al propio Lorenzo.

Y, para mi sombría satisfacción, aquello lo estaba volviendo loco.

Era martes por la mañana. Estaba en la isla de la cocina, bebiendo una taza de té de manzanilla (ya que el café me daba acidez) y leyendo un libro sobre el desarrollo de gemelos. Lorenzo estaba al otro lado de la encimera, mirando la pantalla de su portátil, pero podía sentir sus ojos clavados en mí cada treinta segundos.

Abrió la boca para hablar. Probablemente para criticar mi postura o mi té.

Pero antes de que saliera la primera sílaba, las puertas del ascensor privado del vestíbulo se abrieron con un pitido prolongado y urgente.

Enrico, el asistente que nunca perdía la compostura, prácticamente salió a trompicones de la cabina. Tenía el rostro lívido, los ojos muy abiertos tras las gafas de montura fina.

—¡Señor Rossi! —jadeó, apretando el maletín ejecutivo contra el pecho como un escudo—. Le juro que no me avisaron. La seguridad del vestíbulo intentó intervenir, pero... ¡amenazó con despedir al administrador del edificio!

Lorenzo frunció el ceño y cerró el portátil.

—Enrico, respira. ¿Quién amenazó con despedir al conserje?

El sonido de unos tacones de aguja golpeando con fuerza y precisión militar el suelo de mármol del pasillo resonó antes de que Enrico pudiera responder.

—¡*Il tuo sistema di sicurezza è uno scherzo*, Lorenzo! (¡Tu sistema de seguridad es una broma!) —una voz femenina, autoritaria e inconfundiblemente italiana cortó el aire del ático.

Lorenzo se quedó paralizado. Toda la sangre pareció desaparecer del rostro del gran CEO. Se levantó tan rápido que el taburete casi se volcó hacia atrás.

Una mujer de unos sesenta años entró en la cocina. Era la viva imagen de la aristocracia europea y del terror absoluto. Llevaba un *traje* de color crema, con un collar de perlas perfectamente alineado y unas gafas de sol gigantes que se quitó con un movimiento dramático. Sus ojos, los mismos ojos oscuros e implacables de Lorenzo, barrieron el ambiente con desdén.

Detrás de ella, el portero del edificio y un chófer sudaban frío, cargando tres maletas gigantes de Louis Vuitton.

—Mamma —Lorenzo se atragantó, como un niño al que han pillado robando caramelos, y no como el dueño de un imperio.

La formidable Giulia Rossi se detuvo en medio de la cocina.

—No me llames *mamma*, Lorenzo Rossi. ¡Tuve que enterarme por la prensa sensacionalista en mi peluquería de Milán de que mi único hijo está a punto de casarse con una desconocida y de que voy a ser abuela de gemelos! —Arrojó el bolso de Chanel sobre la isla de mármol con un golpe sordo. Su pronunciación del portugués era excelente, solo con ese acento cantarín que alargaba las consonantes, lo que la hacía aún más intimidante. —¡El consejo está en pánico y tú has desaparecido!

—Mamá, intentamos proteger la privacidad de Marina. El embarazo es de riesgo porque son gemelos... —Lorenzo intentó intervenir, recurriendo a su tono conciliador de ejecutivo.

La señora Rossi ignoró por completo a su hijo. Su radar letal finalmente se fijó en mí.

Estaba de pie, sosteniendo mi taza de té, vestida con unos leggings de embarazada y un jersey holgado. No era precisamente el traje de gala con el que me habían presentado a la alta sociedad de Minas Gerais la semana anterior.

Giulia se acercó a mí y se detuvo a un paso de distancia. El aroma de su carísimo perfume francés inundó el aire. Me miró de arriba abajo, deteniéndose en la evidente curva de mi barriga de cinco meses.

Levanté la barbilla. La regla número uno del Mercado Central era no mostrar nunca debilidad ante un proveedor difícil. Y tenía la sensación de que Giulia Rossi era la proveedora más implacable que había conocido jamás.

—Así que esta es la chica —dijo, dejando entrever una curiosidad gélida—. Marina Costa. La «curadora gastronómica» que no tiene ni un solo registro social antes de quedarse embarazada del heredero de Rossi Pelletteria. Eres mucho más joven de lo que sugieren las fotos. Y… común.

La palabra «corriente» sonó como un insulto.

Lorenzo dio un paso al frente, con su instinto protector entrando en conflicto con el pánico de su madre.

—Mamá, sé educada. Marina es mi prometida.

Dejé la taza en la encimera y le tendí la mano a la señora Rossi, forzando mi sonrisa de actriz perfectamente ensayada, aunque por dentro estuviera temblando.

—Es un placer conocerla, señora Rossi. Lorenzo me ha hablado mucho de usted. Sobre todo de su... presencia imponente —dije.

Giulia miró mi mano extendida durante tres segundos enteros antes de estrechársela ligeramente. Sus dedos estaban fríos.

—Una presencia impactante. Qué diplomático —murmuró, soltándome la mano. Se volvió hacia Lorenzo—. Exijo explicaciones, Lorenzo. ¿Gemelos? ¿Un compromiso en pleno Brasil? ¡Bertolucci está utilizando esto en tu contra en el consejo, diciendo que la chica es una fachada, una actriz contratada para salvar tu puesto dentro del plazo de los estatutos! ¿Qué es esto?

El silencio en la cocina se volvió tan denso que se podía cortar con un cuchillo de carnicero.

Lorenzo me miró. Había un pánico silencioso y una súplica urgente en esos ojos de ónix. La guerra fría tenía que suspenderse. Si Giulia sospechaba del contrato, Bertolucci ganaría. El imperio se derrumbaría.

Respiré hondo, dejando que la actriz tomara el mando.

Di la vuelta al mostrador y me acerqué a Lorenzo. Me detuve a su lado, deslizando mi brazo por su cintura y posando la mano en medio de su amplio pecho, justo sobre el corazón. Se estremeció ligeramente con mi tacto, con el cuerpo rígido como una tabla.

Apoyé la cabeza en su hombro y miré a Giulia con la mejor expresión de novia enamorada y protectora que pude conjurar.

—Lo que dice el señor Bertolucci es una crueldad, señora Rossi —mi voz sonó dulce y dolida—. No queríamos exponer nuestro amor antes de tiempo precisamente por culpa de ese tipo de veneno. Lorenzo quería protegerme del circo mediático. Fuimos descuidados con la seguridad en la clínica, es cierto. Pero lo que tenemos es real. Tan real como sus nietos latiendo aquí.

Deslicé mi mano desde el pecho de Lorenzo hasta mi propio vientre, el diamante de cinco quilates brillando absurdamente bajo las luces de la cocina.

Lorenzo captó la indirecta. Su brazo rodeó mis hombros, atrayéndome hacia él; el abrazo posesivo y cálido que había desterrado en los últimos tres días volvió con toda su fuerza.

—Marina es la mujer de mi vida, *mamma.* No me importa lo que digan Bertolucci o el consejo. La amo, y vamos a formar nuestra familia —dijo Lorenzo con voz firme, dejando que la mentira saliera con una fluidez aterradora.

Giulia entrecerró los ojos y cruzó los brazos. No parecía del todo convencida. Miró mi mano sobre mi vientre y luego el rostro de

Lorenzo.

—El amor es ciego, Lorenzo, pero el consejo no lo es —suspiró, frotándose las sienes—. Muy bien. He venido a verlo con mis propios ojos. La prensa italiana está enloquecida, y no voy a permitir que la reputación de nuestra familia sea tratada como una telenovela barata. Me voy a quedar aquí. Voy a observar ese «gran amor». Y si encuentro un solo fallo, Lorenzo, yo misma te quitaré la presidencia.

El apretón de Lorenzo en mi hombro fue casi doloroso.

—¿Quedarte aquí? ¿En el ático? —tartamudeó él—. Mamma, puedo reservarte la suite presidencial del Fasano. El apartamento no está preparado para alojar...

—¡No voy a viajar diecinueve horas desde Italia para dormir en un hotel, Lorenzo! —lo interrumpió ella con la mano en alto—. Me voy a quedar en casa de mi hijo y de mi futura nuera. ¿Dónde está la habitación de invitados?

—Está... está por ahí —respondió Lorenzo, con el pánico evidente en la voz.

Se me hizo un nudo en el estómago. Mi habitación. Donde estaban esparcidas mis maletas, la ropa sin marca, la jaula de Zeca y los tarros de dulce de leche de la tía Zezé.

—Perfecto. Enrico y los chicos pueden llevar mis cosas allí —anunció Giulia, dando media vuelta. Se detuvo en el umbral de la cocina y miró hacia atrás, lanzándonos una sonrisa de tiburón—. Supongo que los tortolitos enamorados compartirán la suite principal, ¿no? Ya que están formando una familia.

Lorenzo y yo nos miramos. El pánico en sus ojos reflejaba el mío.

No teníamos salida. En plena guerra fría, heridos y con los límites a punto de estallar, acabábamos de ganarnos una carcelera mucho peor que el contrato de confidencialidad.

—Claro, mamma —respondió Lorenzo, con una voz peligrosamente débil—. Compartimos la suite principal. Siempre.

Giulia sonrió y salió de la cocina.

En cuanto sus tacones se perdieron en el pasillo, me aparté de su cuerpo como si me hubiera tocado una plancha caliente.

—*Una reacción fisiológica inoportuna*, ¿no es así, señor Rossi? —susurré, chorreando ironía ácida, mientras me alejaba de él—. Buena suerte intentando dormir en la misma cama que tu «error de cálculo» mientras la señora Giulia decida acampar aquí. La cláusula no cubría actuar bajo las sábanas.

Lo dejé solo en medio de la cocina y me dirigí al pasillo para esconder el papagayo antes de que la matriarca italiana decidiera convertirlo en plato principal. La pesadilla no solo había empeorado; había adquirido maletas de Louis Vuitton.



Marina COSTA

Capítulo 22

La primera noche compartiendo la suite principal con Lorenzo fue un ejercicio de tortura psicológica.

Para mantener las apariencias, Enrico había trasladado mis cosas de la habitación de invitados al intocable reduto del director general. Su habitación era gigantesca, pero parecía haberse encogido. Lorenzo se ofreció a dormir en el sofá de cuero de la sala de lectura contigua, pero la Sra. Rossi tenía la aterradora costumbre de deambular por el ático a altas horas de la madrugada (como descubrimos cuando casi pilló a Lorenzo sacando su propia almohada).

¿El resultado? Dormimos en la misma cama *king size*. Cada uno en un extremo, separados por una trinchera invisible de

almohadas y por el abismo del orgullo herido. Me quedé despierta hasta las tres de la madrugada, escuchando su respiración pesada en la oscuridad, mi cuerpo traidor anhelando el calor que él me había negado en la «mañana de la negación».

Ahora eran las nueve de la mañana, y el comedor se había convertido en una sala de interrogatorios de la Gestapo.

Estábamos sentados a la mesa de cristal de diez plazas. La luz de la mañana se reflejaba en el juego de té de porcelana inglesa que Doña Carmen había sacado del fondo del armario. Lorenzo estaba a la cabecera, tenso como la cuerda de un violín. Yo estaba a su derecha. Y Giulia Rossi estaba a la izquierda, diseccionándome como si fuera un insecto bajo un microscopio.

—Bueno, Marina —comenzó Giulia, cortando un trozo de melón con precisión quirúrgica—. Enrico me ha proporcionado un dossier fascinante sobre ti. «Curadora gastronómica del *terroir*». Un título muy sonoro. Dime, ¿cuál es tu opinión sobre el impacto del suelo volcánico del sur de Italia en la maduración de los quesos de pasta dura?

Sentí cómo una gota de sudor frío me resbalaba por la nuca. Miré a Lorenzo. Él carraspeó, aflojándose la corbata que no llevaba puesta.

—Mamá, habíamos acordado que este no sería un desayuno de negocios. Marina está en el quinto mes de un embarazo gemelar, necesita tranquilidad.

—Estoy hablando con mi nuera, Lorenzo. No nos interrumpas —le espetó sin siquiera mirarlo. Los ojos penetrantes de Giulia se volvieron hacia mí—. ¿Y bien, *chico*?

Tragué saliva, mientras mi mente rebuscaba frenéticamente en el guion de veinte páginas que Enrico me había hecho memorizar.

—Bueno... el suelo volcánico, le... le confiere una mineralidad única, que... altera el pH de la leche y... y se refleja en la complejidad umami de la corteza —recité, con unas palabras que

sonaban tan robóticas y artificiales que hasta a mí me dieron ganas de poner los ojos en blanco.

Giulia dejó de masticar. Dejó caer el tenedor y el cuchillo de plata en el plato de porcelana con un ligero tintineo.

—*Ya basta* —dijo ella, con voz baja, pero peligrosa—. No he cruzado océanos para escuchar a una chica repetir un *comunicado de prensa* mal redactado por el departamento de Relaciones Públicas de mi hijo. ¿Crees que soy idiota?

—¡Mamma! —intervino Lorenzo, alzando la voz.

—¡Cállate, Lorenzo! —le gritó ella a su vez, dando un golpe con la mano abierta sobre la mesa—. ¡Mírala! No tiene el refinamiento de las escuelas suizas. Se sienta encorvada para protegerse la barriga. Y la respuesta que me ha dado la ha leído de un guion. Esta chica no es de nuestro mundo. ¿Qué estás ocultando? ¿Es una cazafortunas? ¿Una aventurera que ha montado el timo del embarazo y tú te has inventado este currículum ridículo para apaciguar al consejo?

La humillación me subió por el cuello como fuego.

Lorenzo se levantó bruscamente, la silla rozando ruidosamente contra el suelo de mármol. —Te has pasado de la raya. Exijo respeto en mi casa. Marina es...

—Basta —mi voz cortó el aire de la sala.

No fue un grito. Fue una orden tranquila, firme, sacada de lo más profundo de mis entrañas de mujer agotada.

Me levanté lentamente. El peso de mis cinco meses de embarazo de gemelos estaba pasando factura a mi espalda, las hormonas estaban a flor de piel y el teatro barato que estaba destruyendo mi cordura había llegado al límite.

—Siéntate, Lorenzo —dije, sin mirarlo. Clavé la mirada en los ojos gélidos de Giulia Rossi.

Para mi sorpresa y el absoluto asombro de Lorenzo, la matriarca italiana permaneció en silencio, intrigada ante mi cambio de actitud.

—Tiene toda la razón, señora Giulia —comencé, sin el tono afectado de una socialité—. No soy curadora de nada. Ese título es una mentira ridícula, inventada para que los señores del consejo de Lorenzo no se sintieran incómodos con la verdad. Y la verdad es que no sé lo que es el umami, y el único volcán que conozco es el que hacemos en medio del puré de patatas.

Lorenzo cerró los ojos con fuerza, como si esperara el apocalipsis.

—Soy vendedora de queso —declaré, levantando la barbilla—. Trabajo en el puesto de mi padre en el Mercado Central desde que tenía altura para alcanzar el mostrador. Corto mortadela, empaqueto dulce de leche y trato con camioneros y vendedores ambulantes a las cinco de la mañana. De ahí es de donde vengo. Del sudor, del trabajo duro y del ruido.

Giulia entrecerró los ojos.

—Entonces lo admites. Eres una oportunista de los suburbios que vio la oportunidad de hacerse con un multimillonario.

—No —repliqué, con los ojos brillando de rabia—. Soy la mujer que lleva en su vientre a los hijos de tu hijo.

El silencio en el comedor fue ensordecedor. Lorenzo me miraba como si estuviera viendo a un ser desconocido.

—¿Y si le digo una cosa? —continué, caminando hacia la cocina con paso firme—. Ese té inglés que toman sabe a agua de pozo. Y estoy harta de comer finas rodajas de fruta esperando sentirme saciada. Su hijo tiene el paladar atrofiado, señora Giulia, pero sus nietos no pasarán hambre mientras vivan conmigo.

Fui hasta la nevera y abrí el compartimento secreto que la señora Carmen me había ayudado a montar. Saqué el trozo de

auténtico queso Canastra que el señor Antonio me había traído el domingo, el tarro de dulce de leche de la tía Zezé, y cogí el café molido con cuerpo del Mercado.

En diez minutos, bajo la mirada perpleja de mi prometido millonario y de mi suegra aristócrata, el aroma fuerte, amaderado y cálido del café filtrado brasileño invadió el ático impecable y frío.

Puse una tabla de madera rústica sobre la mesa de cristal y corté generosos trozos del queso semicurado. Coloqué el tarro de dulce de leche en el centro con una cuchara normal. Serví el café humeante en una taza normal y la empujé hacia Giulia.

—Este es mi *terroir*, señora Rossi —dije, volviendo a sentarme en la silla, con el pecho subiendo y bajando por la adrenalina—. Pruébelo. Sin guion.

Giulia miró la tabla. Miró la taza de la que salía vapor. Y, muy lentamente, sus ojos se alzaron hacia mi rostro. Había una chispa allí.

Con una dignidad aterradora, la señora Rossi cogió un trozo de queso Canastra y se lo llevó a la boca. Masticó. Su expresión no cambió ni un milímetro. A continuación, cogió la taza por el platillo y dio un sorbo al café puro y denso.

Nadie en la sala se atrevía a respirar. Los gemelos me dieron una fuerte patada doble en las costillas, como si ellos también estuvieran nerviosos. Puse la mano sobre el vientre, un gesto puramente protector e instintivo, acariciando la curva.

La matriarca dejó la taza sobre la mesa. Se limpió la comisura de los labios con la servilleta de lino.

—Robusto. Un poco ácido en el final, pero con una personalidad... innegable —comentó sobre el café. Luego, fijó la mirada en mis manos sobre mi vientre—. Puede que no tenga la cuna de oro con la que soñé para los herederos de nuestro imperio, *signorina* Costa. Su currículum es un desastre y su audacia roza la insolencia... —Hizo una pausa, inclinando ligeramente la cabeza—.

Pero usted es una loba —declaró Giulia. Su tono carecía del veneno anterior. —La forma en que mira su propio vientre… la forma en que está dispuesta a desafiar a la mujer más poderosa en la vida de su prometido para no vivir una farsa que deshonra su origen. Una interesada no tendría ese valor. Una interesada se quedaría callada y sonreiría para conservar los diamantes en el dedo.

Miró de reojo a Lorenzo.

—Es una pesadilla inculta para los estándares de *Rossi Pelletteria*, Lorenzo —dijo su madre, y esta vez había un pequeño e imperceptible atisbo de aprobación—. Pero tiene la ferocidad de una matriarca italiana. Los bebés estarán a salvo con ella. Los Bertolucci serían devorados vivos si intentaran acercarse a la cuna de esos niños.

Parpadeé, con la conmoción paralizándome los nervios. Ella me estaba insultando y reconociéndome al mismo tiempo.

Lorenzo, que parecía haber olvidado cómo se respiraba en los últimos quince minutos, soltó el aire en un suspiro tembloroso.

—Sí, *mamma* —respondió él, con voz ronca, los ojos negros fijos en mí con una intensidad que reavivó el recuerdo de nuestra noche de amor en el sofá del hotel—. Tiene la ferocidad de una loba. Y es precisamente por eso por lo que la elegí.

Giulia Rossi asintió, satisfecha. Cogió la cuchara, la sumergió en el dulce de leche de la tía Zezé, puso una gota sobre otro trozo de queso Canastra y se lo llevó a la boca, cerrando los ojos brevemente.

—Dios mío, esto es pecaminoso —murmuró la matriarca, con su flema europea sucumbiendo ante el azúcar de Minas Gerais.

Sonreí, una sonrisa sincera y plena. La guerra contra el consejo aún estaba lejos de terminar. Pero me había ganado el respeto del general más temido del ejército enemigo. Y, por la forma en que el pecho de Lorenzo jadeaba mientras me observaba al otro

lado de la mesa, sabía que mi guerra particular contra el hombre de hielo estaba a punto de encenderse de nuevo.



Lorenzo ROSSI

Capítulo 23

Dos semanas. Hacía exactamente dos semanas que mi madre había instaurado un elegante reinado de terror en el ático, convirtiendo mi vida en un campo de minas.

Pero la verdadera tortura no eran las cenas en las que Giulia y Marina discutían sobre condimentos mientras a mí me ignoraban. La tortura comenzaba a las once de la noche, cuando se cerraban las puertas de la suite principal y nos quedábamos solos.

Una fila de almohadas de plumas de ganso separaba nuestros cuerpos, pero era absolutamente inútil contra el aroma a jazmín, el sonido de su respiración y el calor que irradiaba del lado izquierdo de la cama.

Estaba al borde de la locura. La falta de sueño estaba destruyendo mi razonamiento. Cada vez que cerraba los ojos, el

recuerdo de su sabor, de los arañazos en mi espalda y de los gemidos ahogados en el sofá del hotel invadía mi mente con la fuerza de un huracán. El recuerdo de la mirada gélida que me lanzó a la mañana siguiente, el odio justificado tras mi cobardía, era el clavo en mi ataúd.

Eran casi las dos de la madrugada. La habitación estaba sumida en la oscuridad, iluminada solo por los reflejos de las luces de Belo Horizonte que se colaban por las rendijas de la cortina.

Estaba tumbado boca arriba, con los ojos abiertos, mirando al techo.

Al otro lado de la trinchera, Marina se movió. Soltó un gemido bajo y ahogado, un sonido de puro malestar físico. Al entrar en el sexto mes de gestación, su barriga había dado un salto considerable. El peso de los gemelos estaba cambiando el centro de gravedad de su cuerpo de forma agresiva.

Se volvió de nuevo, jadeando en voz baja, con las manos buscando su propia espalda.

Se me encogió el corazón. La guerra fría y mi orgullo no significaban nada cuando ella sentía dolor.

Me senté en el colchón, empujando la almohada que nos separaba al suelo.

—¿Marina? —susurré.

Dejó de moverse y su cuerpo se tensó. —Estoy bien. Vuelva a dormir, señor Rossi. No quiero causar una «sobrecarga» en su sistema nervioso.

La amarga ironía en su voz fue un puñetazo en el estómago. Me lo merecía.

Ignoré su tono defensivo. Me arrastré por el colchón hasta su lado. Marina estaba tumbada de costado, encogida, sujetándose la base de la columna por encima del camisón de seda ligera.

—Déjame ayudarte —murmuré.

Antes de que pudiera protestar, me senté detrás de ella. Coloqué mis manos, grandes y cálidas, directamente sobre el lugar donde sus dedos intentaban en vano aliviar la tensión.

Marina contuvo la respiración, con todo el cuerpo temblando ante el contacto repentino. —Lorenzo, no hagas eso. No quiero tus favores contractuales...

—No es un favor. Y no tiene nada que ver con el contrato — mi voz sonó ronca, casi como una plegaria en la oscuridad de la habitación.

Empecé a masajearle la base de la columna. Utilicé la base de las palmas de mis manos, aplicando una presión firme, circular y constante sobre los músculos tensos. El cuero, las hojas de cálculo, la logística… mis manos, que solo servían para firmar despidos y contratos millonarios, habían encontrado allí su verdadero propósito, aliviando el dolor de la mujer que llevaba a mis hijos.

Poco a poco, su resistencia cedió. El agotamiento físico venció al dolor. Marina soltó un largo suspiro, relajándose contra mí. Su cabeza se inclinó ligeramente hacia atrás, apoyándose en mi pecho.

Continué el movimiento, con mis pulgares subiendo por la curva de su columna. La piel bajo la fina seda estaba caliente.

—¿Mejor? —pregunté, con la boca peligrosamente cerca de su oído.

—Sí... —susurró ella, con voz arrastrada, entumecida por el alivio y la somnolencia. Pero la mente del Mercado Central nunca dormía por completo. Giró la cara hacia mí, los ojos oscuros brillando en la penumbra, buscando los míos. —¿Por qué estás haciendo esto? Después de todo lo que me dijiste en aquel hotel... ¿por qué te has metido en la cama?

Detuve el masaje. Mis manos descansaron en su cintura, rozando con los dedos el borde de su vientre redondeado. El aire en

mis pulmones se volvió pesado. El CEO que había en mí gritaba que retrocediera, que diera una excusa médica sobre el bienestar de los fetos.

Pero el hombre que había pasado dos semanas agonizando en la oscuridad finalmente tomó el control.

—Porque mentí —confesé, rompiendo el silencio de la habitación.

Marina abrió ligeramente los ojos.

—¿Qué?

Acercé mi rostro al suyo, hasta que nuestras respiraciones se mezclaron.

—Mentí a la mañana siguiente, Marina. No fue una respuesta fisiológica. No fue un alivio de la tensión. Mentí porque cuando me desperté y sentí tu olor en mi almohada, me di cuenta de que habías derribado todas las defensas que me había llevado toda una vida construir. Me di cuenta de que tenías un poder absoluto sobre mí. Y eso me aterrorizó.

Ella tragó saliva. Su mano se alzó, temblorosa, y sus suaves dedos tocaron mi mandíbula tensa.

—Eres un cobarde, Lorenzo Rossi.

—Lo soy —admití sin dudar, cerrando los ojos ante su suave caricia, mientras el alivio de confesarlo por fin me purificaba el alma —. El mayor cobarde que jamás haya firmado un papel. Quería alejarte para protegerme del hecho de que ya no puedo respirar si no estás en la misma habitación.

Abrí los ojos. El escudo de ironía que ella utilizaba para protegerse de mí se había derrumbado, dejando al descubierto una vulnerabilidad tan hermosa que me oprimía la garganta.

Me incliné hacia delante y rozé sus labios con los míos.

No hubo violencia. No hubo desesperación. Fue un roce suave, una pregunta silenciosa pidiendo perdón.

Marina respondió deslizando la mano hacia mi nuca, atrayéndome hacia ella, abriendo los labios con un suspiro que sonó a rendición.

El beso se hizo más intenso, lento, cálido y absurdamente profundo. No había la urgencia de aquella noche en el hotel; había un hambre diferente, una necesidad de saborear con el tacto aquello que mi jodido orgullo aún luchaba por no verbalizar.

Me aparté unos milímetros de su boca. Con las manos temblorosas, tiré de los tirantes del camisón de seda, deslizando la tela por debajo de sus hombros, hasta la cintura.

En la penumbra, su cuerpo transformado parecía un cuadro sagrado. Los pechos más pesados, la piel brillante y la imponente curvatura del vientre de seis meses en el que dormían mis gemelos.

La miré, sintiendo una adoración que rayaba en el fanatismo.

Me apoyé en uno de los brazos, inclinándome sobre ella. Bajé la cara y rozé con los labios la piel de su escote, besando lentamente el camino hasta la protuberancia del vientre.

Marina jadeó, enredando los dedos en mi pelo, mientras yo extendía ambas manos a los lados de su vientre. Presioné los labios justo en el centro de la barriga, sintiendo la firmeza bajo la piel.

—*Siete il mio mondo* —susurré en italiano contra su piel caliente, con voz entrecortada. *Vosotros sois mi mundo.*

Una patada suave e inmediata golpeó mi mejilla. Sonreí contra su piel, con lágrimas picándome en el fondo de los ojos. Nunca me había sentido tan grande y, al mismo tiempo, tan rendido en toda mi vida.

Elevé mi cuerpo sobre el suyo, con extremo cuidado para sostener mi propio peso con los brazos y los codos, sin dejar que ni

un solo gramo la presionara. Me quité la camiseta y me deshice de cualquier barrera que aún quedara entre nosotros.

Cuando me coloqué entre sus piernas, los ojos de Marina estaban fijos en los míos. No había oscuridad que pudiera ocultar la conexión absoluta que se estaba formando allí.

La penetré lentamente, llenándola poco a poco.

Marina soltó un gemido largo y tembloroso, echando la cabeza hacia atrás sobre la almohada.

Empecé a moverme. El ritmo era lento, profundo y meticulosamente calculado para darle el máximo placer sin prisas. No era una conquista; era una veneración. Con cada embestida, la miraba a los ojos, deseando que Marina viera, en el fondo de mi iris oscuro, que el contrato ya no existía. Que ella no era una incubadora, ni un negocio, ni una farsa mediática. Ella era el centro de mi universo.

—Lorenzo...— susurraba ella, recorriendo mi espalda con las manos, sintiendo el sudor de mi piel, tirando de mí hacia abajo para besar mi cuello, mi mandíbula, mi boca.

El placer no fue una explosión aislada; fue una marea creciente que nos envolvió poco a poco. Era tan físico como emocional. Adoraba su cuerpo, adorando cada nueva curva, besando las marcas, venerando a la mujer que había cambiado su propia libertad para salvar a su padre y, en el proceso, acabó salvándome a mí también.

Cuando el clímax finalmente se acercó, no pude apartar la mirada de la suya. El rostro de Marina se contrajo en un dulce orgasmo, las paredes internas de su cuerpo me apretaron como una adicción. Ella gimió mi nombre entre lágrimas silenciosas de éxtasis.

Dejé que mi propia ola rompiera, descargando todo lo que tenía, todo lo que era, dentro de ella, con un largo suspiro que vació mis pulmones y sanó mi alma.

Me giré con cuidado hacia un lado, atrayéndola inmediatamente hacia mi pecho. Ella se acurrucó allí, apoyando su vientre contra mi costado, con las piernas entrelazadas. Tiré de la colcha para cubrirnos a los dos.

El silencio volvió a la habitación, pero la trinchera de almohadas yacía olvidada en el suelo de madera.

Me quedé acariciando su cabello castaño, sintiendo el olor a sudor y sexo mezclado con el perfume de Marina, sintiendo una paz que no sabía que era posible alcanzar.

Mi madre estaba en la habitación de al lado. El consejo seguía creyendo que solo teníamos un acuerdo de fachada. El mundo seguía creyendo que era marketing.

Pero allí, en la oscuridad de nuestra suite, yo sabía la verdad. La gestación subrogada había terminado. Nunca volvería a dejar que Marina Costa se marchara, aunque para ello tuviera que incendiar todo el imperio del cuero de *Rossi Pelletteria*.



Marina COSTA

Capítulo 24

La mañana comenzó con la frescura de un sueño de verano.

Cuando abrí los ojos, el lado derecho de la cama no estaba vacío y frío como en las semanas anteriores. Lorenzo seguía allí. Ya llevaba puestos los pantalones del traje oscuro y la camisa blanca de vestir, pero la corbata estaba tirada en el sillón y los botones del cuello estaban desabrochados. Estaba sentado en el borde del colchón, observándome dormir.

Cuando se dio cuenta de que estaba despierta, su rostro se suavizó en una sonrisa que nunca había visto. Era una sonrisa especial, desarmada, reservada solo para el espacio entre aquellas cuatro sábanas.

Se inclinó y depositó un beso largo y cálido en mi frente, luego bajó los labios para besar mi vientre a través de la sábana de

seda.

—Buenos días —susurró. Su voz grave y matutina me provocó un escalofrío que me recorrió la espalda, trayéndome de vuelta cada recuerdo incandescente de la noche anterior.

—Buenos días... —murmuré, todavía adormilada y feliz—. ¿Te vas a trabajar?

—Tengo una reunión con la dirección asiática. Es inaplazable —respondió, acariciándome la mejilla con el dorso de la mano, como si quisiera asegurarse de que era real—. Pero volveré para comer. Tenemos que hablar, Marina. Hablar de verdad. Sobre nosotros. Sobre el futuro.

Mi corazón dio un salto acrobático. *Sobre el futuro.* No sobre logística, ni sobre cláusulas contractuales.

—Estaré aquí —prometí, agarrándole la mano y besándole la palma.

Lorenzo me miró con una intensidad que casi me dejó sin aliento, asintió y se marchó.

La mañana transcurrió en una bruma dorada. Tomé café en la cocina, charlé con la señora Carmen y le di un trozo de papaya a Zeca, que hoy, milagrosamente, no insultó a nadie. La señora Rossi no había salido de la habitación de invitados. Supuse que la matriarca estaría lidiando con el cambio horario o programando masajes.

El reloj de pared marcó las doce y media. Oí el característico sonido de la puerta principal al abrirse y los pasos firmes de los zapatos de cuero de Lorenzo en el vestíbulo.

Sonreí, secándome las manos con el paño de cocina, y caminé por el largo pasillo de mármol hacia el salón para recibirlo.

Pero sus pasos no se dirigieron hacia mí. Se apresuraron hacia el despacho. Y, antes de que pudiera cruzar el pasillo, una voz estalló tras las pesadas puertas de roble.

—*¡Bugiardo!* (¡Mentiroso!)

La voz de la señora Rossi resonó en las paredes del ático, cargada de una furia histérica que nunca creí posible en una aristócrata europea.

Me quedé paralizado a mitad de camino. Mi instinto de supervivencia me gritaba que volviera a la cocina, pero mis pies se movieron hacia el despacho. La puerta de roble no estaba del todo cerrada; había una rendija de dos dedos.

Me acerqué, conteniendo la respiración, con el corazón latiendo ya a un ritmo de alerta roja.

A través de la rendija, vi la escena que destruiría mi vida.

La caja fuerte empotrada en la pared de caoba del despacho, aquella que se ocultaba tras el cuadro abstracto, estaba abierta de par en par. Lorenzo debía de haberla dejado sin cerrar en las prisas de la mañana, o tal vez en la neblina de nuestro amanecer.

Giulia Rossi estaba en el centro de la sala, temblando de odio. En una de las manos sostenía un maletín de cuero negro. En la otra, agitaba un montón de papeles con membrete del Banco Safira y del bufete de abogados de Milán.

—Mamá, baja eso —la voz de Lorenzo era baja, pero cargada de un pánico absoluto. Estaba a dos pasos de ella, con las manos en alto como si intentara desarmar a una terrorista.

—¡Seiscientos mil reales! —gritó Giulia, lanzándole el documento financiero al pecho a su hijo. Las hojas se esparcieron por el suelo de madera como hojas muertas. —¡Una cláusula de gestación subrogada! ¡Renuncia a la maternidad!

Apoyé el perfil de mi cara contra la madera fría de la puerta. El aire de mis pulmones se evaporó.

—Mamá, no lo entiendes... —Lorenzo intentó avanzar, pero ella retrocedió, levantando el contrato original como si fuera un arma.

—¿¡Qué es lo que no entiendo, Lorenzo?! ¿¡Que me hiciste volar hasta Brasil para montar una farsa barata? ¿¡Que mentiste a tu familia, al consejo y a la prensa?! —Su acento era marcado, atropellando las palabras en un portugués furioso—. ¡Bertolucci tenía razón! ¡Alquilaron el útero de una vendedora de queso de quinta categoría para no perder el puesto de CEO! ¡Compraron niños en un laboratorio como si estuvieran comprando materia prima para la fábrica!

—¡Era la única solución logística dentro del plazo que el abuelo dejó en los estatutos! —argumentó Lorenzo, con la desesperación haciéndole adoptar una postura defensiva y corporativa.

—¡Es un fraude! ¡Es un escándalo que hundirá las acciones de nuestra empresa en el fango! —replicó Giulia, con los ojos echando chispas. Se acercó a la mesa de jacarandá y cogió el teléfono fijo—. Voy a llamar a Bertolucci ahora mismo. Voy a convocar una reunión de emergencia del consejo. Es mejor que la sangre de los Rossi esté al mando de su mediocre primo que de un escándalo de este nivel.

—¡Mamá, no! —gritó Lorenzo, con el pánico apoderándose de sus rasgos. El imperio que había construido, el legado de su abuelo por el que había sacrificado toda su vida, estaba a una llamada de ser pulverizado. Corrió y le arrancó el teléfono de la mano, golpeándolo con fuerza contra la base.

Los dos se quedaron cara a cara, jadeando.

—¿Vas a tirar a la basura *Rossi Pelletteria* por un falso romance con una mujer de las afueras? —siseó ella—. ¿Vas a destruir nuestra dinastía por una *actriz* de pacotilla?

—¡No! —vocó Lorenzo, con la yuga del cuello palpitando. Acorralado, viendo cómo el trabajo de toda su vida estaba a punto de esfumarse, recurrió al único arma de defensa que conocía: la frialdad del CEO. Levantó las manos y gritó, y las palabras resonaron no solo en la oficina, sino en lo más profundo de mi alma.

—¡El contrato es blindado! ¡Bertolucci no puede probar nada si no ve estos papeles! ¡El romance es solo una estrategia de marketing para el consejo! ¡Esa mujer no significa nada para mí, mamma! ¡Es solo un negocio bien pagado para salvar los activos de la empresa!

Un zumbido sordo y continuo se apoderó de mis oídos.

Esa mujer no significa nada para mí. Solo es un negocio.

Di un paso atrás, tambaleándome. Mi tacón golpeó ligeramente el zócalo del pasillo, pero ninguno de los dos se dio cuenta por encima de los gritos que venían de dentro.

Un dolor agudo y nauseabundo me desgarró el pecho, tan violento que tuve que apoyar la mano en la pared para no desplomarme. El oxígeno se escapó de la habitación. Mi corazón, que hacía solo unos minutos latía desordenadamente por el amor y la esperanza, simplemente se rompió en mil pedazos microscópicos.

En esa misma milésima de segundo, los gemelos dieron una patada brutal y coordinada dentro de mí, como si el dolor hubiera atravesado la placenta y los hubiera alcanzado también.

Apoyé la otra mano en mi vientre.

Fui una idiota. Una chica estúpida y tonta que creyó que el príncipe de hielo se había convertido en humano porque hizo el amor conmigo en la oscuridad. Sin embargo, la luz del día siempre revelaba la verdad. Ante la primera amenaza real a su imperio, no dudó. Utilizó a mis hijos, me utilizó como escudo de carne y, cuando lo necesitó, me descartó con la misma facilidad con la que rompía una hoja de cálculo defectuosa.

Allí dentro, Giulia parecía haberse quedado sin palabras ante el grito desesperado de su hijo.

—¿Es solo un negocio? —preguntó ella, con la respiración entrecortada y la desconfianza aún latente.

—Es solo un negocio, mamma —repitió Lorenzo, con la voz un poco quebrada, la mentira cargada de una culpa que yo no quería ver, porque la culpa no cambiaba las palabras que él había elegido—. Los bebés nacen, la sucesión está garantizada y ella sale de nuestras vidas. Lo tengo todo bajo control.

Me alejé de la puerta de roble.

Mi llanto no hizo ruido. Las lágrimas solo rodaron silenciosas y calientes por mi rostro. Marina, la vendedora de quesos, explosiva y caótica, no gritó. No di una patada a la puerta. No irrumpí en el despacho para maldecirlos a los dos hasta la quinta generación.

La traición fue tan profunda que congeló mi ira, dejando solo un instinto primitivo y letal: huir. Salvar a mis crías del depredador.

Le di la espalda a la oficina. No había nada más que decir.

Caminé en silencio de vuelta a la suite principal. Cogí la maleta de lona verde oliva con la que había llegado. Dejé atrás los vestidos de seda orgánica, los pantalones de lino y los jerséis de *cachemira*. Metí en la maleta solo mis dos sudaderas viejas, mis vaqueros elásticos y las camisetas de grupos de música.

Cogí la jaula de Zeca y la cubrí rápidamente con el paño para que no hiciera ruido.

Antes de salir de la habitación, miré mi mano izquierda. El diamante de cinco quilates con montura de platino parecía burlarse de mí, reflejando la abundante luz que entraba por la ventana.

Me quité el anillo lentamente. El metal se deslizó por mi dedo frío, pesando toneladas.

Lo coloqué exactamente en el centro de la almohada de Lorenzo. Junto a él, dejé las dos tarjetas de crédito sin límite del Banco Safira. No quería ni un solo céntimo de aquel hombre.

Salí por la puerta de servicio, pasando sigilosamente por el vestíbulo sin que la señora Carmen me viera. Bajé por el

montacargas, con el olor a basura del edificio pareciéndome el oxígeno más puro que había respirado en meses.

Atravesé el garaje y salí a la calle, mezclándome con el tráfico y los peatones comunes de primera hora de la tarde. Estaba sola, cargando con la vida de dos niños, una jaula de pajaritos y el corazón destrozado.

Lorenzo Rossi podía quedarse con el control de todo su mundo.

Pero a mis hijos, ya no los controlaría.



Lorenzo ROSSI

Capítulo 25

El eco de mi propio grito aún resonaba en las paredes de caoba del despacho.

«Solo es un asunto de negocios. Esa mujer no significa nada para mí».

El sabor de esa mentira parecía ceniza volcánica en mi boca. Se me revolvió el estómago con una violencia casi física, pero mantuve la postura rígida, la mandíbula apretada y los ojos negros fijos en el rostro de mi madre. Era una táctica de supervivencia corporativa que me había enseñado mi abuelo: cuando el enemigo descubra tu debilidad, crea una cortina de humo tan densa que se vea obligado a retroceder.

Y funcionó.

Los hombros de Giulia Rossi se hundieron, la furia histérica se desinfló como un globo pinchado. La desconfianza en sus ojos dio paso a un alivio cínico y aristocrático. Soltó un largo suspiro, alisándose la falda de su *traje* de Armani.

—*Grazie a Dio*, Lorenzo —murmuró, caminando hacia uno de los sillones y sentándose con la elegancia recuperada—. Por un momento, realmente pensé que habías perdido la cabeza. Que te habías enamorado de una don nadie.

Cerré los ojos durante una milésima de segundo, con el dolor martilleándome las sienes.

—Los estatutos exigían un heredero, *mamma*. Encontré una opción viable. Eso es todo.

Ella asintió, cruzando las piernas, con su mente calculadora ya trabajando en el siguiente paso.

—Siendo así, tu plan tiene sentido estratégico. El coste económico es elevado, seiscientos mil reales es una barbaridad para alguien de esa clase, pero es calderilla comparado con las acciones que Giancarlo robaría. Mantendremos la farsa. La boda debe posponerse con alguna excusa médica hasta que nazcan los bebés.

Se miró las uñas, perfectamente cuidadas.

—En cuanto los niños estén a salvo en la maternidad, activaremos la cláusula de confidencialidad. Pagaremos unos cuantos millones más bajo mano, si ella amenaza con montar un escándalo, y la mandaremos de vuelta a ese ridículo mercadillo de donde salió. El consejo se tragará la historia de una «incompatibilidad irreconciliable» tras el parto. Te quedas con la custodia total. Perfecto.

El oxígeno dejó de fluir hacia mis pulmones.

Me quedé mirando a la mujer que me dio a luz. Giulia hablaba de arrancar a Marina de la vida de mis hijos, de borrarla de nuestra historia y devolverla a la misma miseria con la misma frialdad con la

que debatía el cambio de proveedores de cremalleras en la fábrica de Milán.

Enviarla de vuelta a ese ridículo mercadillo. La imagen de Marina, riendo con la cara manchada de harina, el calor de su piel contra la mía en la oscuridad, el sonido de los latidos dobles que oí en la clínica. La ferocidad con la que se enfrentó a mi madre para defenderse. La mujer que convirtió mi vida en un caos glorioso.

Y yo la había llamado «negocio» y la había rechazado para proteger una estúpida silla de cuero en una fría sala de reuniones.

Una repulsión absoluta, profunda y letal se apoderó de mí. Sin embargo, esta vez no era repulsión por el caos. Era repulsión por mi propio mundo. Por mi madre y, sobre todo, por mí mismo.

—¡No! —La palabra salió de mi boca incluso antes de que pudiera razonar.

Giulia arqueó las cejas, interrumpiendo su monólogo estratégico.

—¿No qué, Lorenzo? Tenemos que poner de acuerdo a los abogados antes de que...

—No habrá abogados. No habrá sobornos. Y no habrá separación. —Mi voz se hizo más grave, adquiriendo una autoridad gutural que hizo que mi madre parpadeara, atónita.

Me acerqué a mi escritorio y recogí los trozos del anexo que ella había tirado al suelo.

—Lorenzo, ¿de qué estás hablando? ¡Acabas de decir que ella es un negocio!

—¡Mentí! —rugí, tirando los papeles sobre la mesa con un estruendo—. ¡Te mentí, mamma! ¡Mentí porque soy un cobarde condicionado a proteger los intereses de *Rossi Pelletteria* por encima de mi propia vida! ¿Pero quieres saber la verdad? —Apoyé ambas manos en la mesa, inclinándome hacia ella, con los ojos en llamas. —La verdad es que mi empresa no vale ni un solo pelo de Marina. La

verdad es que la mujer a la que quieres «deshacerte» es la única razón por la que mi casa ya no es un depósito de cadáveres. Ella es la dueña de mis hijos y de mi alma, *mamma*. Y si Giancarlo quiere la presidencia, que se la quede. Al diablo con el consejo. Al diablo con el imperio.

Giulia se levantó, con el rostro pálido como la cera.

—Te has vuelto loca. Estás bajo algún tipo de hechizo tropical. ¿Tirarlo todo por la borda por una vendedora de quesos? ¡Tu abuelo se revolvería en su tumba!

—Pues que se revuelva —declaré con la frialdad absoluta de quien ha tomado una decisión. Me incorporé, ajustándome los puños de la camisa. La claridad que me invadió fue cegadora. El peso de treinta y cinco años de expectativas de una dinastía se desvaneció de mis hombros. —Tienes una hora, Giulia.

—¿Una hora para qué?

—Para que Enrico haga las maletas y te suba al primer vuelo privado de vuelta a Italia. Estás expulsada de mi casa.

Ella abrió la boca, pero no le salió ningún sonido. La conmoción de mi insubordinación la paralizó. La matriarca acababa de ser destronada.

No esperé a que reaccionara. Le di la espalda a mi madre y salí del despacho a zancadas.

Mi pecho estaba ligero, pero mi corazón latía tan rápido que sentía el sabor de la adrenalina. Tenía que ir a ver a Marina. Tenía que encontrar a mi mujer en la cocina, o en la terraza, abrazarla, pedirle perdón por cada estúpida regla de mi contrato y decirle que la guerra había terminado. Que habíamos ganado.

—¡Marina! —la llamé en cuanto pisé el pasillo.

El silencio del ático me respondió. No se oía la música de pagode que ella se empeñaba en poner a todo volumen en el móvil. No olía a comida.

Fui a la cocina. Doña Carmen estaba lavando las tazas de té, de espaldas a la puerta.

—Doña Carmen, ¿dónde está Marina?

La ama de llaves se giró, secándose las manos.

—No lo sé, señor Rossi. Pensé que estaría en la habitación, descansando. Ya sabe que los bebés duermen mucho después de comer.

Una punzada de ansiedad irracional se me clavó en la nuca.

Corrí por el pasillo hacia la suite principal. La puerta doble de madera estaba entreabierta.

—*Amore*, soy yo —dije, empujando la puerta y entrando en la habitación iluminada.

Me detuve.

La habitación estaba inmaculada. La cama perfectamente hecha, sin una sola arruga. Miré hacia el rincón junto a la ventana panorámica, donde la jaula gigante de Zeca siempre desentonaba con toda la decoración italiana moderna.

La percha estaba vacía.

Mi cerebro dio un fallo. Parpadeé rápidamente, adentrándome en la suite. La puerta del *vestidor* estaba abierta. Los percheros con las decenas de vestidos beige, prendas de seda orgánica y zapatos de marca que yo había comprado seguían intactos. Solo faltaba una cosa: la vieja maleta de lona verde oliva con la que ella había llegado.

—No, no, no... —murmuré, mientras el aire se escapaba de mis pulmones con la fuerza de un huracán.

Me giré bruscamente hacia la cama.

Fue entonces cuando lo vi.

Justo en el centro de mi almohada, en el mismo lugar donde había hundido mi rostro en su cuello la noche anterior, estaban alineadas las dos tarjetas de crédito ilimitadas del Banco Safira. Y encima de ellas, descansando como un epitafio sobre una tumba, estaba el anillo de diamantes y platino de cinco quilates.

Caminé hacia la cama con pasos que parecían pesar toneladas. Las piernas me fallaron. Caí de rodillas sobre el suelo blando, junto al colchón.

Extendí la mano, temblando como la de un enfermo, y cogí el anillo. El metal estaba helado.

Ella lo oyó.

La constatación me golpeó el cráneo con la violencia de un martillo. La puerta del despacho estaba abierta. Mis gritos tratando de contener a mi madre. Mi maldita mentira. Lo había oído todo. Escuchó al hombre que se declaró en la oscuridad de la cama reducirla a un activo financiero desechable a la luz del día.

No armó ningún escándalo. No intentó chantajearme con el anexo. No se llevó ni un solo centavo de mi fortuna ni un solo vestido comprado con mi dinero. La loba del Mercado Central no se rendía. Simplemente desapareció.

Apreté el anillo con tanta fuerza que el diamante puntiagudo se clavó y me desgarró la piel de la palma. El dolor físico no era nada comparado con la agonía desgarradora que me rasgaba las entrañas.

Eché a mi madre. Decidí tirar el imperio de cuero a los cerdos.

Pero llegué quince minutos tarde.

Incliné la cabeza contra el colchón vacío, con la respiración atascada en la garganta, hasta que el primer sollozo gutural, desgarrador e incontrolable, se escapó de mis labios. El gran Lorenzo Rossi, el temido CEO que nunca perdía, estaba tirado en el suelo de su propia habitación, llorando compulsivamente boca abajo

sobre una sábana que aún conservaba el aroma fantasma del jazmín.

Tenía los miles de millones, las acciones y el respeto del consejo. Pero lo único que importaba en todo el universo se había ido y se había llevado mi alma con ella.



Lorenzo ROSSI

Capítulo 26

El aire acondicionado de la sala principal de reuniones de la sede de *Rossi Pelletteria*, en el centro de Milán, siempre se mantenía a exactamente dieciocho grados centígrados. Mi abuelo decía que el frío mantenía el cerebro ágil y el corazón blindado contra el sentimentalismo.

Durante treinta y cinco años, le creí. Sin embargo, aquella grisácea mañana de martes, al mirar a los doce miembros del consejo sentados alrededor de la mesa elíptica de roble macizo, el frío de la sala no parecía más que una prolongación del vacío absoluto que se había instalado en mi pecho.

Dos meses...

Sesenta y tres días desde que Marina Costa huyó de mi ático llevándose mi corazón en su vieja maleta de lona.

Era el polvo de mi propia arrogancia. Había perdido cuatro kilos. Las profundas ojeras bajo mis ojos eran imposibles de ocultar, ni siquiera con trajes a medida de Savile Row. Enrico, de pie en un rincón de la sala como una estatua ansiosa, había cancelado la mitad de mis citas en las últimas semanas porque yo simplemente no podía concentrarme en los márgenes de beneficio cuando lo único que veía al cerrar los ojos era el rostro lloroso de su padre echándome con un machete en la mano.

En el extremo opuesto de la mesa, Roberto Bertolucci sonreía con la satisfacción de un buitre que por fin había visto tropezar a su presa.

—¿Y bien, Lorenzo? —preguntó Bertolucci, recostándose en la silla de cuero. Su voz resonó en la sala silenciosa—. Hemos escuchado tu informe trimestral. Las cifras en Asia son satisfactorias. Pero no hemos venido a Milán para hablar de las ventas de bolsos en Corea del Sur. Hemos venido a hablar del escándalo que está minando las acciones de nuestra empresa en la bolsa.

Crucé las manos sobre la mesa, manteniendo mi rostro paralizado en la máscara de piedra del director general.

—No hay ningún escándalo, Roberto. Solo son especulaciones mediáticas sin fundamento.

—¿Sin fundamento? —El hombre mayor soltó una risa áspera, tirando una carpeta con recortes de periódicos e impresiones de páginas web de cotilleos en el centro de la mesa—. Tu prometida ha desaparecido, Lorenzo. A la «futura señora Rossi» no se la ha visto en público desde hace ocho semanas. Los periódicos de Brasil están informando de que el gran romance no fue más que una farsa. Que el compromiso se ha roto. Peor aún: ¡hay rumores muy fuertes de que sobornaste a una mujer humilde para que diera a luz a los herederos exigidos por los estatutos y la has aislado!

Un murmullo nervioso recorrió a los ejecutivos alrededor de la mesa.

—Mi vida personal no está en la agenda, Roberto —repliqué, con una voz tan baja y peligrosa que los murmullos cesaron de inmediato.

—¡Lo está desde el momento en que la usaste para justificar tu permanencia en la presidencia! —bramó Bertolucci, dando un puñetazo sobre la mesa—. Los estatutos de tu abuelo son claros: el CEO global debe formar una familia y demostrar estabilidad moral y sucesoria. ¿Nos has traído a una chica, nos has dado un espectáculo en el baile de gala, y ahora desaparece? ¡Eso es un fraude moral, Lorenzo!

Bertolucci se levantó, señalándome con el dedo. —A menos que traigas a Marina Costa a Italia esta semana. A menos que demuestres al consejo y a la prensa que el matrimonio es real y que la madre de tus hijos está a tu lado... invocaré la Cláusula Siete de los estatutos. Solicitaré tu destitución inmediata por falta de decoro y cederé el puesto a Giancarlo.

En cualquier otro momento de mi vida, mi cerebro habría entrado en modo de guerra. Habría puesto en marcha al departamento jurídico. Habría falsificado documentos, emitido comunicados oficiales, destruido a Bertolucci con alguna prueba de malversación de fondos de la que tuviera conocimiento. Habría luchado hasta la muerte para proteger esa silla tapizada en cuero en la que estaba sentado.

Pero mientras miraba la sala, los retratos de mis antepasados en la pared, el lujo estéril de aquel imperio... el sonido del grito de mi propia voz resonó en mi mente, rompiendo el último lazo de mi cordura.

«Solo es un negocio. Esa mujer no significa nada para mí. Todo es para salvar los activos».

¿Para salvar eso? ¿Esa sala fría? ¿A esos hombres viejos y amargados a los que solo les importaban los dividendos?

Había cambiado a la mujer que preparaba café filtrado con sabor a vida, a aquella que traía dos corazones latiendo bajo mi sangre, a la chica caótica, hermosa y leal que me había besado en la oscuridad de mi suite… por una silla de cuero. Había destrozado su alma para proteger acciones en bolsa.

Una epifanía tan violenta y luminosa me golpeó que casi sentí ganas de reír. Una risa de puro y absoluto escarnio contra mí mismo.

No era un genio de los negocios. Era el hombre más estúpido del planeta.

Lentamente, descruce las manos. Abrí mi maletín de cuero negro que estaba sobre la mesa. El silencio en la sala se volvió ensordecedor, todos esperando mi próximo movimiento legal. El contraataque.

Saqué del maletín el montón de papeles con membrete. El contrato original de cesión de derechos de reproducción y el anexo financiero. Los mismos papeles que mi madre había tirado al suelo de mi despacho en Belo Horizonte.

Dejé el montón sobre la mesa.

—¿Quieres la verdad, Roberto? —pregunté, con voz desprovista de frialdad. Estaba tranquila, serena y en perfecta paz.

Empujé el contrato por el barniz de la mesa hasta que se detuvo frente al hombre canoso.

Bertolucci frunció el ceño al coger los papeles. Sus ojos recorrieron rápidamente el texto. Se le fue el color de la cara. Levantó la cabeza, atónito, mirando de mí a los abogados sentados a la mesa.

—Esto es... un contrato de gestación subrogada —susurró Bertolucci, con la victoria dando paso a una auténtica conmoción—. Has comprado la gestación. La chica brasileña no es más que una contratada. ¡Has cometido un delito contra la sucesión moral de Rossi, Lorenzo!

La sala estalló en caos. Los miembros del consejo comenzaron a hablar al unísono, indignados, presas del pánico.

No pestañeé. Me levanté de la silla, abrochándome la chaqueta del traje con una lentitud deliberada.

—Sí. Yo redacté ese contrato —afirmé, con mi voz elevándose por encima del alboroto, obligándolos a callarse y a escucharme—. Pensé que la familia, el legado y la dinastía podían resumirse en cláusulas y depósitos bancarios. Miré a Marina Costa y vi un contenedor para mis herederos.

Me pasé la mano por el pelo, arruinando el peinado impecable, dejando que el hombre de hielo se derritiera y se derrumbara ante el alto consejo europeo.

—Pero el contrato fracasó —declaré, con el pecho subiendo y bajando—. Fracasó en el momento en que ella entró en mi casa. Porque ella es mucho más importante que cualquier cláusula que pudieran redactar mis abogados.

Bertolucci dio un puñetazo sobre la mesa.

—¡Esto es inaceptable! ¡Exijo su destitución ahora mismo! ¡El consejo asumirá la dirección interina mañana y prepararemos la toma de posesión de Giancarlo! ¡No estás capacitado para dirigir Rossi Pelletteria, estás cegado por una aventura!

Caminé hasta el otro lado de la mesa. Me detuve frente a Roberto. Miré el contrato que tenía en las manos.

—¿Sabes una cosa, Roberto? —murmuré, inclinándome—. Tienes razón. No estoy capacitado. Porque este lugar me importa un comino.

Antes de que pudiera reaccionar, le arrebaté el contrato de las manos. Con un único movimiento violento y letal, rasgué el montón de papeles gruesos por la mitad.

El sonido del papel al romperse resonó como un disparo en la sala.

Los consejeros jadeaban. Enrico, en un rincón de la sala, dejó caer la carpeta al suelo.

Junté las dos mitades y volví a rasgar. Y otra vez más. Rasgué mi seguridad, mi coartada, mis reglas absurdas que destruyeron a la mujer que amaba. Arrojé los trozos rasgados al centro de la mesa, esparciéndolos como confeti fúnebre sobre la madera noble.

—Lorenzo... ¿qué has hecho? —susurró uno de los directores más mayores, en estado de conmoción—. Sin esos papeles, ella tiene plenos derechos... puede llevarse su herencia...

—La herencia es suya —respondí, enderezando la espalda. El aire volvió a mis pulmones. Por primera vez en diez años, respiraba sin la sombra de mi abuelo aplastándome el cuello. —La herencia. El dinero. Mi corazón. Renuncio.

La palabra quedó suspendida en el aire, fría y absoluta.

—¿Renuncia? —Bertolucci se atragantó.

—Renuncio al cargo de CEO global de Rossi Pelletteria, con efecto inmediato e irrevocable —anuncié, mirando la silla vacía a la cabecera que había sido mi trono de espinas—. Entrega la presidencia a Giancarlo, Roberto. Mi primo por fin lo ha conseguido. Quédate con las fábricas, con los procesos, con los bolsos de cuero y con las cenas de gala. Quédate con todo el puto imperio.

Di la espalda al consejo, perplejo, y me dirigí hacia la puerta de salida.

—¡Lorenzo! ¡No puedes hacer eso! ¡No puedes tirar por la borda treinta años de preparación por culpa de una chica brasileña! —gritó otro accionista, con voz chillona, tratando de asimilar la victoria que le había caído encima como una bomba de relojería.

Me detuve con la mano en el pomo de bronce. Giré la cabeza lo justo para mirarlos por última vez. Una sonrisa de alivio y pura audacia se dibujó en mi rostro cansado.

—Acabo de jugar —afirmé, girando el pomo.

Salí al pasillo alfombrado de rojo, con las puertas de la sala de reuniones cerrándose detrás de mí. Enrico vino corriendo, tropezando con sus propios pies.

—¡Señor! ¿Acaba de dimitir? ¡Toda la empresa se va a hundir! ¿Y los medios de comunicación? ¿Qué vamos a...?

—Enrico —interrumpí a mi asistente, sujetándole por los hombros para que dejara de hiperventilar—. Llama a los pilotos del jet. Diles que pongan en marcha el motor ahora mismo. Cancela el hotel. Cancela las reuniones.

—¿A-adónde vamos, señor? —tartamudeó Enrico, ajustándose las gafas torcidas.

Miré mi reloj de pulsera italiano de medio millón de dólares.

—Vamos a Belo Horizonte —ordené, con la urgencia bombeando adrenalina por mis venas muertas—. Atravesaré todo el Mercado Central de rodillas, si es necesario. Y no me importa si Antônio Costa me está esperando con una escopeta. Voy a volver a Brasil, Enrico, y voy a buscar a mi mujer.



Marina COSTA

Capítulo 27

El cielo de Belo Horizonte no solo se oscureció; se desplomó.

Era la típica tormenta de verano de Minas Gerais, de esas lluvias que se forman con rápida violencia al final de una tarde sofocante, transformando el día en noche en cuestión de minutos. El sonido del agua azotando el techo de zinc del Mercado Central era ensordecedor, ahogando el ruido del caótico tráfico de fuera y de los pocos puestos que aún se empeñaban en permanecer abiertos.

El reloj marcaba las seis de la tarde. Los pasillos laberínticos del mercado, normalmente llenos de turistas, amas de casa y vendedores gritando precios, estaban desiertos y sombríos.

Estaba sola en la Banca do Costa.

El señor Antônio se había marchado a toda prisa hacía media hora. La canaleta de nuestra casa en Santa Tereza no aguantaba

tormentas de esa magnitud sin inundar el salón, y yo, con mi barriga de treinta y dos semanas, le prohibí que me dejara ir con él a apartar los muebles. Beto también se había ido ya, corriendo para no perder el último autobús antes de que la Avenida Afonso Pena se inundara por completo.

—Tranquilo, papá. Solo voy a cerrar la caja y pedir un coche por la app. Cierro la reja y nos vemos allí —le había prometido, empujándolo hacia fuera.

Gran error.

Detrás del mostrador de cristal lleno de quesos y tarros de mermelada, contaba los billetes arrugados del día. Me temblaban un poco las manos y el sudor me resbalaba por la nuca bajo el pelo recogido en un moño suelto. El calor húmedo era insoportable.

Apoyé la frente en el cristal frío del escaparate por un segundo, cerrando los ojos.

Fue entonces cuando sentí el primer pinchazo.

No era el dolor continuo en la zona lumbar al que ya me había acostumbrado. Era un cólico sordo y agudo que comenzó en la parte baja del abdomen y se extendió hacia mi espalda como un cinturón de hierro que se apretara de golpe.

Me encogí, soltando el fajo de billetes de veinte reales, que se esparcieron por el suelo.

—Tranquila... tranquila, Marina. Solo son contracciones de entrenamiento. La doctora me lo dijo —murmuré para mí misma, con la respiración entrecortada. Apoyé las dos manos en la encimera y esperé.

Un minuto después, el dolor remitió, dejando solo un molesto latido. Exhalé aliviada, secándome el sudor de la frente con el dorso de la mano. El estrés me estaba pasando factura. Los últimos dos meses luchando contra el equipo de abogados de Lorenzo, el miedo constante a perder a mis hijos a manos de la maquinaria corporativa

europea, las noches sin dormir llorando por la falta de un hombre que me veía como un mero contrato... mi cuerpo estaba al límite del agotamiento.

Me agaché con dificultad para recoger el dinero del suelo.

Entonces, un trueno estalló con la fuerza de una bomba sobre el mercado.

Las luces de los pasillos parpadearon frenéticamente. El zumbido de los frigoríficos industriales a mi alrededor se apagó de golpe. La iluminación falló, sumiendo al Mercado Central en una penumbra aterradora, iluminada solo por los destellos esporádicos de los relámpagos allá afuera y por las débiles luces de emergencia del techo alto.

Me quedé a oscuras.

—¡Maldita sea! —exclamé, con la voz temblorosa por los nervios. Palpé a ciegas el cajón de la caja registradora, tratando de encontrar mi móvil para encender la linterna. Mis dedos tocaron la madera fría, la calculadora, el bloc de notas*... ¿dónde está el maldito móvil?*

Antes de que pudiera encontrarlo, me golpeó la segunda punzada.

Esto no fue un entrenamiento.

El dolor me desgarró el abdomen con una ferocidad que me dejó sin aliento. Las piernas me fallaron al instante. No me caí porque me agarré al borde de la encimera; los nudillos se me pusieron blancos, mientras un grito ahogado y desgarrador se escapaba por mi garganta.

Mi vientre se endureció como una piedra. Era una contracción de verdad. Fuerte, violenta y demasiado pronto.

—No, no, no... ahora no —supliqué entre lágrimas, mientras el pánico se apoderaba de mí con la misma velocidad que la

tormenta de fuera—. Sois muy pequeños todavía. Quedaos ahí. Por favor.

Dejé que mi espalda resbalara por los fríos azulejos de la pared detrás del mostrador hasta sentarme en el suelo de cemento, incapaz de mantenerme en pie. El dolor no remitió de inmediato esta vez. Se quedó ahí, ardiendo, apretando a los bebés contra mi suelo pélvico.

Estaba de ocho meses. Estaba oscuro. La calle de fuera estaba inundada, las aplicaciones de transporte seguramente ya tendrían la tarifa por las nubes y ningún conductor aceptaría un viaje al centro inundado. Mi padre estaba lejos.

Estaba completamente sola.

Llegó una tercera contracción, más cerca de la anterior. Abracé mi enorme barriga, mezclando las lágrimas calientes con el sudor de mi rostro. El terror paralizante de perder a mis hijos allí, en el suelo sucio del puesto de quesos, me consumió.

—¡Socorro! —intenté gritar, pero mi voz salió como un gemido débil, fácilmente ahogado por el ruido ensordecedor de la lluvia en el tejado—. ¡¿Hay alguien ahí?! ¡Papá!

Acurrucada en el suelo, jadeando en la oscuridad, luché contra el dolor y la desesperación. Intenté arrastrarme hacia arriba, para alcanzar el móvil, pero una nueva oleada de dolor me golpeó. Era implacable.

La loba del Mercado Central, que se había enfrentado a la aristocracia europea y a su propio corazón roto con la cabeza bien alta, estaba destrozada. Mi castillo de naipes ya se había derrumbado; en ese momento, las trincheras se derrumbaban sobre mí.

Cerré los ojos con fuerza, con el dolor nublándome la mente, y, en un momento de absoluta e irracional debilidad, el único nombre que susurraron mis labios temblorosos no fue el de mi padre, ni el de la abogada, ni el de Dios.

Fue el suyo...

—Lorenzo... —sollocé en la oscuridad, echándole tanto de menos como dolían las contracciones que amenazaban con traer a nuestros hijos al mundo demasiado pronto.

El ruido de la lluvia seguía cayendo, ahogando mis lágrimas, y me preparé para enfrentarme sola a la mayor pesadilla de mi vida.

El ruido de la lluvia seguía cayendo, ahogando mis lágrimas, y me preparé para enfrentarme sola a la peor pesadilla de mi vida.

O, al menos, eso creía yo.

Un estruendo metálico cortó el sonido continuo de la tormenta allá afuera. El ruido de una reja que se forzaba en la entrada del pasillo. A continuación, pasos. Rápidos, pesados, salpicando agua y resonando por el suelo de cemento del mercado desierto.

Contuve la respiración. Un haz de luz tembloroso barrió las estanterías del puesto de enfrente, rasgando la oscuridad absoluta.

Mi corazón dio un vuelco cuando la luz atravesó el escaparate de cristal de la Librería de Costa y, en un rápido destello, iluminó el suelo inmundo donde yo estaba acurrucada.

—¡Marina!

La voz resonó en la penumbra. Ronca, jadeante, rebosante de una desesperación visceral y cargada de ese ligero acento arrastrado que acechaba mis madrugadas.

El aire volvió a mis pulmones en un sollozo. El hombre de hielo acababa de irrumpir en la tormenta y ya no estaba sola.



Lorenzo ROSSI

Capítulo 28

Ya he cerrado fusiones multimillonarias con inversores rusos que ponían armas sobre la mesa de reuniones. He revertido quiebras en cuarenta y ocho horas con la precisión de un cirujano. Pero absolutamente nada, en toda mi vida, me preparó para el terror paralizante de ver a la mujer que amo retorcerse de dolor en el suelo de un mercado inundado, a punto de dar a luz a nuestros hijos con casi dos meses de antelación.

—¿Puedes caminar? —le pregunté, con la voz temblorosa mientras la ayudaba a ponerse de pie, sosteniendo su peso casi por completo contra mi cuerpo.

—No —gimió Marina, con el rostro pálido escondido en mi cuello, agarrándose a mi chaqueta—. Me duele mucho, Lorenzo. Me duele demasiado.

No esperé a que protestara de nuevo. Le pasé un brazo por debajo de las rodillas y el otro por la espalda, y la levanté del suelo. Pesaba mucho, y su enorme vientre me dificultaba mantener el equilibrio, pero la adrenalina que corría por mis venas me daría fuerzas para cargar un camión.

Corrí con ella por los pasillos oscuros del Mercado Central, dando patadas a cajas de cartón y esquivando charcos.

—¡Mi coche está en Afonso Pena! ¡Todo está bloqueado! —grité para que me oyeran por encima del ruido de la tormenta.

—Muelle cuatro... —jadeó Marina, señalando con la mano temblorosa hacia la zona de carga y descarga en la parte trasera del mercado—. Mi coche está ahí. Hay una rampa que da a la calle de atrás. La llave está en el bolsillo de mi chaqueta.

Llegamos al muelle cubierto. La lluvia caía como una cortina gris ahí fuera, pero la zona estaba protegida y allí estaba. El vehículo de huida de mi familia.

Me detuve, atónito.

No era un todoterreno. No era una berlina blindada. Era un viejo Fiat Uno Mille, de color plateado (o algo que en su día fue plateado), con una escalera de aluminio atada al techo con cuerdas de nailon.

—Me estás tomando el pelo —murmuré, en estado de conmoción.

—¡Es mi coche! ¡Sube ya a la puta carroza, Lorenzo! —gritó ella, mientras otra contracción la golpeaba con fuerza.

Desbloqueé la puerta torcida, acomodé a Marina en el asiento del copiloto con el mayor cuidado posible, recliné el respaldo y tiré mi chaqueta mojada en el asiento trasero. Corrí hacia el lado del conductor y me subí.

El coche olía a queso curado, gasolina y polvo mojado. Metí la llave en el contacto. El motor carraspeó, se atragantó y finalmente

arrancó con un ruido de hormigonera asmática.

Pisé el acelerador. El motor rugió, pero el coche no se movió del sitio.

—¡Lorenzo, ¿qué estás haciendo?! —gritó Marina, agarrándose al salpicadero de plástico agrietado.

Bajé la vista. Había tres pedales. Tres. Y una palanca de cambios que parecía un trozo de tubo de PVC.

Mi cerebro dio un error crítico. Solo había conducido coches automáticos de lujo durante quince años. Y, antes de eso, los coches deportivos de mi abuelo en Italia.

—¡¿Esta chatarra no tiene cambio automático?! —grité, presa del pánico.

—¡Es un Uno del 98, maldito pijo de mierda! ¡El embrague! ¡Pisa el pedal de la izquierda a fondo y tira de la palanca hacia ti y hacia arriba! —gritó ella, con los dientes apretados y las lágrimas resbalando por su rostro sudoroso—. ¡Date prisa o voy a dar a luz en el asiento del copiloto!

Pisé el pedal izquierdo. Metí la primera marcha con tanta fuerza que pensé que la palanca se iba a romper. Pisé el acelerador y solté el embrague de golpe.

El Uno dio una violenta sacudida hacia delante, el motor «chirrió» y el coche se caló.

Di un golpe con ambas manos en el volante de plástico. —*¡Cazzo!* ¿Qué clase de máquina medieval es esta?!

—¡Tranquilo con el embrague! —me indicó ella, con la voz quebrada en un largo gemido de dolor—. Ay, Dios mío... están bajando...

Volví a girar la llave. Respiré hondo, concentrando toda mi capacidad mental en coordinar mis pies, calzados con unos zapatos

italianos destrozados. Aceleré suavemente y solté el embrague poco a poco.

El Uno Mille arrancó.

Los siguientes diez minutos fueron la escena más humillante, caótica y aterradora de mi vida. Conducía el Uno como un piloto de carreras enloquecido. Ignoramos los semáforos, subimos a las aceras para esquivar tramos inundados, las delgadas ruedas del coche patinaban y se hundían en los charcos del centro de Belo Horizonte. El coche no tenía dirección asistida; yo usaba la fuerza de mis brazos para girar el volante duro, con mis músculos protestando bajo la camisa empapada.

Y, durante todo el trayecto, mi mano derecha sujetaba la de Marina con firmeza de acero, mientras ella me aplastaba los dedos con cada contracción.

—Ya estamos llegando. Te juro por Dios que estamos llegando, mi amor —repetía sin parar, con la mirada clavada en la carretera.

Cuando por fin divisé la fachada iluminada del hospital materno, no busqué el aparcamiento. Subí con el Uno Mille literalmente por la acera de la recepción principal, haciendo chirriar los neumáticos, bloqueando la entrada de las ambulancias y deteniéndome a centímetros de las puertas automáticas.

Apagué el motor, empujé la puerta abollada y salí gritando.

—¡Socorro! ¡Médicos! ¡Mi mujer está de parto! —Mi voz de CEO retumbó en el vestíbulo, exigiendo obediencia inmediata.

El caos organizado del hospital tomó el control. Los enfermeros corrieron con una camilla. La sacaron del coche. No le solté la mano ni un solo segundo. Corrimos por los pasillos blancos; el extraño contraste entre el italiano con el traje empapado y la embarazada llorando dejó a todos atónitos.

—Disculpe, tiene que quedarse en la sala de espera... —Una enfermera intentó detenerme en las puertas del quirófano.

Me detuve en seco, con mi instinto protector rozando la locura.

—Soy Lorenzo Rossi. Esta mujer lleva a mis hijos en el vientre. Pago el sueldo del director de este hospital si es necesario, pero si intenta cerrarme esa puerta en las narices, juro que derribo este edificio ladrillo a ladrillo.

La enfermera abrió mucho los ojos.

—Déjalo entrar —gritó el médico de guardia desde dentro, mientras evaluaba a Marina—. La dilatación es completa, pero son gemelos prematuros de treinta y dos semanas y uno de ellos está en posición transversal. ¡Preparen el quirófano! ¡Cesárea de urgencia! ¡Ahora!



Marina COSTA

Capítulo 29

Todo olía a antiséptico y brillaba bajo la fría luz de los focos.

Tenía el cuerpo entumecido de la cintura para abajo por la anestesia, pero mi pecho aún subía y bajaba con pánico. El paño quirúrgico verde estaba levantado a la altura de mi pecho, impidiéndome ver lo que ocurría al otro lado.

Pero no necesitaba ver la cirugía. Lo único que importaba estaba sentada a mi lado, con un ridículo gorro azul, una mascarilla y un delantal quirúrgico sobre la camisa blanca y sucia.

Lorenzo sostenía mi rostro entre sus grandes manos. Su pulgar acariciaba mi mejilla sin cesar. El hombre de hielo ya no existía. Sus ojos oscuros estaban enrojecidos, llenos de lágrimas contenidas, el pánico de perder a sus hijos y de perderme a mí reflejado en cada arruga de tensión de su rostro perfecto.

—Son muy pequeños, Lorenzo —murmuré, con la voz pastosa por los medicamentos—. Y si...

—Llevan tu sangre, Marina. Son lobos del Mercado Central —susurró cerca de mi oído, con la voz entrecortada, apoyando su frente contra la mía—. Lucharán. Y nosotros lucharemos con ellos. Estoy aquí. Nunca más me alejaré de tu lado.

El sonido de los instrumentos quirúrgicos metálicos golpeándose resonó en la sala.

Y entonces, el mundo se detuvo.

El primer sonido cortó el aire gélido del quirófano. No fue un llanto débil. Fue un grito agudo, escandaloso, estridente.

—¡Un niño! —anunció el médico desde detrás de la cortina verde—. ¡Ha nacido el llorón número uno! ¡Y los pulmones están estupendos para las treinta y dos semanas!

Mi pecho estalló y un sollozo de puro alivio escapó de mis labios. Lorenzo cerró los ojos, las lágrimas que había estado conteniendo finalmente cayeron, mojando la mascarilla quirúrgica, con los hombros sacudiéndose por la fuerza de la emoción.

Me besó la frente frenéticamente.

Menos de dos minutos después, un segundo llanto —más agudo, pero igual de furioso por haber sido sacado del calor—inundó la sala.

—¡Niña! —gritó la pediatra, sonriendo—. ¡Perfectos! ¡Pequeños, pero absolutamente perfectos!

Las enfermeras trajeron los dos paquetitos envueltos en sábanas estériles. No podían quedarse con nosotros; tendrían que ir a las incubadoras de la UCI Neonatal debido a su prematuridad. Pero las enfermeras sabían que la madre y el padre necesitaban al menos diez segundos.

Acercaron a los bebés a mi cara.

Eran diminutos. Rojos, arrugados, llorando a pleno pulmón. La niña tenía un vello oscuro en la cabeza, idéntico al de su padre. El niño tenía mis rasgos.

Lorenzo tocó la carita del niño con la yema del dedo índice, temblando, como si tocara el objeto más frágil y precioso del universo. Los miró a ellos y, a continuación, a mí. El amor que irradiaba de sus ojos negros era tan absoluto, tan devoto, que curó cada cicatriz que nuestro maldito contrato había causado.

—Nuestros hijos... —susurró, con una voz que apenas se oía.

El agotamiento físico, el alivio y la anestesia finalmente comenzaron a arrastrarme hacia la oscuridad del sueño.

—Duerme, *amore* —dijo Lorenzo, besándome los labios por encima de mi propia mascarilla de oxígeno—. Me voy con ellos a la UCI. Cuando te despiertes, los tres te estaremos esperando.

Cerré los ojos, arrullada por la promesa más sincera que el ex-CEO había hecho jamás.

***

Horas más tarde, la sala de recuperación estaba en silencio e iluminada por la luz amarilla de la lámpara de noche.

Abrí los ojos lentamente. Mi padre dormía desgarbado en un sillón en la esquina y, junto a mi cama, sosteniéndome la mano con sus dos manos, estaba Lorenzo.

Se había cambiado la ropa sucia y ahora llevaba una camisa negra limpia, pero sus ojos aún reflejaban el agotamiento de la batalla que habíamos ganado.

Cuando se dio cuenta de que estaba despierta, sonrió. Una sonrisa que le llegaba hasta los ojos y que iluminaba las sombras de la habitación.

—¿Están bien? —fue lo primero que pregunté.

—Están perfectos. Llorando y dando trabajo a las enfermeras de guardia, tal y como predijo su abuelo. Estarán en las incubadoras unas semanas solo para ganar peso, pero no corren peligro —respondió con voz suave, acariciándome los dedos.

Dejé escapar un largo suspiro de alivio. Le apreté la mano a mi vez.

Nos quedamos mirándonos en silencio. Sin contratos. Sin farsa para los medios. Sin consejo.

—He dimitido —confesó, dejándome boquiabierta.

—¿Has dimitido? —pregunté, aún sin poder creer que el hombre que lo controlaba todo hubiera elegido quedarse sin nada.

La mirada de Lorenzo se volvió seria. Se llevó mi mano a los labios y besó los nudillos de mis dedos.

—Bertolucci ya debe de estar descorchando champán en mi despacho. La prensa ya debe de haber filtrado que el hombre de hielo se ha vuelto loco, ha abandonado la corona en medio de la reunión y ha huido. Ya no tengo el puesto, Marina.

Hizo una pausa, con los ojos oscuros brillando con intensidad.

—Pero tengo mucho dinero. Suficiente para comprar todo ese Mercado Central, mandar reformar el Uno Mille y garantizar que nuestros hijos nunca sepan lo que es una deuda en el banco —dijo, con un atisbo de esa vieja arrogancia que me encantaba, pero suavizada por una hermosa vulnerabilidad.

Metió la mano libre en el bolsillo de sus pantalones negros y sacó de allí algo que yo conocía bien.

La cajita de terciopelo negro con el anillo. El mismo que yo había dejado sobre su almohada hacía dos meses.

Mi corazón dejó de latir.

Lorenzo abrió la caja, revelando el absurdo diamante de cinco quilates con tallado esmeralda. No miró el anillo. Me miró

directamente al alma.

—Yo fui el artífice de todas tus pesadillas. Creé un contrato que te privó de tu libertad, te hice llorar, te rechacé y te mentí para protegerme —dijo, con palabras cargadas de arrepentimiento—. No te merezco, Marina Costa. No me merezco la familia que me has dado hoy.

Deslizó lentamente el anillo fuera del terciopelo.

—Pero soy un hombre de negocios despiadado. Y cuando encuentro el negocio de mi vida, no lo suelto. Y me niego a vivir ni un solo día más en este planeta si no es a tu lado.

Lorenzo se levantó de la silla y, en un gesto que desafiaba todo el orgullo aristocrático que un día poseyó, se arrodilló en el suelo de linóleo blanco de la habitación del hospital, justo al lado de mi cama.

—He roto nuestro contrato —dijo, con la voz entrecortada, levantando el anillo hacia mi mano izquierda—. A partir de hoy, Marina, la única firma tuya que exijo, la única cláusula que me importa... es la que figurará en nuestro certificado de matrimonio. De verdad. Para toda la vida. ¿Te casas conmigo?

Me reí, con las lágrimas resbalando libremente por mi rostro, y lloré al mismo tiempo.

Miré al hombre de hielo derretido a mis pies. El hombre que se peleaba por unos fideos, que se enfrentaba a su propia madre, que conducía un Fiat Uno en medio de una inundación para no dejar sola a la madre de sus hijos.

—Con separación de bienes —susurré, con la voz temblorosa por la emoción, pero sin perder el sentido del humor—. Porque la Banca do Costa es mía y no confío en un ex-CEO en bancarrota.

Lorenzo soltó una risa grave y sincera, una carcajada hermosa y llena de alivio que hizo que mi padre se despertara sobresaltado en el sillón de la esquina.

—Acepto sus condiciones, *signora* Rossi —murmuró, con los ojos rebosantes de amor.

Deslizó el pesado diamante por mi dedo y, cuando sus labios sellaron la promesa en mi boca, supe que la farsa había muerto por fin. Y en su lugar nació la familia más caótica, auténtica e indestructible que el imperio del cuero jamás se atrevería a soñar con tener.



Marina COSTA

Epílogo

Tres años después

El silencio absoluto solía ser mi religión.

Recordaba el ático de Lourdes con una claridad casi fantasmal: las paredes blancas, las esculturas de metal frío, la ausencia total de colores o sonidos impredecibles. En aquella época, creía que la paz solo existía en el control perfecto del entorno.

Era un idiota.

—¡Joder! ¿Dónde está el queso?! ¡Idiota!

La voz chillona del loro Zeca resonó por el pasillo soleado de nuestra casa en Pampulha, mezclando el dialecto del Mercado Central con el italiano fluido que había aprendido escuchándome maldecir durante las madrugadas.

Sonreí, quitándome las gafas de lectura y recostándome en la silla de cuero de mi *despacho*.

Nuestra nueva casa no tenía nada de minimalista. Era una mansión con un jardín gigantesco, césped de verdad, una piscina que siempre estaba llena de flotadores de colores y paredes que lucían marcos con fotos que ninguna revista de negocios compraría jamás.

Rossi Pelletteria ahora estaba dirigida por mi primo Giancarlo bajo el férreo control de Bertolucci, y las acciones habían caído un diez por ciento desde mi salida, pero ya no me mantenía al tanto. Vendí mi parte, dejé que la junta directiva se matara entre sí en la gélida sala de reuniones de Milán y fundé mi propia marca de *diseño* independiente. Sin accionistas. Sin estatutos. Sin trajes beige obligatorios. Diseñaba piezas exclusivas de cuero aquí mismo, con vistas al jardín, mientras el mundo exterior pagaba fortunas por entrar en la lista de espera de mis productos.

Pero la verdadera emperatriz de los negocios de la familia era mi mujer.

La Banca do Costa ya no era solo un puesto. Con el instinto feroz del Mercado Central y el capital que me empeñé en invertir, Marina había transformado el negocio en el Empório Costa. La cadena suministraba lácteos artesanales, dulces y productos brasileños con sello local a los mejores restaurantes del país. Ella trabajaba en vaqueros, con el pelo recogido en un moño, y seguía riéndose a carcajadas con los proveedores.

Me levanté de la silla, pisando descalzo la mullida alfombra de la oficina. Un chasquido de plástico rompió el silencio de mi espacio de trabajo.

Levanté el pie. Acababa de pisar un bloque de Lego rojo.

—¡Matteo! —grité, con una severidad fingida, frotándome la planta del pie.

Pequeños pasos rápidos resonaron en el suelo de madera del pasillo, seguidos de una risa aguda. Un pequeño torbellino de tres años, con el pelo oscuro e indomable como el de su madre y mis ojos negros, se deslizó hasta la puerta del despacho, vestido solo con un pañal y una capa de superhéroe de Batman.

—¡No fui yo, *papá*! ¡Fue Sofía! —gritó Matteo, utilizando la excusa universal de los gemelos con su voz entrecortada.

Justo detrás de él apareció Sofía. Era más pequeña, pero tenía la personalidad mandona de su abuela Giulia mezclada con la terquedad absurda de su madre. Llevaba un vestido amarillo manchado de mermelada y sujetaba una muñeca por la pierna.

—¡Mentira! ¡Él fue quien lo tiró! —acusó Sofía, señalando con su dedito regordete a su hermano antes de correr hacia mí y agarrarse a mi pierna—. ¡*Papá*, en brazos!

Me agaché, ignorando el dolor en el pie y las normas sobre no entrar en el despacho con comida, y cogí a los dos en brazos a la vez. Su peso era el ancla que me mantenía pegado al suelo. Olían a talco de bebé y a fresas.

—Los dos estáis equivocados. La regla es clara: no se juega con Lego en el territorio de papá —dije, besando a cada uno en la mejilla hasta hacerles reír a carcajadas.

—¿Discutiendo cláusulas territoriales con terroristas de tres años un domingo por la mañana, señor Rossi? Ha habido negociaciones en las que se le ha dado mejor.

Me giré hacia la puerta.

Marina estaba apoyada en el marco de la puerta. Llevaba puesta una camisa blanca mía, que le quedaba enorme, resbalándose por uno de los hombros, con el pelo suelto en una cascada castaña y los pies descalzos. La luz del sol de la mañana la iluminaba de espaldas, dándole un aura casi celestial. Tres años y un matrimonio de verdad después, seguía siendo la mujer más hermosa, caótica y letal que había conocido jamás.

—Me han vencido por cansancio, *amore* —confesé, bajando a los gemelos al suelo—. Id al jardín, los dos. El abuelo Antonio acaba de llegar con los panes de queso.

Matteo y Sofía gritaron «¡Abuelo!» al unísono y salieron corriendo por el pasillo, casi atropellando al loro que graznaba en el salón.

Me acerqué a mi mujer. El brillo de sus ojos oscuros era diferente hoy. Había una chispa de picardía en ellos, una sonrisa contenida que jugaba en sus labios perfectamente dibujados.

Pasé los brazos por su cintura, atrayéndola hacia mí. Su cuerpo encajó en el mío con la perfección de siempre.

—Buenos días —susurré, tomando sus labios en un beso lento y profundo que sabía a café, el que acababa de preparar.

—Buenos días —murmuró contra mi boca, con las manos subiendo hacia mi nuca para jugar con el pelo corto de mi nuca—. He dejado las cuentas mensuales del Emporio en la isla de la cocina para que las revises, ya que el gran genio de las finanzas se niega a contratar a un contable.

—Me gusta ocuparme de lo que es nuestro. Y el margen de beneficio de tus quesos Canastra ha subido un catorce por ciento este trimestre. Estoy orgulloso de mi loba.

Marina soltó una risita, apoyando la frente en mi pecho.

—Me alegro de que hayan subido los beneficios, Lorenzo. Porque nuestros gastos domésticos van a aumentar exponencialmente el año que viene.

La afirmación hizo que mi mente analítica se detuviera por un segundo.

—¿Gastos domésticos? ¿Quieres reformar el jardín otra vez?

Ella dio un paso atrás, con los ojos brillantes de pura emoción y las mejillas sonrosadas. Sacó la mano del bolsillo de la camisa

blanca que llevaba puesta y levantó un pequeño objeto de plástico blanco.

Una prueba de embarazo.

Con dos líneas rosas intensas marcadas en la pantalla.

El aire se me escapó de los pulmones. El corazón, el mismo que hace tres años creía que estaba hecho de hielo impenetrable, dejó de latir durante un segundo entero antes de volver a latir a un ritmo frenético y ensordecedor.

Miré de la prueba a su rostro, y luego a mi vientre plano bajo la camisa.

—Marina... —mi voz no pasó de ser un suspiro entrecortado, la emoción bruta atascándose en mi garganta. Mis manos comenzaron a temblar.

—Sin abogados. Sin cláusulas contractuales. Sin presiones del consejo y sin transferencias bancarias millonarias —susurró ella, con lágrimas de felicidad desbordándose en sus ojos y resbalando por su radiante sonrisa—. Esta vez, Lorenzo Rossi, el heredero, ha sido concebido gratis. Completamente gratis. Por puro amor.

Bajé la cabeza, cubriéndome el rostro con las manos por un momento para contener el sollozo que me desgarraba el pecho. Cuando levanté la vista, mi mujer estaba allí, sonriendo al ejecutivo llorón al que había domesticado.

Le rodeé el rostro con ambas manos, pegando mis labios a los suyos en un beso que era mi rendición absoluta y eterna.

Perdí la presidencia. Rompí los estatutos multimillonarios y abandoné la dinastía del cuero en Europa.

Sin embargo, mientras hacía girar a mi mujer en el aire en medio del despacho de nuestra casa, escuchando su risa mezclarse con los gritos de los niños en el patio, tuve la certeza más lúcida de mi vida.

El imperio de *Rossi Pelletteria* podía dominar el mundo entero. Pero yo era, con diferencia, el hombre más rico del planeta.

FIN

Agradecimientos

Antes que nada, doy gracias a Dios.

A Él le corresponde todo el honor, toda la gloria y todo el mérito por este nuevo libro. Gracias por permitirme vivir de lo que amo, por poner historias en mi corazón, por darme fuerzas en los días agotadores y por seguir haciendo realidad sueños que, muchas veces, nacieron pequeños dentro de mí, pero que Él siempre vio más grandes. Nada de esto existiría sin Su presencia, sin Su cuidado y sin los caminos que Él abre incluso cuando yo aún no consigo ver una salida. Los bebés comprados del italiano es también una prueba más de que los planes de Dios siempre llegan a lugares que nuestra imaginación no alcanza por sí sola.

Escribir Los bebés comprados del italiano tuvo un sabor diferente. Quizá porque, entre risas, confusiones, provocaciones y sentimientos inesperados, esta historia también lleva dentro una parte muy íntima de mí: Belo Horizonte, mi ciudad natal. Ver cómo mis páginas iban adquiriendo el ritmo, los escenarios y un poco del alma de BH lo hizo todo aún más especial. Hay algo bonito en convertir lugares que forman parte de nuestra memoria en escenario para una historia de amor y, esta vez, un amor divertido, torpe, intenso y lleno de vida, como debe ser toda buena comedia romántica.

A los lectores que llegan hasta aquí, mi más sincero agradecimiento. Gracias por hacer espacio para otra historia mía, por confiar en mis personajes y por vivir conmigo cada lanzamiento, cada expectativa, cada nueva emoción. Vosotros lo hacéis todo más grande. Un libro nace de la escritura, pero solo encuentra el mundo de verdad cuando llega al corazón de quien lo lee.

Mi cariño especial va dirigido a las mujeres que caminan conmigo, me animan, me acogen, vibran y forman parte de este viaje de una manera tan bonita: Ilza Mendes, Patricia Castelli, Amélia Luize, Anne Batista, Leidiana, Daniela Bispo, Carla Staub, Priscilla Gonçalves, Elaine Wacholz, Cláudia Garcia, Ticyanne Brito Macêdo Moreira, Francine y Jessyka Miranda.

Gracias por estar ahí, por cada mensaje, cada palabra de ánimo, cada muestra de cariño. Vosotras marcáis la diferencia. Sois parte de la energía que me impulsa a seguir creando, soñando y creyendo.

A Rosi, mi amiga, mi compañera, mi apoyo entre bastidores. Gracias por estar conmigo en tantos procesos, por compartir preocupaciones, decisiones, alegrías y por ser una presencia tan firme en mi camino. Tenerte a mi lado lo hace todo más llevadero.

A mi familia, por ser mi cimiento, mi refugio y la certeza de que siempre hay un lugar lleno de amor al que volver.

A Gabriel, por ser mi refugio en medio del caos, por apoyarme incluso en los días más ajetreados, por creer en mis sueños y por caminar conmigo, mientras muchos de ellos dejan de ser promesas y se convierten en realidad.

A mi Aurora, mi luz más hermosa. Eres parte de todo lo que construyo, la inspiración silenciosa detrás de tantos pasos y el recordatorio diario de que vale la pena soñar en grande. Que algún día leas estas páginas y sepas que tu madre creyó, insistió y fue en busca de la vida que deseaba vivir.

Y, una vez más, gracias a Dios.

Por todo. Por el don, por el valor, por los encuentros, por las puertas, por las páginas y por cada lector que llega hasta mí. Que nunca olvide que todo logro comienza y termina en Él.

Con cariño,

Jéssica Macedo

Sobre la autora

Jéssica Macedo, escritora y emprendedora brasileña, rompe barreras y conquista al público nacional e internacional con historias envolventes y personajes cautivadores. Considerada una de las grandes revelaciones de la literatura contemporánea brasileña, es también la autora brasileña más leída en Kindle Unlimited, según Amazon. Con libros que transitan por el romance, la fantasía y el suspense, Jéssica destaca por su capacidad para crear tramas que atrapan a lectores de distintas edades, algo que se refleja en su creciente número de seguidores y en su reconocimiento como una de las «Forbes Under 30». Este hito confirma el impacto de su obra y consolida su lugar entre los grandes nombres de la literatura digital.

Con una trayectoria notable, Jéssica se dio a conocer por obras como «Rejeitada no Altar» y «Virgem Prometida»; hoy cuenta con casi 300 obras publicadas en 6 idiomas. Ese recorrido refleja el éxito de Jéssica en Brasil y en otros países, y la consolida como una autora independiente de gran impacto.

Reconocida por el público joven y adulto, Jéssica no solo ha conquistado Brasil, sino que ha ido ampliando su público global a través de la autoedición y ya figura entre las más vendidas en mercados de gran visibilidad como España, Francia, Italia y Alemania. Según datos recientes de Amazon, Jéssica es la autora brasileña más leída en Kindle Unlimited, una posición que marca un hito para la literatura brasileña en el extranjero.

Encuentra más información sobre otros libros de la autora en las redes sociales.

Facebook: http://www.facebook.com/autorajessicamacedo/ http://www.facebook.com/autorajessicamacedo/

Instagram: www.instagram.com/autorajessicamacedo/ww

w.instagram.com/autorajessicamacedo/

Página de la autora en Amazon: https://amzn.to/2MevtwY https://amzn.to/2MevtwY

